

**El Parque Arqueológico
de Facatativá:**
proceso de recuperación y
conservación de la memoria de sus
antiguos habitantes

El Parque Arqueológico de Facatativá: proceso de recuperación y conservación de la memoria de sus antiguos habitantes

José V. Rodríguez C.
EDITOR



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SEDE BOGOTÁ

Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR)
Universidad Nacional de Colombia
Centro de Extensión Académica (CEA)
Facultad de Artes

BOGOTÁ, D.C.

2015

Grupo CAR

Dr. Alfred Ignacio Ballesteros Alarcón, Director General de la CAR

Ing. Fredy A. Amado A, Coordinador de Parques CAR

Ing. Orlando Briceño Q., Ingeniero supervisor CAR

Centro de Extensión Académica (CEA) Facultad de Artes

Arqu. Carlos E. Naranjo Q., Decano Facultad de Artes

Arqu. José E. Naranjo C., Director CEA

Ing. César Mayorga, coordinador de gestión administrativa

Catalina Ramírez, gestión administrativa

Equipo de Arqueología de la Universidad Nacional de Colombia

José V. Rodríguez C., PhD., director técnico, editor

Amparo Ariza O., MA (c), arqueóloga

Enrique A. Bautista Q., PhD (c), análisis de pictografías

Pedro J. Botero Z., MA., agrólogo, estudio de suelos

Viviana Castelblanco R., arqueóloga

Arturo Cifuentes T., MA., coordinador de laboratorio

Rafael R. Galindo C., MA (c), arqueólogo

Juan S. Forero M., arqueólogo

Ancízar Sánchez U., MA (c), análisis de material lítico

Equipo de Conservación

María P. Álvarez, MA, coordinadora de conservación

Catalina Bateman, MA, restauradora

Camilo Betancur, artista

Lina Esmeralda Castillo, MA, restauradora

Grace McCormick, restauradora

Cindy Pinzón, restauradora

Yajta Salazar, restauradora

Tabita Serrano, MA, (c) restauradora

Paola Torres, restauradora

Equipo de interventoría de la Universidad Distrital

Ing. Omar F. Patiño J.

Ciro Castellanos, interventoría arqueológica

Equipo de interventoría del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

Francisco López C., MA, arqueología

Patricia Ramírez, MA, restauración

Tabla de contenido

La CAR y el Parque Arqueológico de Facatativá	9
Introducción	11
CAPÍTULO 1	
El paisaje sabanero y sus recursos	15
CAPÍTULO 2	
Arqueología de la Sabana de Bogotá	21
CAPÍTULO 3	
Las pictografías como documento arqueológico: aproximación semiótica	33
CAPÍTULO 4	
El manejo del espacio en el Parque de Facatativá	47
CAPÍTULO 5	
Las ocupaciones alfareras del Parque de Facatativá	63
CAPÍTULO 6	
Los habitantes más antiguos de Facatativá: autores de pictografías	71
CAPÍTULO 7	
Los artefactos líticos de Facatativá	79
CAPÍTULO 8	
La conservación arqueológica en el Parque Arqueológico de Facatativá	93
CAPÍTULO 9	
Las piedras de Facatativá: territorio de poder y memoria	109
Bibliografía	117



171

La CAR y el Parque Arqueológico de Facatativá

La Constitución Política Nacional de 1991 elevó a norma constitucional el manejo y conservación de los recursos naturales y el ambiente, destacándose como principio fundamental la obligación del Estado y de las personas de proteger las riquezas culturales y naturales de la Nación (Art. 8); igualmente que los bienes de uso público, los parques naturales, las tierras comunales de grupos étnicos, las tierras de resguardo, el patrimonio arqueológico de la Nación y los demás bienes que determine la Ley son inalienables, imprescriptibles e inembargables (Art. 63 y 72). También que es deber del Estado proteger la diversidad e integridad del ambiente, conservar las áreas de especial importancia ecológica y fomentar la educación para el logro de estos fines.

En el Documento de Visión Colombia 2019, se planteó como estrategia asegurar el desarrollo sostenible del país, cuya visión se basa en alcanzar un ritmo sostenido de desarrollo económico y social, fundamentado en el aprovechamiento sostenible del medio ambiente, los recursos naturales, la biodiversidad y los servicios que proveen, con la participación de la sociedad en sus costos y beneficios.

La misión de la CAR es la de ejercer como máxima autoridad ambiental en su jurisdicción, ejecutando políticas, planes, programas y proyectos ambientales, a través de la construcción de tejido social, para contribuir al desarrollo sostenible y armónico de la región. Por su parte, en el CONPES 3680 de julio de 2010 se establecieron los lineamientos para la consolidación del sistema nacional de áreas protegidas, con base en la participación social y la conservación.

Una de las líneas estratégicas del Plan de Acción de la CAR es la innovación social e identidad regional que busca el empoderamiento de la comunidad para la solución creativa de problemas de ámbito colectivo, apoyados en la identidad regional, que son los elementos culturales (modelos mentales), geográficos, sociales y económicos que posibilitan que una región se diferencie de otra y por lo tanto estos la hacen más competitiva, frente al desarrollo de sus posibilidades.





El Parque Arqueológico de Facatativá es un área nacional ambiental y cultural protegida, que constituye parte de la identidad regional del suroccidente de la Sabana de Bogotá, y que contribuye con el desarrollo sostenible en tanto que genera conocimiento ambiental y cultural, y una conciencia sobre el comportamiento de las primeras sociedades de cazadores recolectores, que señalaron este espacio con historias y enseñanzas mediante pictogramas simbólicos.

Partiendo de la necesidad de proteger y conservar las pictografías del Parque Arqueológico de Facatativá, que se han visto alteradas por acciones vandálicas, la CAR invirtió un generoso recurso humano, económico y logístico con el apoyo de la Universidad Nacional de Colombia, con el fin de contextualizar arqueológicamente el uso de este espacio y adelantar la conservación de los paneles con arte rupestre.

Como resultado de este trabajo de expertos, se pudo documentar una presencia humana muy antigua, que se remonta a la etapa de cazadores recolectores y a los primeros agroalfareros de la Sabana de Bogotá, posibles autores de las pictografías, quienes plasmaron sus historias y creencias de manera simbólica. Por su lado, las restauradoras realizaron una meticulosa limpieza que incluyó la intervención de más de 1000 m² de paneles con pictografías, revelando así historias ocultas tras los grafitis y los velos salinos propios de las rocas de areniscas.

De esta manera la CAR contribuye con el proceso de consolidación de una identidad regional en torno al Parque Arqueológico de Facatativá, y al desarrollo sostenible de un área natural y cultural protegida, y espera que la comunidad local y nacional se empodere de este valioso recurso que alberga tras sus pictogramas, la historia más antigua de la Sabana de Bogotá.

Alfred Ignacio Ballesteros Alarcón

Director General CAR

Introducción

El nombre de Facatativá proviene de la lengua chibcha que hablaban los muiscas y sus antecesores, que según argumentan algunos investigadores (Burford, 1980: 21; Uricoechea, [1854] 1971: 16; Velandia, 1979, II: 925) se desprende de *fac*, afuera; *a* genitivo de posesión; *ta*, labranza; *ca* y *ta*, cueva de piedra; *tiba*, capitán; que vinieron a formar el vocablo *fac a hi ca ta tiba* que con el correr de los tiempos quedó reducido a Facatativá, con diversos significados: cercado fuerte fuera de la labranza, capitania en las cuevas de piedra, dominio del soberano y gobierno militar, afuera de la labranza, cueva de piedra, mansión del soberano y capitania, fortaleza de la frontera afuera de la labranza.

A raíz de la reducción de la población indígena debido al impacto de la Conquista (a causa de las guerras, maltratos, epidemias, hambrunas, desplazamiento forzado, venta de sus tierras y por el mestizaje) el pueblo español de Facatativá se formó hacia finales del siglo XVI a partir de la integración de tres poblados indígenas: Facatativá (Pueblo Viejo) localizado en el piedemonte del cerro Manjuy, al occidente de la actual ciudad que llegaba hasta el sitio denominado Chisachesuca; Chueca, en el oriente, pasando el puente de piedra de Las Cuevas; y Niminxaca, en la parte llana del norte, cerca del río Tenequene y el cerro Quenquengota. Su fundación oficial ocurrió el 3 de julio del año 1600 (Velandia, 1979: 926-928).

En su jurisdicción se ubica el Parque Arqueológico de Facatativá “Piedras del Tunjo”, creado en 1946, administrado anteriormente por la CAR (Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca), actualmente por la Alcaldía Municipal de Facatativá. Hoy día es objeto de identidad regional, de desarrollo turístico y recreacional importante, tanto que una de sus piedras forma parte del escudo de la ciudad. Niños, jóvenes y personas de la tercera edad visitan asiduamente su espacio con fines de recreación y deporte.

El Parque Arqueológico Nacional “Piedras del Tunjo” o “Cercado de los Zipas” de Facatativá, Cundinamarca, con una extensión de 28,7 ha, constituye un conjunto de pictografías importantes de la Sabana de Bogotá con más de 60 paneles, donde sus más antiguos pobladores plasmaron mensajes sobre sus orígenes, cosmovisión, pautas de comportamiento, rutas sagradas y el lugar para la realización de rituales con objetivos específicos (iniciación, curación, poder, lluvias, cosechas, descendencia, salud, transmisión de información). Tal



| 11 |



como se ha postulado para otras partes, tanto del Viejo Mundo (Clottes y Lewis-Williams, 2010: 174), el Nuevo Mundo (Llamazares y Martínez, eds. 2004) y la misma Colombia (Bautista, 2008, 2010; Castaño y Van der Hammen, 2005; Ortiz y Pradilla, 1999; Urbina, 1994), el arte rupestre (petroglifos y pictografías) es la escritura sagrada de los pueblos antiguos que refleja su cosmovisión cuyo depositario era el chamán, el sabedor, la persona trascendental. Los autores eran los mismos chamanes y los iniciados, organizadores de la sociedad, los rituales, las festividades y la vida cotidiana de las sociedades antiguas, quienes eran formados desde pequeños por otros chamanes (Rodríguez, 2011).

Estas manifestaciones rupestres cumplían funciones activas (uso instrumental y operativo de las imágenes), evocativas (mnemotécnico y de registro) y representativas (testimoniales con el fin de dejar constancia gráfica de los sucesos sociales) (Llamazares y Martínez, eds., 2004: 107). Por estas razones, se considera que las pictografías de Facatativá constituyen un importante testimonio de la presencia de los grupos humanos más antiguos de la Sabana de Bogotá, algo así como una “conciencia histórica y territorial” o “historia escrita en las piedras” (Hugh-Jones, 2012: 30-31).

Debido a que las pictografías reflejan la memoria de los pueblos indígenas que poblaron el territorio de Colombia mucho antes de la llegada de los europeos, cuyo legado hace parte de nuestra identidad nacional, integran el patrimonio arqueológico de la Nación. La Ley General de Cultura (Ley 397 de 1997) ha establecido que: “El Patrimonio Cultural de la Nación está constituido por todos los bienes y valores culturales que son expresión de la nacionalidad colombiana, tales como la tradición, las costumbres y hábitos, así como el conjunto de bienes inmateriales y materiales, que poseen un especial interés histórico, artístico, estético, plástico, arquitectónico, urbano, arqueológico, ambiental, documental, literario, bibliográfico, museológico, antropológico y las manifestaciones, los productos y las representaciones de la cultura popular [...]. Por su lado, el Artículo 3° de la Ley 1185 de 2008 hace más específica la definición de patrimonio arqueológico refiriéndose a “[...] aquellos vestigios producto de la actividad humana y aquellos restos orgánicos e inorgánicos que, mediante los métodos y técnicas propios de la arqueología y otras ciencias afines, permiten reconstruir y dar a conocer los orígenes y las trayectorias socioculturales pasadas y garantizan su conservación y restauración” (Castellanos, 2012: 131).

Estos bienes pertenecen a la Nación y son considerados “inalienables, imprescriptibles e inembargables”, siendo el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) la autoridad competente para su manejo

en el territorio nacional. Por consiguiente, su contenido debe ser protegido, conservado y registrado minuciosamente, interpretado a la luz de la arqueología regional y la etnografía, cuyos resultados deben estar al alcance de la ciudadanía nacional e internacional. Su cronología se puede remontar a la etapa de los cazadores-recolectores que se inició a finales del Pleistoceno, con una antigüedad de más de 10.000 años, aunque la mayor evidencia arqueológica recuperada en el Parque se relaciona tanto con el período Precerámico Tardío (II milenio a. C.) como con el período Herrera (siglo VIII a. C. a IX d. C.).

En el transcurso de los últimos años las pictografías han sido objeto de destrucción antrópica (grafitis, avisos publicitarios, ralladuras) y tafonómica (erosión, velos salinos), por lo que se puede perder la información allí consignada. En atención a la Acción Popular No. 2003-00850, el Juzgado Único Administrativo del Circuito de Facatativá, emitió el fallo exigiendo “la protección del derecho colectivo a la defensa del patrimonio cultural de la Nación”, por la cual la CAR, como institución a cargo de la administración del Parque Arqueológico “Piedras del Tunjo” de ese entonces, debe “adoptar las medidas necesarias para proteger las pictografías que aún no han sido degradadas ni perdido su carácter histórico arqueológico”.

En cumplimiento con la Ley General de Cultura (Ley 397 de 1997) y según el Plan de Manejo Arqueológico (PMA) aprobado en 2005 para el área de influencia del Parque Arqueológico “Piedras del Tunjo”, Facatativá, Cundinamarca, donde se establecieron unos puntos de interés arqueológico, la CAR suscribió el Contrato Interadministrativo N. 847-2012 con la Universidad Nacional de Colombia, cuyo objeto es la contextualización, registro y conservación del arte rupestre existente en el Parque Arqueológico “Piedras del Tunjo” (PAPT).

Para tal efecto se conformó un grupo de restauradoras expertas en la conservación de la piedra, cuyo principal objetivo se concentró en la eliminación de alteraciones con el fin de despejar la visibilidad de 41 conjuntos pictográficos. Como resultado de esta ardua labor, se logró la conservación de más de 1000 m² y la recuperación de nuevas pictografías que habían estado ocultas para el público debido a numerosos factores, especialmente por los velos salinos y la afectación humana. Otro grupo de arqueología adelantó investigaciones en el ámbito de la documentación, prospección sistemática y excavaciones en área, habiendo registrado sitios de ocupación correspondientes a los períodos Precerámico Tardío (circa 3000 años), Herrera (siglos VIII a. C. a IX d. C.) y de los “paseos de olla” y enterramientos humanos de finales de los siglos XVIII a inicios del XX.





La presente publicación reúne los resultados de las investigaciones adelantadas entre los años 2013-2014 en el ámbito de la conservación y la arqueología regional. La edición del texto y la redacción de los capítulos 1 (con la colaboración de Pedro J. Botero) y 2 corrieron por cuenta de José V. Rodríguez C. El capítulo tercero fue elaborado por Enrique A. Bautista Q. y José V. Rodríguez. Los capítulos 4, 5, 6, 7 y 9 por Amparo Ariza, Viviana Castelblanco, Arturo Cifuentes, Juan S. Forero, José V. Rodríguez y Ancizar Sánchez. El capítulo octavo fue preparado por María Paula Álvarez E. y su equipo. Las imágenes fueron tomadas por los integrantes del grupo de conservación y arqueología, y las de los capítulos 1, 5, 6, 7, editadas por Viviana Castelblanco.

Queremos manifestar nuestros agradecimientos por su colaboración y asistencia a los ingenieros Freddy Amador y Orlando Briceño de la CAR; al ingeniero César Mayorga y Catalina Ramírez del CEA; a Patricia Ramírez y Francisco López del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH); a Omar Patiño y Ciro Castellanos de la Universidad Distrital; a Mauricio Roa administrador del Parque Arqueológico de Facatativá quien estuvo pendiente de las necesidades logísticas; a Ricardo Ariza de la Secretaría de Turismo y Ricardo Montaña de la Secretaría de Desarrollo Municipal de Facatativá; a Diego Robayo de Macarena Films por su excelente documental; a Guillermo Muñoz y Judith Trujillo del grupo GIPRI; a las vigías de patrimonio Esperanza Briceño y Andrea Cárdenas por su constante colaboración durante las socializaciones; a los estudiosos del mundo Muisca, especialmente a Ricardo Arias por sus enseñanzas; a don Iván Contreras, fiel facatativeño; a la Policía de Turismo por su acompañamiento; a UniMedios, Caracol Televisión, radio Unilatina, Vilma Estéreo, Canal Capital, Canal 13, y a toda la comunidad académica de Facatativá en general por su apoyo, comentarios e información aportada a diario durante sus visitas al parque. A las(los) auxiliares Esteban Álvarez, Melecio Ariza, Iván Ariza, César Castellanos, Javier Cantor, Víctor Díaz, Ingrid Duarte, Daniel C. Garzón, Carlos J. Hernández, Mercedes León, John A. Ortiz, Yuri Ponte, Fabio Restrepo, Vladimir Riveros, y Olga Salamanca, especiales agradecimientos por su espíritu colaborador y apoyo durante las labores de restauración y excavaciones arqueológicas.

CAPÍTULO 1

El paisaje sabanero y sus recursos



Localización de Facatativá

El municipio de Facatativá se localiza en el extremo suroccidente de la Sabana de Bogotá, con una extensión de 158 km², a 2586 msnm, y a 40 km de distancia de Bogotá por la vía que conduce hacia Honda. Su posición entre la Sabana de Bogotá y el valle del río Magdalena ha sido estratégica desde la etapa de los recolectores cazadores que ocuparon esta región hace más de 10.000 años, cuando se intercambiaban materias primas para la elaboración de artefactos líticos de lidita (chert), posteriormente como centro de producción agrícola (maíz, tubérculos de altura, verduras), y actualmente como un importante centro agrícola, ganadero y de servicios. La presencia de antiguos caminos indígenas convertidos posteriormente en caminos reales, actualmente de vías pavimentadas y férreas que lo surcan hacia los diferentes puntos cardinales, son evidencia de su importante conectividad comercial entre la Sabana y el valle del Magdalena.

La calidad de sus suelos (Andisoles), la existencia de cerros que lo circundan (Aserraderos, Santa Helena, Manjuy, Churrasi, Piedrecitas y Mancilla) que anteriormente fueron ricos en animales de monte, materias primas y nacimiento de quebradas y ríos (Botello, Mancilla, San Rafael), proporcionaron suficientes recursos alimenticios para la subsistencia tanto de comunidades indígenas antiguas como de los mestizos de la Colonia y República.

El paisaje sabanero

El paisaje de la Sabana de Bogotá estaba constituido por cerros (Orientales), valles aluviales (ríos Bogotá, Teusacá, Neusa, Frío, Juan Amarillo y otros),



valles lacustres donde se asentaron las primeras aldeas muiscas (Floresta, Sogamoso, Duitama, Paipa, Tunja, Ubaté, Chocontá, Sopó, Chía, Madrid, Funza y otros) formados como consecuencia de la desglaciación producida por el calentamiento global de inicios del Holoceno entre 10.000 y 7500 años a. P., y la terraza fluvio-lacustre donde se localizan gran parte de los asentamientos humanos contemporáneos.

El paisaje prehispánico era primordialmente anegadizo, lleno de pantanos y lagunas formados por las inundaciones del río Bogotá, por lo cual los poblados se establecían en sitios elevados del piedemonte de los cerros y en islas, conectados por una red de caminos que facilitaban el intercambio de productos, tanto al interior de la sabana como con grupos del valle del río Magdalena al occidente, Llanos Orientales, Sierra Nevada del Cocuy al norte y el páramo de Sumapaz al sur. La sal, las esmeraldas y los textiles representaron los principales productos de intercambio de los muiscas, con los que obtenían algodón, tabaco, coca, yuca, oro y otros productos exóticos como plumas, pieles de felinos y sustancias psicotrópicas (yopo).

El primer conquistador español en arribar al altiplano Cundiboyacense fue Gonzalo Jiménez de Quesada, quien salió de Santa Marta en abril de 1536 al mando de 800 soldados, remontándose por el río Magdalena y después de padecer muchas penurias y hambrunas arribó con apenas 160 hombres a las sierras de Opón, donde halló panes de sal que según los nativos provenían de lo que denominó posteriormente el Nuevo Reino de Granada, tierra fértil con mucha comida, llena de poblaciones cruzadas por muchos caminos. La provincia mayor se llamaba Bogotá seguida de la de Tunja y otras más.

Suelos y recursos

Entre los variados recursos animales los antiguos recolectores-cazadores aprovecharon tanto la fauna local como la que podían obtener del corredor que conecta con el valle cálido del río Magdalena. Así, en el sitio Tequendama (Soacha, Cundinamarca), datado entre 9.000-275 años a. C. (Correal y van der Hammen, 1977) se registraron evidencias óseas de venado (*Odocoileus*), cuya carne era la preferida, curí (*Cavia porcellus*), la segunda en importancia, además de ratón bogotano (*Sigmodon bogotensis*), armadillo (*Dasyus novemcintus*), conejo (*Sylvilagus brasiliensis*), fara (*Didelphis albiventris*), mapure (*Conepatus*), borugo (*Stictomys taczanowskii*), coati (*Nasua*), guatín (*Dasyprocta*), comadreja

(*Mustela frenata*), perro de monte (*Potos flavus*), puma (*Felis concolor*) y jaguar (*Panthera onca*); igualmente se hallaron restos de moluscos (gasterópodos).

En tiempo de los muiscas el venado continuó siendo el animal más importante, tanto que *si'ika* en su lengua era sinónimo de carne, venado, ciervo (Ghisletti, 1954: 323). Había tal abundancia de animales, que el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo (1959, III: 110) comentaba que cuando llegaron los españoles a la Sabana de Bogotá en 1537 los indígenas cazaban en un día centenares de venados y miles de curíes y conejos: “Tienen muchos venados, y un género de animales que quieren parecer conejos, y en la costa de la mar los llaman guages, y en el Nuevo Reino le llaman fico, de que hay infinidad; pero donde mejor los conocen, se dicen cories. Hay una sola manera de pescados en aquellos ríos por allí; pero es muy bueno y estremado y sabroso, tamaño, el que es mayor, como dos palmos, y otros menores”. Este pescado se obtenía en los canales construidos desde tiempos premuiscas, de ahí que su nombre nativo lo recordara: *sisinegwa*, pescado capitán pequeño que vive en los canales (*sisine*, canal) (Ghisletti, 1954: 321).

En lo referente a los recursos vegetales hay que acotar que la cordillera Oriental, a juzgar por la diversidad de especies de raíces, rizomas y tubérculos nativos (arracacha, papa, chugua, cubio, hibia), como por la existencia de variedades silvestres, constituyó un centro primario de domesticación de plantas (Bukasov, 1981). Este proceso que se inició desde la etapa de recolectores-cazadores a principios del Holoceno (hace 10.000 años), finalizó con el desarrollo hortícola hacia el II milenio a. C., tal como se evidencia en Aguazuque (Soacha, Cundinamarca), sitio fechado entre 3000-775 a. C. (Correal, 1990), donde se registraron artefactos para el procesamiento de vegetales y restos de arracacha.

Para los muiscas los principales vegetales comestibles fueron el maíz (domesticado inicialmente en Mesoamérica y Andes Centrales de donde llegó a los Andes Septentrionales) la papa (turma, yoma) y otras raíces (achira, arracacha, batata, chugua, cubio, ibia), frijol, calabaza y gran variedad de frutales, tal como lo mencionaba Gonzalo Fernández de Oviedo (1959, III: 110): “Su mantenimiento es maíz, y en algunas partes tienen yuca de la buena, que no mata. Es su mayor bastimento y de lo que más se sirven, unas turmas que llaman yomas, que las siembran, y como es dicho, es la mayor provisión que tienen, porque con todo lo que comen, comen esas yomas, y siémbra las con el maíz; y asimismo otra simiente que se llama sabia, que cocidos tienen el mismo sabor que nabos, y son cuasi a manera de rábanos en sabor y en todo, estando crudos, y esto es el más verdadero





mantenimiento, de que se sirven por pan. Hay muchas frutas, y todas las que comúnmente hay en todas las otras partes de las Indias, así como piñas, ajos, patatas, guayabas, caimitos, guanábanas e pitahayas, etc.”

En la lengua muisca las denominaciones de papa eran muy variadas: morada (funshayomi, boxioyomi), arenosa (ki'isayomi), blanca (xieyomi), amarilla (tibayomi), grande (pkwatyomi), larga (kiyomi), simiente de papa (yomsun), inclusive por su forma el testículo (miyomi) se asemejaba a la papa. El maíz (aba) tenía más denominaciones por sus productos: dañado en la mata (abasusha), dañado después de cogido (abaga'asa), sobras de maíz (abégato), hoja de maíz (abké), simiente de maíz (absun), maíz amarillo (abtiba), maíz negro (siskamui), maíz blanco (fuyepki'isha), maíz colorado (sasami), cabellos de maíz (abshie), tallo de maíz (abkéne) (Ghisletti, 1954: 300, 357).

Clima, rocas y suelos de la zona del Parque Arqueológico

Las rocas del Parque Arqueológico donde los antiguos habitantes plasmaron sus historias corresponden a areniscas blanquecinas de grano fino, poco coherentes, de la Formación Guadalupe del Cretácico Superior (entre 65-100 millones de años), cuando la zona Andina estaba cubierta por un antiguo mar. Con la elevación de las cordilleras durante el Plioceno (entre 5 y 2 millones de años) estas rocas quedaron a orillas del enorme lago de la altiplanicie de Bogotá que se ubicaba hacia los 2500 m de altura. Durante el Pleniglacial Inferior y Medio (55.000-28.000 años), la laguna se extendía por la parte central del altiplano, conformando amplias áreas pantanosas en las zonas bajas. Hacia finales de este período, el gran lago de la altiplanicie de Bogotá se seca, como consecuencia del descenso gradual del nivel de sus aguas, la erosión, el relleno y el desagüe producido por el río Bogotá al precipitarse por el salto de Alicachín-El Charquito. Durante el Pleniglacial Superior (entre 26.000 a 14.000 años a. P.), el clima se torna considerablemente frío, descendiendo el nivel de las aguas de las lagunas y llega a dominar la vegetación de páramo (con temperaturas 6-8°C más bajas que las actuales). Hace 18.000 años, eran 8°C más bajas a 3000 m de altitud, y 6°C más bajas a 1500 m. Entre los 21.000 y los 14.000 años a. P., los glaciares se retiran, produciendo un clima seco y frío, con una amplia vegetación de páramo seco. Durante el Tardiglacial (14.000 a 10.000 años a. P.), el clima tiende a ser más húmedo y cálido, las áreas de vegetación abierta y seca del altiplano

y valle del Magdalena se reducen y se separan por un bosque montano. Durante estos cuatro milenios hay alternancia de climas fríos (estadales) y cálidos (interestadales); inicialmente se observa el interestadial de Susacá (14.000-13.000 años a. P.), seguido por un estadal frío; posteriormente sobreviene el interestadial caliente de Guantiva (12.000-11.000 años a. P.); finalmente acontece el estadal frío de El Abra (11.000-10.000 años a. P.). Durante estos interglaciares, las condiciones climáticas fueron favorables para las ocupaciones humanas. Por su parte, en la zona del Parque Arqueológico de Facatativá el lago se secó y las piedras sufrieron durante largo tiempo la acción de los agentes meteóricos y de las aguas superficiales (Royo y Gómez, 1950; Van der Hammen, 1992) (Figura 1).

A partir del desecamiento del antiguo lago los suelos de esta zona se forman en condiciones de antiguos humedales, con sedimentos lacustres mezclados con cenizas volcánicas arrastradas por los vientos desde la cordillera Central (volcanes del Ruiz, Santa Isabel, Tolima) de tipo hornbléndicas con feldespatos plagioclasas y cuarzos de forma cristalina (Royo y Gómez, 1950: 7-10).

En general los suelos de Facatativá se clasifican como de tipo IIc (RLQ, RMQ, RMR), aptos para la agricultura intensiva de orientación comercial, ganadería intensiva para producción de leche, con utilización de pasturas mejoradas, pero con la recomendación de la rotación de cultivos y la aplicación de fertilizantes. Las heladas representan el principal factor limitante (IGAC, 2000).

En el corte arqueológico No. 3 excavado cerca de la piedra No. 16, se analizó el perfil estratigráfico de suelos de la pared sur (análisis adelantado por el edafólogo Pedro Botero). Entre 300-200 cm se registran unos suelos sedimentarios lacustres, sin que configuren condiciones pantanosas. A partir de los 200 cm se establecen suelos de tipo A, arcillosos, negros, migajosos, formados en condiciones de humedad y frío. Entre 100-130 cm (horizonte A7) se aprecia un piso de piedra sobre un suelo compacto, integrado por piedras muy angulares de tamaño promedio entre 3-5 cm, casi todas de areniscas de grano medio, bastante meteorizadas. Este piso es de origen antrópico (humano), realizado con el fin de mejorar las condiciones de humedad del suelo, y posiblemente esté relacionado con ocupaciones que datan del Precerámico Tardío (II milenio a. C.). Entre 75-100 cm (horizonte Ab2p6) se evidencia ausencia de actividad humana, el suelo se forma por influencia de sedimentación coluvial (arrastre de suelo por acción de las lluvias). Entre 40-75 cm se registra de nuevo actividad humana relacionada con el período Herrera (siglos VIII a. C. a IX d. C.), integrada por fragmentos cerámicos



y artefactos líticos, y formación antrópica de pisos de piedra (núcleos de areniscas tallados por la gente). Llama la atención la casi ausencia de huellas culturales de la sociedad Muisca (siglos X-XVI d. C.) y Colonial (1600-1819 d. C.) en los horizontes superiores.

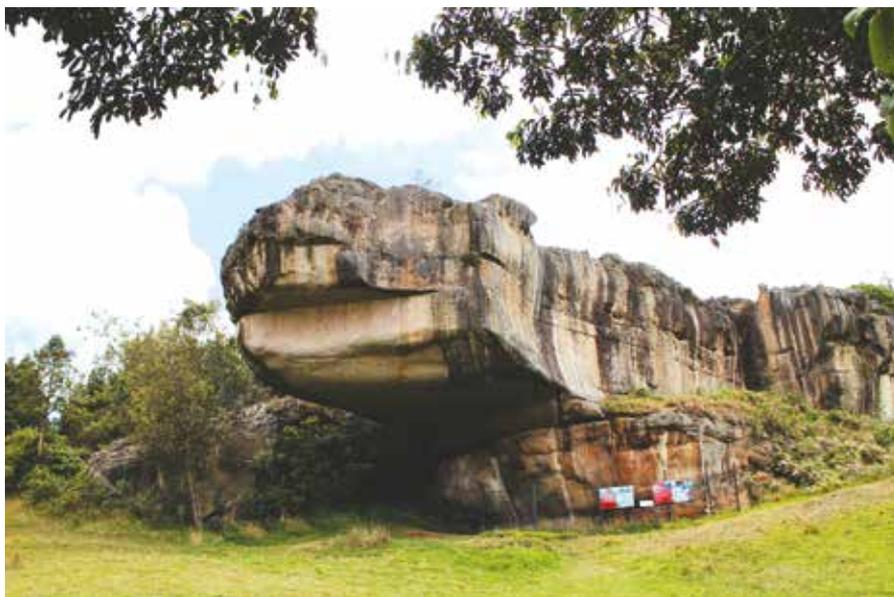


Figura 1. Piedra No. 60 (Las Núñez) del Parque Arqueológico de Facativá.

CAPÍTULO 2

Arqueología de la Sabana de Bogotá

Los primeros pobladores de la Sabana de Bogotá

Según los cambios climáticos y culturales la secuencia de ocupación de los sitios precerámicos del altiplano Cundiboyacense se ha dividido en varias fases (Correal y Van der Hammen, 1977; Pinto, 2003) siguiendo la nomenclatura de Ranere y Cooke (1995: 18): Paleoindio (Pleistoceno tardío, X-IX milenios a. C.), con una tecnología lítica caracterizada por puntas de proyectil retocadas a presión y lascas de adelgazamiento bifacial. El Precerámico Temprano (VIII-III a. C., Holoceno temprano) registra también puntas de proyectil con adelgazamiento bifacial y nuevas formas de utensilios retocados a presión; hacia el final se reportan utensilios para el procesamiento de vegetales (cantos con desgaste lateral), como raíces. Durante el Precerámico Tardío (II milenio a. C., Holoceno medio) existen evidencias de desarrollo hortícola a juzgar por la presencia de cantos rodados con desgaste lateral, bases de piedra para molienda, pequeñas manos de moler, además de la presencia de restos botánicos de raíces. A partir del siglo VIII a. C. se habría desarrollado el Cerámico Temprano, cuya tecnología lítica poco se diferencia del período anterior.

Las ocupaciones más tempranas, a juzgar por los sitios con las fechas más tempranas aceptadas por la comunidad arqueológica, se remontan al cálido interestadial Guantiva (milenio X a. C.), cuando se observan condiciones climáticas benignas para las ocupaciones humanas, como se registra en los horizontes inferiores de abrigos rocosos excavados en El Abra, Sueva, Tequendama, y en Tibitó, un sitio de matanza y tasajeo de grandes herbívoros. Según el registro palinológico (van der Hammen, 1992), la vegetación predominante era de áreas abiertas con praderas y pastizales, propicia para los venados, presa preferida por las





bandas de cazadores recolectores que frecuentaban tanto abrigos rocosos (Tequendama, El Abra, Sueva, Nemocón) (Correal, 1987), como también espacios abiertos como Checua (Groot, 1992, 2000), Galindo (Pinto, 2003) y Tibitó (Correal, 1981). Durante este período se incrementa la densidad de ocupación, como lo señala la asociación de fogones y restos de fauna hallados en estos yacimientos arqueológicos. Igualmente, se practicaba la cacería de grandes herbívoros (caballo, mastodonte) combinada con la recolección de plantas y moluscos (Correal, 1990; Correal y Van der Hammen, 1977; Pinto, 2003).

Durante el estadal El Abra (IX milenio a. C.) las temperaturas descienden, la Sabana de Bogotá se convierte en páramo y las nieves cubren los cerros circundantes. Los cazadores recolectores adaptados a esta nueva realidad aprovechan el corredor entre la Sabana y el cálido valle del río Magdalena, ocupando los abrigos rocosos abundantes en el suroccidente de la región, entre ellos posiblemente los de Facatativá.

Con el calentamiento que acompañó el Holoceno hacia el VIII milenio a. C., especialmente en el Hipsitermal (hacia 5500 años a. C.) las nieves se derriten ampliando la extensión de la laguna pleistocénica conocida actualmente como La Herrera. En este ambiente los grupos de cazadores recolectores se ubican en sitios cercanos a los cuerpos de agua como Checua (Groot, 1992) desde donde podían hacerle seguimiento a las bandas de mamíferos, especialmente el venado, su presa favorita, atrapar curí que abundaba en las zonas pantanosas y recolectar tubérculos. Sin embargo, los abrigos rocosos siguen siendo ocupados como sitios temporales para acampar, pues se aprecia hacia este período un incremento de los restos de animales pequeños (curí, ratón, borugo, guatin, conejo, topo, tinajo, armadillo, zorro), de gasterópodos de hábitos terrestres, la predominancia de la carne de venado y la presencia de fauna de regiones cálidas (jabalí y nutria), lo que demuestra la gran variedad de posibilidades alimentarias de los antiguos pobladores y el papel del intercambio de objetos exóticos provenientes del valle del Magdalena, recolectando y cazando por la misma altiplanicie y sus alrededores (Correal y Van der Hammen, 1977: 169).

Desde el V milenio a. C., especialmente entre el IV-III milenio a.C. cuando el clima se torna más frío y seco, aparecen huellas evidentes de una ocupación más densa de los abrigos rocosos, proceso acompañado por asentamientos en espacios abiertos en las riberas de ríos y lagunas, que se intensifican hacia finales del Precerámico Tardío (II milenio

a. C.), especialmente en el entorno de la antigua laguna de La Herrera (municipios de Madrid, Mosquera y Funza). La presencia de percutores para machacar vegetales y los estudios de paleodieta (isótopos estables) señalan que la alimentación de estos pobladores tempranos estaba integrada predominantemente por tubérculos de altura (80%) y en menor medida de carne (20%) (Cárdenas, 2002). Esta dinámica estrategia de subsistencia apunta a documentar la presencia muy temprana de versátiles cazadores recolectores que ya manejaban las plantas, contrario a la visión reduccionista de los cazadores paleoindios especializados en la cacería de megafauna (caballo y mastodonte entre otros).

El análisis microscópico de los artefactos líticos que apunta a documentar el tipo de uso según sean retocados a percusión (abriense) o mediante presión (tequendamiense), evidencia que los cazadores recolectores no eran pasivos espectadores de los cambios medioambientales, sino que eran más oportunistas ecológicos. El intercambio con el valle del río Magdalena apuntaba a la obtención de materia prima pétreo de alta calidad (lidita o chert), como también de animales exóticos, que contribuía a consolidar las redes sociales de intercambio (Nieuwenhuis, 2002).

De esta manera se evidencia que los cazadores recolectores de la Sabana de Bogotá manejaban una economía de amplio espectro, pues aprovechaban varias fuentes de recursos, entre ellos animales de caza, moluscos y vegetales, y al final, la pesca y la horticultura complementaron la dieta alimenticia. Es decir, eran pragmáticos oportunistas ecológicos que aprovechaban todas las posibilidades de recursos terrestres y lacustres. Su estado de salud era adecuada, padecían de enfermedades osteoarticulares, especialmente de la rodilla pues perseguían a sus presas por largos trechos hasta atraparlos; debido a la cocción de la carne y vegetales sobre brasas muy abrasivas, el desgaste dental era muy intenso, tanto que perdían los dientes antes de alcanzar los 30 años de edad. Los grupos eran muy pequeños, no sobrepasaban los 25 individuos, la mortalidad infantil era baja y la esperanza de vida al nacer era superior a la de los descendientes agricultores, cercana a los 30 años.

Durante todas estas fases de desarrollo cultural se reporta el uso de ocre posiblemente para pintarse el cuerpo y para embadurnar los cadáveres con fines rituales, práctica desarrollada por chamanes que ejercían el papel de sepultureros, curanderos, conocedores del comportamiento de plantas y animales en relación con las estaciones, quienes organizaban la sociedad y





controlaban el manejo de los espacios rituales. Igualmente, se construyen adecuaciones del suelo mediante pisos de piedra en casi todos los sitios precerámicos, que evidencia la intención de sus pobladores por permanecer durante más tiempo en el mismo lugar.

Los primeros agroalfareros (Período Herrera)

Cronológicamente se ubica entre los siglos VIII a. C. y el VIII d. C. (Langebaek, 1995: 27), sin embargo, las fechas más tempranas (Correal y Pinto, 1983; Peña, 1991) como más tardías (Pradilla *et al.*, 1992) son motivo de discusión debido, por un lado, a la escasez de sitios, y por otro, a la baja presencia de materiales cerámicos asociados a dataciones radiocarbónicas (Boada, 2006). Inclusive, dado que las pocas fechas recuperadas de sitios contextualizados se ubican entre el 300 a. C. al 200 d. C., es el intervalo que se ha llegado a proponer para este período (Boada, 2013: 19) y que correspondería al Herrera Clásico con los tipos cerámicos Mosquera roca triturada (MRT), Mosquera rojo inciso (MRI), Zipaquirá desgrasante tiestos (ZDT) y Zipaquirá rojo sobre crema (ZRC) (Figuras 2, 3, 4 y 5). No obstante, como veremos más adelante, el Corte No. 3 del Parque Arqueológico de Facatativá aporta información cronológica y cultural que cubre entre los siglos VIII a. C. y IX d. C.

Este período se caracteriza por cambios ambientales sustanciales (Berrío, 2006); un ligero incremento en el tamaño de la población, pequeños asentamientos dispersos cerca de fuentes de agua como lagunas y ríos (Broadbent, 1970; Langebaek, 1995); la construcción de sistemas hidráulicos para el manejo de las aguas del río Bogotá y afluentes en la región de Fontibón-Funza (Boada, 2006); la explotación de minas de carbón y sal, y el desarrollo del intercambio de este último producto con poblaciones vecinas (Cardale, 1981; 1987; Groot, 2008); la construcción de centros rituales y de observación astronómica (Rodríguez y Cifuentes, 2005; Silva, 1981, 1987, 2005). Según el patrón de subsistencia la sociedad de este período desarrolla la agricultura del maíz, frijol y otros productos, aunque en la fase temprana seguía dependiendo del consumo de tubérculos de altura (Cárdenas, 2002; Rodríguez, 2011). El mito de Bochica y el desarrollo de la textilería y alfarería introducidas por este personaje, además del desagüe de las inundaciones del suroccidente de la Sabana de Bogotá por el salto de Tequendama, se remontarían también a este período (Simón,

1981). Desde el punto de vista de la evolución biológica, la población de este período observa cambios sustanciales en el paso de la robustez-dolicocefalia-macrodoncia a la gracilización-braquicefalia-microdoncia, especialmente en el aparato masticatorio (Rodríguez, 2011).

Sobre los orígenes de la cerámica en la Sabana de Bogotá se han sugerido por un lado planteamientos migracionistas que relacionan los cambios culturales con diferentes oleadas migratorias (Langebaek, 1987; Lleras, 2000; Reichel-Dolmatoff, 1956), aunque también se ha propuesto la evolución *in situ* (Rodríguez, 2011; Silva, 2005). No obstante, los análisis tecnológicos y decorativos de la cerámica señalan que inicialmente existió una fuerte influencia del valle del río Magdalena (Broadbent, 1970; Cifuentes, 1986, 1993; Cardale y De Paepe, 1990; García y Gutiérrez, 1979; Haury y Cubillos, 1953; Rodríguez y Cifuentes, 2005), pero posteriormente, se habrían desarrollado estilos locales propios del suroccidente de la Sabana de Bogotá, sin que existan evidencias de oleadas migratorias.

Los tipos cerámicos más frecuentes en los sitios tempranos del suroccidente de la Sabana de Bogotá (por ejemplo en Madrid, C/marca) son el Mosquera roca triturada (MRT, casi 80%), el Zipaquirá desgrasante tiestos (ZDT, 12,5%), el Zipaquirá rojo sobre crema (ZRC, 3,6%), el Mosquera rojo inciso (MRI, 2%) (Figuras 2, 3, 4 y 5) y atípicos del valle del río Magdalena (Rodríguez y Cifuentes, 2005: 126). Estas evidencias se ubican cronológicamente entre inicios del I milenio a. C. y finales del I milenio d. C.

El Parque Arqueológico de Facatativá por su posición estratégica entre el valle del río Magdalena y el suroccidente de la Sabana de Bogotá, la presencia de pictografías y su relación con la ritualidad, y los abrigos rocosos que pudieron servir de refugio habitacional a diferentes grupos poblacionales asegurando una mayor estacionalidad, ofrece una importante perspectiva para aportar al esclarecimiento de varios aspectos sobre el desarrollo de la sociedad del período Herrera.

Los muiscas de la Sabana de Bogotá

El territorio de los muiscas (muisca, moxca, persona) abarcaba los actuales departamentos de Boyacá y Cundinamarca, denominado Nuevo Reino de Granada por Gonzalo Jiménez de Quesada cuando arribó con sus mermadas tropas en 1537. Se extendía por cerca de 60x60 leguas (aproximadamente 18.000 km²). La tierra era muy fértil, apropiada para





sembrar granos, hierbas y cereales, además para la ganadería (Castellanos, [1589 1601] 1997: 1148).

La población se asentaba de manera dispersa en la parte seca de los valles donde mandaba un cacique o señor cuyo nombre era el del mismo valle, los cuales eran sujetos a otros caciques mayores y en el mayor de los valles denominado “valle de los Alcázares” a juzgar por las edificaciones de madera a manera de fortaleza (con una extensión de 3-4 leguas¹ de ancho por 12 leguas de largo), todos se supeditaban al cacique mayor que se llamaba Bogotá. Este podía disponer, según los cálculos de los cronistas de más de 50.000 hombres de pelea lo que arroja una cifra cercana a los 250.000 habitantes en total para la región de Bogotá (Fernández de Oviedo, [1556] 1959, III: 107-110).

Sobre la jerarquización social las crónicas expresan marcadas diferencias en cuanto a las viviendas (cercados para jefes y casas sencillas para el pueblo común), patrones de enterramiento (momificación y tumbas suntuosas vs tumbas sencillas), número de mujeres (numerosas en los jefes), adornos personales (mantas especiales y orfebrería para los caciques) y poder (tributos y arreglo de tierras para los jefes). Según su jerarquía y magnitud los muisca se dividían en capitanías menores (uta) y mayores (sybyn); un grupo de capitanías constituía una unidad mayor denominada por los españoles pueblo o cacicazgo; los caciques (usagues) presentaban distintos rangos, algunos eran caciques mayores (sihipkua) como Bacatá, al sur del altiplano; Hunza, en el centro; Duitama y Sugamuxi al norte. Algunos pueblos eran independientes como Moniquirá, Ráquira, Suta y Sorocotá. Los centros religiosos de Guatavita y Sogamoso ejercían una gran influencia en el mundo muisca donde el xequé (séké) o sugamuxi de este último sitio detentaba el poder religioso de toda la región (Aguado, [1581] 1956, I: 254; Fernández de Oviedo, [1556] 1959, III: 125; Relación de Tunja de 1610, en Patiño, 1983:65; Simón, [1626] 1981, III: 327; Zamora, [1778] 1980, I: 288).

Recientes revisiones de las fuentes escritas plantean que el cacicazgo muisca se puede definir “como una entidad política autónoma, compuesta por una o varias capitanías, ya sean simples o compuestas, gobernada por un jefe llamado sihipkua” (Gamboa, 2010: 89); es decir, que a pesar de la mención de la fuerte jerarquización, las unidades políticas conservaban un alto grado de diversidad cultural y de autonomía, con cerca de 200 personas (8-9 bohíos cada uno con 4-5 familias) bajo su autoridad, como

1 Una legua equivale a 5.572 m.

el caso del cacique de Ocavita (Gamboa, 2010: 62). También en el ámbito de la arqueología no se ha observado una alta jerarquización en cuanto a los patrones funerarios, exceptuando la deformación cefálica (Boada, 2007).

La información histórica no evidencia la presencia de una sociedad muy jerarquizada con unidades políticas centralizadas en manos de un poder único, que subordinaba a su vez a otros jefes. Al contrario, la jerarquía política encaja en el modelo denominado “modular” o “celular”, en el que el control territorial no es muy estricto ni continuo (Gamboa, 2010: 59). Esto se confirma por el hecho de que las fronteras eran muy fluidas y dinámicas, conectadas mediante un amplio sistema de intercambio de productos de tierras templadas (arracacha, papa, otros tubérculos) y cálidas (algodón, coca, tabaco, animales exóticos); además, por el hecho de que los asentamientos se ubicaban en valles separados por montañas y zonas anegadizas que impedían altas concentraciones poblacionales.

Igualmente, las investigaciones arqueológicas realizadas hasta el momento no evidencian la presencia de grandes aldeas o centros urbanos,² como lo habían advertido Haury y Cubillos en 1953, quienes recorrieron toda la Sabana de Bogotá en los años 1940 cuando ésta no estaba tan urbanizada.

Respecto a la región de Facatativá, se destacan los estudios realizados por Haury y Cubillos (1953) en la vereda Pueblo Viejo, municipio de Facatativá, en excavaciones efectuadas en seis sitios correspondientes a abrigos rocosos y un sitio a cielo abierto asociados a basureros, además de una serie de trincheras. De los análisis de los materiales arqueológicos se desprende el contacto con grupos agroalfareros de la vertiente del río Magdalena; también se destaca la presencia de eras de cultivo en terrazas artificiales. Ambos datos fueron confirmados durante las labores arqueológicas sobre el trazado del poliducto Mansilla-Tocancipá donde se registró cerámica similar a la del valle del Magdalena (Rodríguez *et al.*, 2010: 39). En sectores de la vereda Pueblo Viejo y Moravia se reportan materiales cerámicos del período Muisca Tardío (Gutiérrez, 1978; Hoyos, 1985).

2 Exceptuando el Cercado Grande de los Santuarios de Tunja (Pradilla *et al.*, 1992); Monquirá, Sogamoso, en torno al templo del Sol (Silva, 2005); posiblemente la zona de la hacienda las Mercedes en Suba (Boada, 2006) y Soacha (a juzgar por los enormes cementerios excavados desde los años 1940) (Langebaek *et al.*, 2009).



El cacique de Bogotá



| 28 |

EL PARQUE ARQUEOLÓGICO DE FACATATIVÁ, CUNDINAMARCA:
Proceso de recuperación y conservación de la memoria de sus antiguos habitantes

El cacique entre los muisca se denominaba sihipkua (jefe, señor, amo, cacique), aunque también existían los términos de usake (dignatario), zake (jefe, dignatario), guesha (jefe de guarnición fronteriza); los capitanes o auxiliares del cacique o señor principal se llamaban tiba (soberanía, realeza, vejez, dirección). Los tiba tenían mucha influencia sobre su parentela, y habitualmente cuidaban de los santuarios de los antepasados. El capitán mayor se llamaba sibintiba y el menor tibaroge (Ghisletti, 1954: 373-390). Estos cacicazgos eran inestables debido a los conflictos internos causados por la movilidad de la gente, el uso de las tierras de cultivo, los cotos de caza y los tributos personales, lo que generaba enfrentamientos que a veces desembocaban en la aplicación de la guerra de tierra arrasada contra los perdedores. El cacique organizaba las fiestas, las guerras, la construcción de santuarios, la realización de las labores comunitarias para el mantenimiento de canales y caminos, el intercambio de bienes en los mercados comunales y la aplicación de justicia según las normas tradicionales (Gamboa, 2010: 89).

Los indígenas le respetaban hasta tal punto que no osaban mirarle a la cara cuando le hablaban sino que le dirigían la palabra dándole la espalda. Podía usar mantas pintadas, a diferencia de las sencillas del resto de la población. Igualmente tenían cotos de caza para los venados, cuya carne en ciertas ocasiones era de consumo exclusivo del cacique. Habitaban en cercados de madera, con muchas mujeres (según los informantes, el número oscila entre 100 y 400), casas para sus sirvientes, vituallas y armas. Los indígenas le tributaban cultivándole sus sementeras.

La preparación de estos caciques llevaba hasta siete años, siendo encerrados desde niños en lugares especiales sin que pudieran ver el sol, donde eran instruidos, atendidos y alimentados por personas especiales. Algunos caciques adultos entraban de vez en cuando y les azotaban. Transcurrido el tiempo de su preparación, salían a la luz, les horadaban las orejas y nariz con el fin de colocarles adornos de oro, les ponían un bonete de algodón y mantas pintadas.

La casa del monte y la muerte del Bogotá

Los cronistas tempranos de mediados del siglo XVI (Aguado, Fernández de Oviedo, Jiménez de Quesada, San Martín y Lebrija) llamaron al cacique de

Bogotá con el mismo nombre, pero a finales del siglo Juan de Castellanos ([1601] 1997: 1166), sacerdote que vivió y falleció en Tunja y tuvo la suerte de entrevistar a los partícipes sobrevivientes de la Conquista del territorio del Nuevo Reino de Granada, lo denominó Thisquesuzha, quien era sobrino y sucesor de Nemequene, cacique de Chía de donde procedían los jefes de Bogotá.

Esta tradición la continuó fray Pedro Simón ([1626] 1981, III: 206), lector y replicador de todos los cronistas antecesores, quien a principios del siglo XVII lo anotó con el nombre de Tisquesuza. Este cacique tenía su cercado principal en Muequetá (Bacatá, actual municipio de Funza), aunque poseía otros como el de Tonaguasa (Tena, en la provincia de Tequendama de Cundinamarca), tierra más caliente que fría, donde existía una casa de recreación denominada la “casa del monte”, para los baños y entretenimientos de los bogotaes y sus mujeres durante algunas temporadas del año.

En los cronista tempranos se menciona que a cuatro o cinco leguas (entre 23-28 km) del cercado del cacique de Bogotá (Funza), al final del valle del mismo nombre existía otra casa de recreación que los españoles llamaron la “casa del monte”, a donde el Bogotá se retiraba a descansar con sus 20-30 mujeres (Aguado, [1581] 1956, I: 273; Epítome, [1539] 1995: 127; Fernández de Oviedo, [1556] 1959, III: 114; San Martín y Lebrija, [1536] 1993: 104). Se llamaba así porque estaba rodeado de bosques y muchos animales, especialmente de venados.

Durante varios meses el Bogotá esquivó los ataques de los conquistadores españoles, ya sea remitiéndolos hacia Somondoco en busca de esmeraldas, hacia el valle de Neiva en pos del templo con columnas de oro, o remitiéndolos contra el Hunza, su principal rival. No obstante, hacia finales de 1538 se refugió en la “casa del monte”, teniendo la seguridad que por los numerosos pantanos y lagunas los españoles con sus pesados caballos no le podrían perseguir. Sin embargo, las tropas españolas de casualidad detuvieron a dos indígenas espías enviados directamente desde los aposentos del cacique, quienes fueron torturados con el fin de que informaran sobre el paradero del Bogotá.

Con la información obtenida, las tropas españolas atacaron de sorpresa a los indígenas quienes se encontraban desarmados, huyendo por los espesos montes donde habitaban otros indígenas que huían de las huestes europeas. Salió también el Bogotá por un postigo del cercado junto a algunos señores principales, pero se encontró con una patrulla de jinetes quienes dispararon,





acertando con una ballesta el soldado Domínguez en la espalda del Bogotá, hiriéndole de muerte. Avisados sus compañeros, le tomaron en andas y le llevaron a un montecillo cercano, donde murió bañado de sangre. Los usaques le enterraron según la costumbre estilada para con los dignatarios muisca, con su suntuoso ajuar. Un soldado español encontró en el sitio una sepultura fresca de algún usaque muerto durante esta contienda, de donde obtuvo algo de oro, pero nunca se supo con certeza si esta correspondía a la tumba del Bogotá. Como sucesor fue nombrado Sagipa (Saxagipa, Sacresasigua), quien no era considerado heredero legítimo por no ser su sobrino procedente de Chía, también víctima de la usurpación hispánica, muerto bajo cruel tormento en marzo de 1539 por no haber entregado el oro escondido del anterior Bogotá (Simón, [1626] 1981, III: 275-276).

Algunos autores plantean que el montecillo donde murió el sihipkua de Bogotá (Tisquesusa) corresponde a Mansilla en Facatativá, donde fue enterrado entre tupidas malezas de raques de helechos (Ghisletti, 1954: 153; Velandia, 1979, II: 926). A juzgar por la distancia entre Funza y Facatativá de cerca de 25 km, el sitio podría ser esta última localidad, pero continúa la duda sobre el sitio de enterramiento del primer cacique de Bogotá que enfrentó a los conquistadores durante varios meses y murió en combate. El nombre de Tisquesusa (Tisquesusha) introducido por Castellanos (1601) fue empleado por los cronistas tardíos (Simón, [1626] 1981; Piedrahita, [1666] 1973) y algunos investigadores de la sociedad Muisca como Ghisletti (1954: 130-141) y Friede (1974: 187). Sin embargo, es obviado en recientes publicaciones que han consultado otras fuentes de archivo donde no figura tal nombre (Gamboa, 2010: 225).

De esta manera entre 1537-1539 se puso fin a la dinastía de los sihipkua de Bogotá y se dio inicio al proceso de conformación de una nueva sociedad que integraba tanto las tradiciones muisca portadas principalmente por las mujeres nativas (culinaria, tejidos, compañía), y las hispánicas de los soldados y frailes que acompañaron a los primeros expedicionarios.



Figura 2. Cerámica MRT del nivel 80-90 cm del corte No. 3 de Facatativá.



Figura 3. Cerámica ZDT del nivel 40-60 cm del corte No. 3 de Facatativá.





Figura 4. Cerámica ZRC del nivel 30-50 cm del Corte No. 3 de Facatativá.

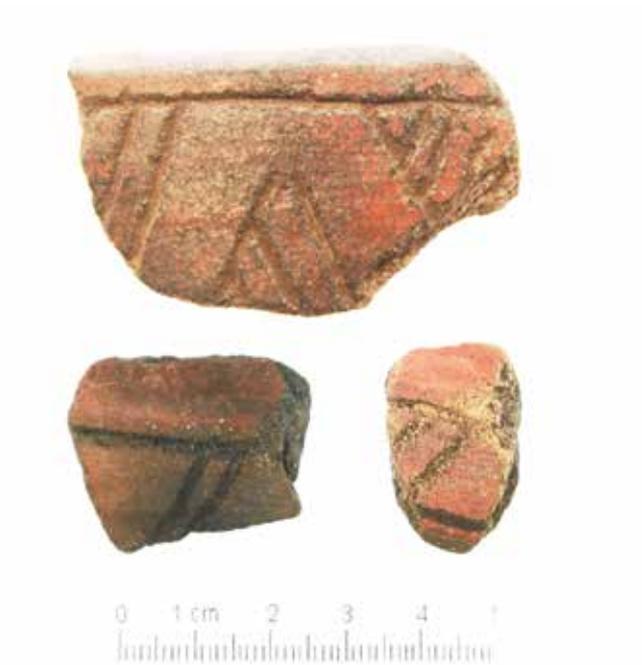


Figura 5. Cerámica tipo Mosquera rojo inciso (MRI) del nivel 40-70 cm del Corte No.3 de Facatativá.

CAPÍTULO 3

Las pictografías como documento arqueológico: aproximación semiótica



Rituales muiscas

Como todas las sociedades chibchas del altiplano Cundiboyacense (Falchetti, 2003; Osborn, 1995), los muiscas realizaban rituales colectivos de paso de una entidad social a otra (nacimiento, destete, bautizo, menarquia, matrimonio, sepelio), con bebidas, canciones y bailes. Igualmente realizaban ceremonias de posesión de caciques y sacerdotes donde los caciques menores y capitanes tributaban a los caciques mayores, cuyo festejo era acompañado de danzas, bebidas, comidas, música, la gente adornada con atuendos especiales (mantas, plumas, caracoles, piedras preciosas como las esmeraldas y semipreciosas). Los ciclos solares (solsticios y equinoccios) eran objeto de celebraciones masivas por parte de toda la sociedad pues coincidía con momentos de recolección de cosechas cuando parte del maíz era consumido en festejos (Correa, 2004).

Los sitios eran rincones especiales, tales como las lagunas para los grandes personajes (López, 2008), los ríos para el destete y menarquia, las montañas para los sacrificios humanos, y los adoratorios en templos y otros lugares especiales de tipo religioso. Los oficiantes eran los xeques o sacerdotes durante las festividades religiosas, los familiares de los niños y niñas que eran destetados o cuando les llegaba la primera menstruación. Sin embargo, algunos sitios ceremoniales frecuentados por los muiscas, como el templo del Sol en Sogamoso, el observatorio astronómico de Villa de Leyva con sus monolitos fálicos en Boyacá (Silva, 2005), y el observatorio de Madrid, Cundinamarca, tuvieron presencia ritual desde el período Herrera (Rodríguez y Cifuentes, 2005; Rodríguez, 2011; Silva, 2005).

El procedimiento de los rituales era especial, ya fuese en santuarios, montañas, lagunas, fuentes de agua, ríos, cuevas, peñascos o plantas donde



colocaban las ofrendas. Antes de iniciar los festejos, los oferentes ayunaban (el ayuno se llamaba saga) durante varios días, sin consumir carne ni pescado, solamente alimentos ligeros sin sal ni ají; tampoco se bañaban el cuerpo ni sostenían relaciones sexuales. Finalizada la saga, daban al xeque las ofrendas para el santuario (quien también ayunaba rigurosamente mascando coca o hayo junto a conchas pulverizadas almacenadas en poporos) con el fin de consultar los oráculos sobre la suerte de los deseos. Luego el oferente se lavaba el cuerpo con jabones especiales, se vestía con mantas y galanas, invitaba a banquetes y bebidas a sus parientes y amigos durante varios días, danzando al compás de su música, cantando tonadas sobre las memorias del pasado, engalanados con penachos y grandes medialunas de oro en la frente. Detrás de los hombres seguían las mujeres con múcuras de chicha (Castellanos, [1589-1601] 1997: 1156-1161).

Bochica y el mito del personaje civilizador

Siguiendo a los cronistas, se ha considerado que los autores de las pictografías fueron los muiscas, quienes dejaron para la posteridad el legado de los motivos decorativos aplicados a los textiles y a la cerámica (Pradilla y Villate, 2010). Inclusive se representa a Bochica aplicando la pintura sobre la roca limpia con un pincel, extraída de un pequeño cuenco, y al personaje vestido de túnica blanca, con su luenga y blanca barba (Martínez y Botiva, 2011: 99).

De acuerdo con la versión recabada por el cronista fray Pedro Simón (1981), las pictografías corresponden a diseños pintados en las rocas por un primer predicador para que los indígenas no los olvidaran. Según esta mitología, al igual que Moisés para los hebreos, Viracocha en los incas, Quetzalcóatl en México, los muiscas tuvieron un predicador civilizador quien les enseñó las habilidades artesanales, normas de conducta y otros oficios. Ese primer predicador fue Chimizapagua, mensajero de Chiminigagua (supremo dios), llamado por otros Nemterequeteba o Xue. Este personaje les habría enseñado las leyes nativas y las artes del tejido en algodón. Para que no se olvidaran de los motivos de las decoraciones de las mantas, “cuando salía de un pueblo les dejaba los telares pintados en alguna piedra lisa y bruñida, como hoy se ven en algunas partes, por si se les olvidaba lo que les enseñaba...” (Simón, [1626] 1981, III: 375). De acuerdo con la leyenda el personaje apareció hacia 20 edades, cada edad de 70 años, es decir hacia 1400 años antes de la llegada de los españoles (1537), lo que produce una cronología ubicada en el siglo II d. C. (137 d. C.), es decir a mediados del periodo Herrera.

No obstante, los estudios arqueológicos adelantados por el equipo de la Universidad Nacional de Colombia han podido documentar la presencia de los primeros cazadores recolectores (Período Precerámico) de la Sabana de Bogotá y de los primeros agroalfareros (Período Herrera), por lo que podrían ser los autores más plausibles de las pictografías del Parque Arqueológico de Facatativá, remontándose así a varios milenios la antigüedad de las mismas.

Las rocas: representación del inframundo

Como han evidenciado los estudios etnográficos sobre aborígenes de América, Australia, Europa, Siberia y Suráfrica, el cosmos chamánico se divide en el mundo inferior (cuevas y cavernas donde habitan seres fantásticos), el mundo del medio (de los humanos y su vida cotidiana, plantas y animales), y el mundo de arriba (cosmos, astros y espíritus) (Bautista, 2010; Castaño y van der Hammen, 2005; Clottes y Lewis-Williams, 2010; Ortiz y Pradilla, 1999; Reichel-Dolmatoff, 1968). En este cosmos estratificado es que actúan los chamanes desplazándose mediante el vuelo extático hacia arriba, o mediante escaleras y redes hacia abajo en busca de espíritus aliados para suplir las necesidades del mundo del medio. Por esta razón, las paredes rocosas y cavernas han sido sitios ideales para refugio de cazadores recolectores y la realización de rituales, en tanto que representan el umbral que comunica el mundo de los humanos con el subterráneo, con sus espíritus y formas fantásticas surgidas de la oscuridad, animadas gracias a las sombras de su baja iluminación, sacralizadas por los grupos humanos antiguos mediante pictografías y petroglifos.

En la mayoría de pueblos el descenso al mundo subterráneo es quizás la ceremonia más compleja de los rituales chamánicos, pues debe atravesar el peligroso estrecho agujero (torbellino) que lo separa del inframundo, en donde puede quedar atrapado en la oscuridad o salir mal librado (Eliade, 2001; Reichel-Dolmatoff, 1997; Vitebsky, 2006). En este sentido los chamanes-artistas deben poseer la facultad de persuadir a los espíritus del inframundo para que atraviesen la roca y afloren en apoyo al mundo de los humanos, por lo que la pared se puede asimilar al velo tendido entre los humanos y los espíritus (Clottes y Lewis-William, 2010: 32).

Los primeros habitantes de la Sabana de Bogotá que se instalaron en los alrededores del Parque Arqueológico de Facatativá aprovecharon el refugio que brindaban los abrigos rocosos (Figura 1), cuyo piso a finales del Pleistoceno quedaba entre 2-3 metros por debajo del nivel actual, siendo por consiguiente más





espaciosos y con la capacidad de albergar familias enteras. Los lagos y quebradas de su entorno brindaban recursos de animales pequeños para el sustento, al igual que los bosques aledaños que proporcionaban animales de caza. Además, estos cazadores recolectores manejaban el ocre para sus rituales pues conocían las fuentes de materia prima de óxido ferruginoso y la preparación de la pintura roja que empleaban para embadurnar los cadáveres, como también para pintar sobre las rocas sus impresiones acerca del mundo natural y sobrenatural.

Sin embargo, mientras que el arte parietal europeo del Paleolítico Superior (39.000-10.000 años), Suráfrica y Australia, como también el de Chiribiquete en la Amazonia colombiana (Castaño y van der Hammen, 2005) refleja el bestiario del mundo animal característico de la época, el de Facatativá es básicamente geométrico (zigzags, parrillas, conjuntos de líneas o de curvas paralelas entre sí y meandros) como las percepciones de las fase 1 de los chamanes en estado de trance, llamados también fosfenos³ (Clottes y Lewis-Williams, 2010: 18) (Figura 7). Esta asociación podría estar indicando que los chamanes sabaneros debían conocer las propiedades psicotrópicas de algunas plantas, posiblemente el borrachero o floripondio pues es el más corriente en la Sabana de Bogotá (*Brugmansia aurea*).

Por esta razón, se puede considerar que el Parque Arqueológico de Facatativá y su conjunto pictográfico debió constituir un sitio ceremonial especial, para la realización de rituales de distinta índole, reservados inicialmente para los chamanes (mohanes) de las sociedades de cazadores recolectores (entre más primitiva la sociedad observa mayor contacto con la naturaleza en sus rituales de paso), perdiéndose esta tradición en las sociedades jerarquizadas (debido a que realizaban sus ceremonias en templos y cercados).

Antiguamente los participantes muy seguramente tenían que realizar previamente ayunos, ceremonias propiciatorias y de purificación (pedir permiso a los espíritus protectores) en las fuentes de agua cercanas al parque (quebradas Chapinero, Mansilla, Botello o en moyas naturales) (Figura 6). Una vez purificados podían ingresar a las piedras señaladas según las funciones específicas (propiciatorias de la vida, las cosechas, los hijos, la supervivencia en general), realizaban ofrendas de distinta índole y con diferentes objetivos, consistentes en comidas, bebidas y objetos rituales (plumas, caracoles, coca, envoltorios de algodón).

3 La percepción momentánea de pequeñas manchas, estrellas o figuras irregulares por parte del ojo humano, es un fenómeno común. «Los fosfenos son imágenes subjetivas, independientes de cualquier fuente de luz externa, y se producen como resultado de la auto-iluminación del sentido visual» (Reichel-Dolmatoff, 1997: 248).

De esta manera, dependiendo del tipo de ritual que se haya practicado en el Parque Arqueológico “Piedras del Tunjo” de Facatativá, y del grado de preservación de los objetos ofrendados (las plumas, los alimentos y las piezas de madera no se conservan por ser de material perecedero), asimismo serán las evidencias que allí se pueden registrar. Por esta razón, es plausible hallar fragmentos de vasijas (múcuras, cuencos, copas) para bebidas y comidas, restos de animales consumidos (especialmente venado), caracoles marinos, piezas de orfebrería, cuentas de collar, artefactos líticos y restos de ocre con el que pintaron las pictografías, las mantas y el cabello.

El arte rupestre como fuente de información

Los estudios adelantados sobre el pigmento de las pictografías en el área Muisca de Farfacá, Boyacá, han establecido la presencia de varias clases de óxido de hierro como la hematita, goethita y cinabrio, siendo este último proveniente de la cordillera Central. Los colores claros de la gama naranja fueron producidos por el cinabrio; los rojos más claros por una mezcla de goethita, hematita y caolinita; los tonos rojos oscuros representan una mayor concentración de hematita, mientras que el pigmento de las líneas más oscuras fue elaborado con hematita tostada (Bateman y Martínez, 2001, en Pradilla y Villate, 2010: 24) (Figuras 7, 8, 9, 10, 46, 49, 50, 51).

Las manifestaciones rupestres, de acuerdo con lo observado en sociedades indígenas contemporáneas, son el reflejo de las prácticas sociales y de semiótica (producción de significado), enmarcadas en las dinámicas poblacionales desde la época de los grupos de recolectores cazadores de la Sabana de Bogotá, quienes señalaron su territorio ancestral mediante mojones con el fin de delimitar los espacios interétnicos. Los estudios sobre recolectores cazadores de diferentes regiones de Colombia evidencian que estos grupos fueron muy dinámicos en su interacción con la naturaleza, modificándola según la disponibilidad de recursos.

Las pictografías del Parque Arqueológico de Facatativá, como las demás de la Sabana de Bogotá, han sido documentadas de manera formal (fotografías, calcos, georeferenciación) como parte del patrimonio cultural de la Nación, omitiéndose aspectos importantes del registro arqueológico tales como la relación de los abrigos o parapetos rocosos y su potencial con actividades de subsistencia de sociedades antiguas, y la presencia de pinturas rupestres como





evidencias de transmisión de información, de relaciones entre la sociedad y el medio ambiente y grupos sociales vecinos (Criado, 1993, 1997).

Existen tres corrientes relacionadas con el estudio de las pictografías. Los autores iniciales consideraron el arte rupestre como jeroglíficos (Acosta, 1894; Duquesne, 1884), recuerdos de antiguos cataclismos (Ancizar, 1970), escrituras antiguas (Uricoechea, 1971), calendario premuisca (Zerda, 1984), relatos, mitos y leyendas de sociedades antiguas (Pérez, 1878), producto de la ingenuidad de sociedades primitivas (Restrepo, 1895). El interés se centró en el documentalismo y las interpretaciones difusionistas, que pretendían hacer un registro óptimo de las pinturas como parte del patrimonio cultural pues se entendían como representaciones que permitían el estudio del comportamiento de las sociedades del pasado. Indistintamente de sus enfoques teóricos, los primeros autores se interrogaron por el poblamiento humano, sus dinámicas asociadas a la conformación y la definición de los territorios étnicos, particularmente en lo que atañe al altiplano Cundiboyacense antes de la invasión europea. Los investigadores de la primera mitad del siglo XX se interesaron en la documentación exhaustiva mediante calcos a escala de las pictografías con el fin de proteger el legado de antiguas sociedades como parte del patrimonio cultural de la Nación (Pérez de Barradas, 1941; Núñez, 1959; Uribe y Borda, 1938), tendencia continuada en los años posteriores (Botiva, 2000; Cabrera, 1969; Martínez y Botiva, 2011; Muñoz, 2003a, 2003b y 2013; Rendón y Gelemeur, 1975).

La segunda tendencia se inspira en la analogía etnográfica de las sociedades indígenas, acudiendo a las interpretaciones y estilos del presente con el fin de rastrear los motivos del pasado, acudiendo al mito, al chamanismo, el empleo de enteógenos y a la teoría de fosfenos (Castaño y van der Hammen, 2005; Reichel-Dolmatoff, 1968). Inclusive algunos investigadores han realizado talleres con sabedores de comunidades indígenas con el fin de entender el lenguaje del arte rupestre, adentrándose en la mitología y en aspectos del ceremonial de los pueblos ancestrales con el fin de trazar una visión de su mundo (Ortiz y Pradilla, 1999: 26).

La tercera tendencia, menos visible en los estudios de arte rupestre de Colombia, es la que lo concibe como parte de las problemáticas arqueológicas (Arguello, 2000, 2009, 2011), donde los paisajes son lugares de producción cultural que generan sus propias iconografías, en tanto que la estructura fundamental de la vida humana, deviene de la fenomenología del paisaje relacionada con la auto comprensión del humano, en su doble estructura, individual e histórico-social (Bautista, 2010).

A diferencia de otras evidencias arqueológicas (cerámica, líticos, restos óseos) la evidencia rupestre es dinámica en el sentido explícitamente comunicativo, pues supone unas pautas o modos narrativos sensorialmente identificables, visualmente ritmados. De este modo es más fácil relacionar la elaboración de los motivos rupestres con el análisis de cadenas operativas, como medio útil en la construcción de esas asociaciones (Fiore, 2007). Las cadenas narrativas (semióticas) en las que están contenidos los motivos, de alguna manera y en cualquier punto, están correlacionadas con las cadenas operativas de la vida (la cacería, la recolección, el pastoreo, la agricultura, el pensamiento), lo mismo que con los mundos posibles.

Desde el procesualismo el arte rupestre es una mediación social entre el colectivo humano y el medio ambiente (Jochim, 1991). En este contexto los motivos rupestres son tomados como representaciones, tratados justamente como artefactos, vinculados a estrategias adaptativas (Aschero, 1988); entendidas las pinturas como información en relación a su circulación; como vía de aproximación para comprender las dinámicas poblacionales (Jochim, 1991); así como la diferenciación social y la demarcación territorial (David et al, 1999). Hay que resaltar, que los recientes estudios emplean técnicas de escaneo tridimensional que permiten detallar los pictogramas mediante programas especializados y ubicarlos en un sistema de coordenadas cartesianas (Goñi *et al.*, 2007; López *et al.*, 1989; Santisteban, 2010; Wainwright, 1995; Wirwoll, 2012).

A pesar de los esfuerzos por documentar, registrar e inventariar hasta la sofisticación los abundantes y dispersos motivos rupestres, desde tiempos de los cronistas cuando fueron considerados “obra del diablo” (Simón), hasta los estudios posteriores (Duquesne, Uricochea, Zerda, Triana, Pérez de Barradas, Ghisletti, Cabrera, Núñez, Rendón y Gelemur, Botiva y Martínez, Muñoz, Botiva), el ejercicio en contadas excepciones ha pasado por su problematización arqueológica (Bautista, 2010). No obstante, las recientes investigaciones arqueométricas adelantadas por el grupo GIPRI (Guillermo Muñoz, Judith Trujillo y colaboradores) tendientes a registrar, datar y contextualizar las condiciones biofísicas de los pigmentos y el origen de las materias primas con que se pintaron las pictografías, aportará importante información sobre las técnicas empleadas por los autores de las mismas. Igualmente, la contextualización arqueológica del uso del espacio permitirá documentar el patrón de asentamiento de los primeros pobladores en el área del parque.



Sobre la interpretación del arte rupestre



Los pictogramas, más que arte en sentido estético, son inscripciones cuyo objetivo es consignar una información sobre materia perdurable, mediante trazos, motivos gráficos y plásticos. El registro rupestre sería entonces la misma operación pero sobre un soporte y sobre una superficie dura y perdurable, transformada algunas veces mediante procedimientos abrasivos para generar una superficie lisa, como en varios casos de Facatativá.

En este sentido, un conjunto de inscripciones que puede reconocerse sobre una superficie rocosa, y que mantiene una unidad de técnica de ejecución, unidad de rasgos formales de los motivos, proximidad, secuencialidad y compactación en la composición, puede reconocerse como ejemplar, espécimen o motivo de un mismo registro. De esto se deduce que todo conjunto de inscripciones genera un registro rupestre, independiente de cómo pueda registrarlo el observador externo.

Un aspecto a tener en cuenta, es que la interpretación de las pictografías es casi indescifrable debido a que la autoría estaba en manos de sabedores, curanderos o chamanes, quienes plasmaron de manera codificada y esotérica las explicaciones del mundo que veían e interpretaban posiblemente bajo el efecto de sustancias psicotrópicas, haciéndolas ilegibles para el pensamiento contemporáneo. Para ello crearon códigos para cada evento o fenómeno de la naturaleza, como el ocaso del sol, los eclipses, los sismos, las lluvias de ceniza volcánica, las inundaciones o sequías; igualmente para los eventos sociales como el bautizo, el casamiento, la muerte y otros rituales. De esta manera crearon una estrategia visual que sirvió, tanto para los estados alterados de conciencia como para los estados normales. Como consecuencia, las pictografías comunican un lenguaje de relaciones internas y externas en diferentes niveles y modalidades, igualmente de los momentos o episodios de la sociedad y la naturaleza (Figuras 7, 8, 9, 10, 11).

La lectura debe hacerse desde la perspectiva del observador, limitada por las dimensiones horizontales y verticales del plano del dibujo (arriba, abajo, izquierda y derecha), como del autor con su carga semántica y cultural difícil de captar actualmente y que no puede reducirse simplemente al plano de ejecución sino también al de captación.

Por tal razón, no se puede esperar que los motivos rupestres puedan ser entendidos según su concepción espacial, distribucional y criterios constructivos, como discursos que vinieron a expresar, en el dominio espacial, aquello que en el dominio discursivo se manifestaba en los términos de una visión totalizadora y abarcadora del mundo prehispánico. La pregunta en términos arqueológicos es si en función de la distribución de los motivos rupestres intra panel e

inter sitio de las pinturas rupestres de Facatativá, cuáles serían las tendencias distribucionales, las tendencias de circulación de información, las modalidades de agregación, convergencia poblacional, y los modos de producción de efectos de sentido. Esta pregunta está íntimamente ligada al poblamiento humano del borde occidental de la Sabana de Bogotá, durante un periodo de más de tres mil años, que involucró grupos precerámicos.

Las pinturas rupestres del Parque Arqueológico de Facatativá constituyen un registro escrito (no de escritura cursiva y logo fonética), de características complejas y particulares, que se prestan para diferentes capas (niveles de análisis), pero que básicamente como sistema de testimonio, comunicación y de transmisión de información, operan mediante el empleo de diagramas (Deleuze, 2007; Deleuze y Guattari, 2002; Launay, 1986).

El sistema diagramático de las pinturas rupestres combina la analogía (de diferentes tipos) y la codificación (códigos encriptados), que se conectan como un tejido (en movimiento y posiciones), mediante la utilización de conectores (operadores) insertados, y que tienen una función moduladora. Es un sistema generativo que trama en otro de sus niveles el funcionamiento de moldes (o modelos), que en el proceso generativo se convierten en módulos con el papel de la modelación de figuras (motivos y mensajes) (Deleuze, 2007).

Estos dos aspectos relacionados con las pinturas rupestres como diagramas narrativos (molde, módulos y modelación), se vinculan en el nivel analítico que permiten las semióticas (signos) de tensión y la topología (continuidad en el espacio), ya que en la dimensión de las pinturas rupestres como artefactos se corresponden a una figura semiótica (sistema de signos) del cuerpo, donde la forma (expresión) y el contenido están también íntimamente reunidos, por eso hablamos de figura-cuerpo, o en su defecto cuerpo-figura (Figura 11).

El estudio distribucional de los motivos

En su estudio distribucional se tienen en cuenta tres aspectos (Bautista, 2010): la posición de cada motivo en el conjunto pictográfico que se estudia mediante un reticulado con el fin de fijar el tránsito visual y espacial de cada motivo para entender desde dónde son generados; la correlación entre los motivos puesto que cada colocación establece un vínculo o relación de contigüidad directa o indirecta dentro de un conjunto determinado; en tercer lugar se analiza la función de los motivos que componen un conjunto pictográfico, en donde se dota de sentido el contenido y la expresión de ese





orden dispuesto de motivos. En conjunto los valores de posición, relación (cadena) y de función constituyen la estructura o valores organizados en que devienen los motivos como unidades interconectadas entre sí.

Para el caso del Parque Arqueológico de Facatativá, tomamos la serie N° 2 de calcos elaborados en 1972 por Carlos Rojas Niño y los dividimos en cinco unidades reticuladas, cada una de las cuales se subdividió en cuatro sub unidades. La Unidad 1, en las sub unidades A, B, C y D; la Unidad 2 en las subunidades E, F, G y H. En el caso de la Unidad 3, las sub unidades I, J, K, L; la Unidad 4, en las subunidades LL, M, N, Ñ; y respectivamente la Unidad 5, con las subunidades O, P, Q y R (Figura 11).

No sobra comentar que el conteo de los valores posicionales en términos de frecuencias, tendencias y porcentajes, no son las únicas categorías extraíbles de datos (cuantitativos), pues a partir de la identificación y descripción morfológica de cada uno de los motivos por subunidad, se pueden precisar datos de dos tipos de categorías cualitativas: las isometrías de los diseños de los motivos o figuras; y la identificación de motivos tanto analógicos, como codificados e injertos.

De esta operación puede inferirse que de los 261 valores posicionales, la mayor concentración de motivos se presenta en las unidades 4 y 5, es decir en el extremo derecho del observador (porción izquierda del autor), y que precisamente corresponde a un número de motivos o de figuras orgánicas que combinan diseños de forma analógica y figuras de forma codificada, en orientaciones y colocaciones rotantes. Adicionalmente, las unidades 2 y 3, son las que evidencian menor número de motivos cuyo diseño es predominantemente geométrico (codificado), aunque es importante señalar que se trata de rastros (fragmentos) de motivos perdidos o deteriorados debido al lamentable estado de conservación de los mismos, y sus perfiles imperceptibles en los calcos. Otro detalle importante es que la mayor concentración de motivos pintados a lo largo de las cinco unidades de esta segunda serie de pinturas calcadas, se localiza en la parte baja, cerca de la base o zócalo del abrigo que las contenían.

Aunque puede haber superposición de algunos motivos, posiblemente por haber sido elaborados en distintas épocas y durante milenios, lo relevante es que se trata de muy pocos motivos, que de todas maneras guardan cierto grado de unidad en el diseño con motivos precedentes tanto analógicos como codificados. Una indicación importante es que dada la pauta distribucional en grupos relativamente compactos debido a la contigüidad de las figuras o motivos, con pausas o vacíos espaciales entre uno y otro grupo; puede

inferirse que se trata de una inclinación óculo-manual que tiende a fijar la circulación o rotación de las figuras o motivos sobre el espacio, de manera que por ejemplo en las subunidades I, J, K, L (Unidad 3), LL, M, N, Ñ (Unidad 4) y O, Q, R (Unidad 5), desde el punto de vista del observador, los motivos están girando (Figura 11).

Algo distinto sucede con los motivos o figuras de las subunidades A, B, C y D de la Unidad N° 1, donde la posición sigue cierto grado de verticalidad si se tiene en cuenta que están distribuidas en cinco filas a manera de cordeles, arriba-abajo, abajo-arriba, extremo izquierdo del punto de vista del observador.

Definitivamente, en esta serie N° 2 de calcos del Parque Arqueológico de Facatativá hay un predominio de motivos geométricos e irregulares de morfologías no determinadas analógicamente, sobre un grupo menor de motivos de formas irregulares orgánicas semejantes a humanos y animales, lo cual indicaría que particularmente en esta serie hay un número de conectores de carácter geométrico: polígonos, líneas dobles paralelas, líneas quebradas, volutas, entre otros, que sirven de dispositivos entre dos clases de motivos: los analógicos y los codificados.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que las pictografías, a juzgar por los tipos de pigmentos, unos preparados directamente mediante decantación de arcillas ferruginosas y otros sometidos a cocción lo que les brinda mejor acabado (según información personal de Judith Trujillo del Grupo GIPRI), que producen una escala de colores magenta más oscuros o claros (posiblemente hasta amarillos y negros), por los diferentes tipos de trazado (unos digitales, otros pintados mediante pinceles), por la diversidad de motivos (la mayoría simbólicos y unos pocos análogos); finalmente, por el contexto arqueológico donde predominan las ocupaciones precerámicas (probablemente cuando no se cocinaban los pigmentos) y cerámicas tempranas (cuando ya existían vasijas de barro para la cocción de las arcillas ferruginosas), se puede establecer que fueron plasmadas durante diferentes períodos y durante varios miles de años, nunca en un solo momento.

De este ejemplo podemos colegir que para los cazadores recolectores y alfareros tempranos del borde occidental de la Sabana de Bogotá, la pintura fue al mismo tiempo una configuración semiótica (partes, fuerza de enlace y forma de la totalidad), objeto de una lectura sensible (táctil, pictórica, visual, plástica, olfativa, etc.), en las interacciones sociales y también el resorte mismo de la semiótica de la vida entera. La figura reside, en efecto, a través de la grafía de estos grupos humanos habitantes de humedales, la significación de su entorno y del cosmos y una concepción del mundo y una



forma de vida; una definición del sujeto competente y una malla de lectura de los acontecimientos de la vida cotidiana asociados a las prácticas rituales con las que se aseguraba la supervivencia y la reproducción de la sociedad.



Figura 6. Moya del Parque Arqueológico de Facatativá, sitio ideal para rituales de ablución.



Figura 7. Pictograma de la piedra No. 1 una vez intervenida con micro abrasímetro.



Figura 8. Piedra No. 4 según Triana (1922, izquierda) y actualmente (derecha).



Figura 9. Piedra No.2 intervenida mediante conservación.



Figura 10. Piedra No. 3 intervenida con microabrasímetro.

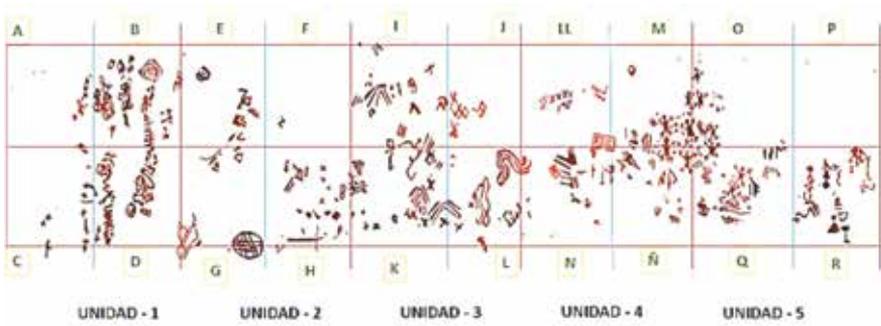


Figura 11. Serie No. 2 de calcos del Parque Arqueológico de Facatativá (Piedra No. 16).

CAPÍTULO 4

El manejo del espacio en el Parque de Facatativá

La prospección sistemática

Con el propósito de documentar el patrón de ocupación del espacio y la temporalidad del mismo en el Parque Arqueológico de Facatativá, se adelantó una prospección arqueológica sistemática intensiva cubriendo un área de 28,7 hectáreas (Figura 12). Este a su vez se subdividió en seis zonas que tuvieran características comunes, con el fin de poder diferenciar espacios especializados relacionados con la presencia o ausencia de pictografías. En total se realizaron 1016 pozos de sondeo, distanciados cada 10 metros en las áreas arqueológicas y cada 15 metros en las áreas de recreación activa. Aunque en la propuesta inicial se habían proyectado 891 pozos de sondeo, en algunas áreas (I, II, III) se redujo debido a su alto grado de alteración por las construcciones recientes (lagos, parqueaderos) y en otras por el contrario, se incrementó como consecuencia de una mayor concentración de material cultural (IV, V, VI). Debajo de los abrigos rocosos se excavaron pozos y sondeos con barreno a profundidad hasta de 300 cm distanciados cada 2 o 5 metros con el fin de buscar posibles evidencias precerámicas (Figura 13).

En la prospección se recuperaron 699 fragmentos cerámicos (con una densidad muy baja de 0,4 fragmentos por pozo de sondeo), de los cuales 61 corresponden al período Herrera (más 39 del valle del río Magdalena lo que brinda una cifra de 14,3%), 107 al Muisca (15,3%) y la mayoría son contemporáneos (437 fragmentos o 62,5%). Algunos fragmentos eran muy pequeños y no diagnósticos por lo que no se pudieron identificar (7,9%) (Tabla 1).





Tabla 1. Distribución del material cerámico de los pozos de sondeo por tipo y zona.

Clasificación del material cerámico de los pozos de sondeo prospectados en el Parque Arqueológico												
Zona	Herrera		Muisca		Valle del Magdalena		Contemporáneo		Sin identificar		Total	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
I	0	0.0	0	0.0	3	7.7	32	7.3	4	7.3	39	5.6
II	3	4.9	1	0.9	3	7.7	27	6.2	6	10.9	40	5.7
III	0	0.0	0	0.0	0	0.0	42	9.6	0	0.0	42	6.0
IV	16	26.2	68	63.6	17	43.6	72	16.5	18	32.7	191	27.3
V	37	60.7	24	22.4	0	0.0	37	8.5	22	40.0	120	17.2
VI	5	8.2	14	13.1	16	41.0	227	51.9	5	9.1	267	38.2
Total	61	100	107	100	39	100	437	100	55	100	699	100
%	8,7		15,3		5,6		62,5		7,9		100	

Desde la perspectiva espacial se pudo establecer que las zonas de mayor densidad de ocupación son las No. IV, V y VI que concentran el 82,7% de la cerámica recuperada, especialmente la No. VI que acumuló el 38,2%. Respecto a la temporalidad se concluye, de acuerdo con el material cerámico analizado, que las zonas IV y V tienen una predominancia de ocupaciones prehispánicas, y es precisamente aquí donde se concentran las pictografías y acumulan la mayor cantidad de material cerámico del período Herrera (68,9%) y Muisca (86%). El material del valle del Magdalena se concentra en las zonas IV-VI (84,6%). Entretanto, la zona No. VI tuvo mayor uso en tiempos coloniales y republicanos (51,9% material contemporáneo recuperado).

Respecto al material cerámico, los tipos observados corresponden a los períodos Herrera (Mosquera Roca Triturada, Zipaquirá desgrasante tiesto, Zipaquirá rojo sobre crema, Mosquera rojo inciso) y del valle del río Magdalena (Chamba tardía roja y negra), Montalvo de la tradición esgrafiada, Muisca Temprano (Funza cuarzo fino, Tunjuelo laminar, Arenoso) y Muisca Tardío (Guatavita desgrasante gris).

En conclusión, la zona IV-V que incluye la mayoría de conjuntos pictográficos (Presidentes, Trillizas, Las Núñez) es el espacio de mayor presencia de ocupaciones prehispánicas, incluidas las correspondientes al período Muisca, Formativo y valle del río Magdalena. La zona V,

especialmente la cercana a la piedra No. 16 corresponde a un espacio donde la ocupación precerámica es significativa (a juzgar por el espacioso piso de piedra del corte No. 3). Por su parte, la zona VI vincula ocupaciones coloniales y republicanas, posee pocas pictografías y se relaciona con los denominados “paseos de olla” y lavandería cerca de la quebrada Chapinero.

Las excavaciones en área

Corte No. 1

Durante el proceso de prospección arqueológica en el pozo de sondeo No. 830, cerca de la piedra No. 1, se localizó una zona de enterramientos humanos, donde según la tradición oral se inhumaban las víctimas de los conflictos, ya sea de la Insurrección de los Comuneros (1780-1781) que se asentaron en el parque provenientes de Tunja (de ahí la denominación de “Piedras de Tunja”), como de la Guerra de los Mil días (1899-1901). En el sondeo se registró una mandíbula humana, al ampliar la excavación se localizó el rasgo de una tumba de pozo rectangular de 70x200 cm y de 90 cm de profundidad. El cuerpo yace en posición dorsal, con los miembros superiores flexionados sobre el abdomen, los inferiores extendidos, en mal estado de conservación. El individuo corresponde a una persona masculina, de 30-35 años de edad, de rasgos mestizos, con fuerte desgaste dental por alguna dieta abrasiva. Junto al pie derecho se localizó un fragmento de hueso de venado cortado con sierra (Figura 14).

Se realizó una datación mediante radiocarbono a partir de hueso humano, arrojando una fecha de 1760±30 d. C., señalando que el entierro data de una fecha anterior a la de los Comuneros, quizá de alguna víctima de las epidemias de viruela del siglo XVIII, que no poseía dinero para ser enterrado en el cementerio local.

Corte No. 2

Entre las piedras No. 2 y 3 se localiza un área plana, protegida de los vientos por rocas, cerca de la quebrada Chapinero, por lo tanto adecuada para sitio de vivienda (Figura 15). Durante el proceso de prospección arqueológica en los pozos de sondeo No. 656, 657 y 658 de este lugar se recuperó abundante cerámica contemporánea, por lo que se decidió excavar un corte arqueológico estratigráfico de 200x200 cm con el fin de documentar las ocupaciones humanas de períodos tardíos en el parque.



Aquí se recuperaron 1494 fragmentos cerámicos de la Colonia y República, como cerámica vidriada, loza, además de monedas de dos centavos de 1920, y un botón militar metálico (Augustus Thomas & Co). Este sitio, por lo visto, corresponde con los vestigios de los “paseos de olla” de los períodos contemporáneos del parque (Figuras 30, 31, 32).

Corte No. 3

Este sitio se excavó debido a la presencia de material cerámico del período Herrera en los pozos de sondeo No. 262, 267, 268 y 269, cerca de la piedra No. 16. Inicialmente el corte se excavó de 200 x 200 cm, mediante niveles artificiales de 10 cm, pero en la medida en que se recuperó información interesante se fue ampliando hasta alcanzar 400x500 cm. El corte se dividió en cuadrículas de 100 x 100 cm, a cada una se la asignó una letra y un número, con las letras en sentido este-oeste y los números en sentido norte-sur (A1, A2, A3, A4, B1,B2,B3,B4, C1,C2,C3,C4,C5, D1,D2,D3,D4,D5, E4 y E5) (Figuras 16, 18, 19, 20).

En total se excavaron 20 cuadrículas de 100 x 100 cm (20 m²), lográndose evidenciar la presencia de dos ocupaciones humanas antiguas. Como el piso presenta un desnivel de 40 cm, las primeras cuadrículas (A1, B1, C1, D1 de la pared norte) alcanzan una profundidad de 120 cm, mientras que las quintas (C5, D5, E5 de la pared sur) apenas 80 cm.

La primera ocupación corresponde al Precerámico Tardío (II milenio a. C.) asociada a un piso de piedra, ubicado entre 100-120 cm de profundidad en la parte norte y entre 80-100 cm en la parte sur (Figuras 16, 17, 18). Este piso de piedra fue construido intencionalmente con areniscas tabulares de tamaño promedio entre 3-5 cm, dispuestas sobre un grueso horizonte con ceniza volcánica, muy compactado por el continuo pisoteo durante mucho tiempo y por bastante gente. En la parte inferior del piso la gente colocó unas piedras más grandes (6-8 cm) y es más compacto que la parte superior. En un m² se contabilizaron 1.144 piedras del piso, peso promedio de 29,4 gr. Alrededor del corte se realizaron varios pozos de sondeo para delimitar la extensión del piso de piedra que alcanza por lo menos 170 m² (Figura 16, 18).

La segunda ocupación antigua también se relaciona con un piso de piedra, aunque más suelto, menos denso y extenso, distribuido entre 60-80 cm de profundidad (Figuras 19, 20). Corresponde al período Herrera que se ubica estratigráficamente entre 30-80 cm, cronológicamente entre los siglos VIII a. C. y el IX d. C., según las fechas de radiocarbono obtenidas (Tabla 3).



Las ocupaciones humanas del Parque Arqueológico

Según la distribución de los materiales culturales, se puede apreciar que el tipo de ocupación del área del Parque Arqueológico de Facatativá tuvo drásticos cambios con el tiempo, con presencia de los primeros pobladores de la Sabana de Bogotá, cazadores recolectores que buscaron refugio en los abrigos rocosos. Con el tiempo controlaron esta área gracias a la ritualización de los paneles mediante pictografías, donde plasmaron sus historias, mitos y enseñanzas. En el sitio del Corte arqueológico No. 3 construyeron un piso de piedra que utilizaron para sus actividades rituales, especialmente durante las temporadas de erupciones volcánicas (como se pudo evidenciar por los análisis edafológicos) que pudieron generar situaciones de pavor y temor, ante las cuales los chamanes debieron realizar rituales para alejar los peligros frente a las catástrofes climáticas.

Con el desarrollo de la alfarería (casi 2500 años después de su surgimiento en la costa Caribe y Cauca Medio) la sociedad instalada en los predios del parque continuó con las actividades rituales durante los casi 1600 años que duró el período Herrera, perdiendo vigencia durante el período Muisca, frente al poder político de caciques y sacerdotes, quienes desarrollaron otras maneras de control social.

De acuerdo con la variación estratigráfica y cronológica de los tipos cerámicos, se puede colegir que durante la ocupación del Parque Arqueológico de Facatativá tuvo varios momentos caracterizados por diversos complejos cerámicos: Herrera Clásico (MRT, MRI, ZDT, ZRC), predominante (44,5% del total de la cerámica del Corte No. 3); Facatativá (FAN, ACA, DPT), variante local importante (30,4%); Valle del Magdalena (MON, AAD, ANA, IND, BRO, VMA), también con presencia significativa (21,0%); Muisca (muy escasa con el 0,5%) y Contemporánea (loza y vidrio con el 3,6%). A inicios del I milenio a. C., entre 80-100 cm, se observa un atisbo de presencia de alfareros con predominio de los tipos MRT y los tipos del complejo Faca (FAN, ACA y DPT), con un 14,5% (Figuras 22, 23 y 24). Durante la segunda fase, que correspondería al Herrera Clásico, entre 60-80 cm, cronológicamente entre los siglos III a. C. a II d. C. (Boada, 2013: 19), predomina el MRT (Figura 2) y se incrementa la presencia del complejo Faca. Esta es la fase de mayor densidad de ocupación (50,5%) de los autores del piso de piedra que sigue la tradición del período Precerámico Tardío (II milenio a. C.). La influencia del Valle





del Magdalena se manifiesta en los tipos de este complejo cerámico como Montalvo (MON), Atípica alta dureza (AAD), Atípica naranja (ANA) y Valle del Magdalena (VMA) (Figuras 25,26 y 27). La fase tres estaría entre 30-60 cm (siglos III-IX d. C.), corresponde al Herrera Tardío con la cerámica típica como MRT, Zipaquirá rojo sobre crema (ZRC), Zipaquirá desgrasante tiestos (ZDT), Zipaquirá indeterminado (ZIN) y Mosquera rojo inciso (MRI) (Figura 2, 3, 4 y 5) que acompañan al complejo Faca y Valle del Magdalena (MON, AAD, BRO, VMA). Durante la fase cuatro (siglos X-XX d. C.) desaparecen los complejos cerámicos anteriores y se registra la cerámica Muisca y contemporánea, con muy baja densidad (7,0%).

La pérdida de la presencia indígena en el parque se relaciona con la intrusión de una nueva religión (católica) y una nueva cultura (española) que desplazaron a los nativos para darle campo a los nuevos habitantes de este espacio, los mestizos, con otro tipo de gustos. Para acabar con los rituales nativos, los religiosos emprendieron una tenaz acometida contra los mohanes pues los consideraban “[...] la pestilencia contra nuestra santa fe católica y los que atajan la corriente de la conversión de estos naturales, porque todo cuanto los sacerdotes enseñan de día, ellos contradicen y desenseñan de noche en lugares ocultos y retirados, donde de ordinario hablan con el demonio. Para lo cual tienen sus instrumentos, bien como para el oficio que los usan, aunque con diferencia en diferentes provincias” (Simón, 1981, VI: 118).

Por esta razón, la extirpación de los rituales indígenas constituyó una estrategia muy importante en el proceso de adopción de la nueva identidad hispánica por parte de los curas doctrineros. Así, con el fin de poder convertir a los indígenas del Nuevo Reino de Granada a la nueva religión de los conquistadores, se dispuso en 1575 la prohibición de santuarios, ceremonias, ídolos y el uso de mantas con decoración de representaciones “diabólicas” como los tunjos (Friede, 1976, VI: 459-460). De esta manera se ponía punto final a los centros rituales nativos, se construyeron capillas doctrineras y se cristianizaron los pocos indígenas que sobrevivieron a la hecatombe de la Conquista. Los mestizos acudieron a los antiguos centros rituales con el objeto de recreación y “paseos de olla”, sin que se identificaran con este pasado que durante miles de años antes de la llegada de los españoles, sirvió de mecanismo de cohesión ideológica para la integración de la sociedad prehispánica.



Figura 12. Ubicación de los cortes arqueológicos y pozos de sondeo por áreas en el Parque Arqueológico de Facatativá (modificado de Alvarez *et al.*, 2005).





Figura 13. Sondeos realizados debajo de la piedra No. 60.



Figura 14. Enterramiento colonial del Corte No. 1, nivel 90 cm.



Figura 15. Ubicación del corte No. 2.



Figura 16. Piso de piedra Precerámico del corte No. 3, nivel 80-120 cm.





Figura 17. Excavando el piso de piedra Precerámico del corte No. 3.

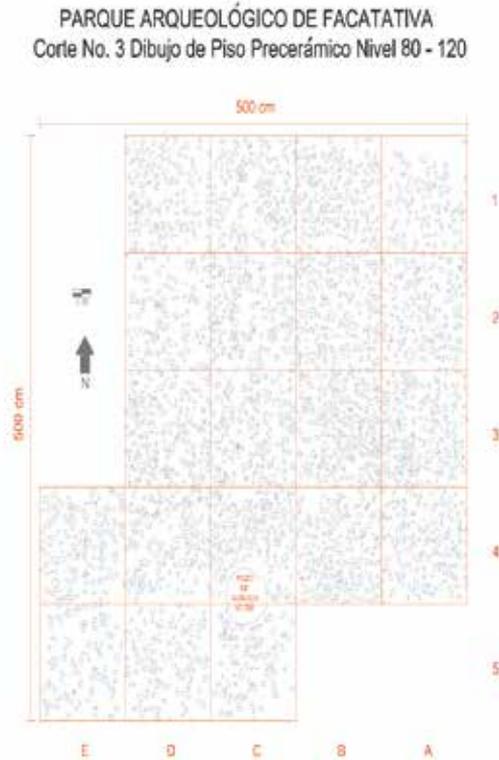


Figura 18. Vista de planta del piso de piedra Precerámico del corte No. 3.



Figura 19. Piso de piedra del período Herrera del corte No. 3, nivel 60-80 cm.

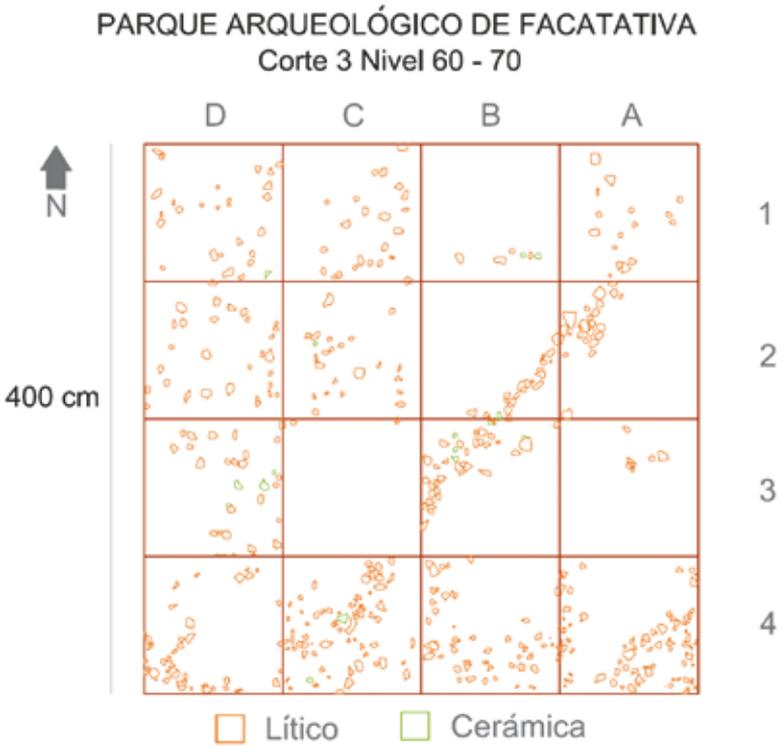


Figura 20. Dibujo de Planta del Corte No. 3, Nivel 60-70 cm.



Figura 21. Fragmento de volante de huso en piedra de la cuadrícula C1, Nivel 40-50.



Figura 22. Cerámica Faca negra (FAN) nivel 80-90 cm del corte No. 3.



Figura 23. Cerámica tipo Decoración presionada triangular (DPT), nivel 70-80 cm del corte No.3.



Figura 24. Cerámica Faca acanalada (ACA) del nivel 70-80 cm del corte No. 3.





Figura 25. Cerámica del Valle del Magdalena, nivel 40-70 y 90-100 cm del corte No. 3



Figura 26. Cerámica atípica, nivel 60-70 cm del corte No. 3.



Figura 27. Cerámica tipo Montalvo Esgrafiado, nivel 40-70 cm del corte No. 3.



Figura 28. Cerámica MRT subtipo Naranja, nivel 70-80 cm del corte No. 3.





CAPÍTULO 5

Las ocupaciones alfareras del Parque de Facatativá

La cerámica ha servido para caracterizar períodos en tanto que las sociedades prehispánicas desarrollaron estilos propios, tanto en el plano temporal como espacial. Para la Sabana de Bogotá se han definido varios complejos cerámicos, como el Herrera (MRT, MRI, ZDT, ZRC), Muisca Temprano (Tunjuelo laminar, Funza cuarzo fino), Muisca Tardío (Guatavita desgrasante gris, Guatavita desgrasante tiestos), Contemporáneo (cerámica vidriada) y Atípicos del Valle del Magdalena (Guamo ondulado, Montalvo) (Boada, 2006; Broadbent, 1986; Cardale, 1981; De Paepe y Cardale, 1990; Langebaek, 1995; Rodríguez y Cifuentes, 2005). Para la caracterización de la cerámica del valle del río Magdalena se empleó la tipología de Cifuentes (1993), Peña (1991) y Salgado *et al.* (2006, 2008, 2010). La cerámica colonial y contemporánea se clasificó según Therrien *et al.*, (2002).

El período Herrera

Evidencias del período Herrera se hallan en abundancia en Facatativá, tal como lo pudieron establecer Haury y Cubillos (1953: 41) con la cerámica denominada por ellos Tipo E (variantes m, n, o), en Pueblo Viejo (Hoyos, 1985), Moravia (Gutiérrez, 1978), Piedra Ancha (Rodríguez *et al.*, 2010) y en las presentes excavaciones arqueológicas.

Los materiales de este período predominan en la zona de las pictografías, especialmente entre los abrigos 13, 15 y 16, cerca del cruce de caminos en la parte noroeste del parque (Figura 12). Aquí se excavó el corte No. 3 que dio cuenta de una amplia ocupación de este período ubicado entre el 770 a. C. al 885 d. C., donde se registraron los tipos básicos del complejo cerámico Herrera (Mosquera rojo inciso MRI, Mosquera roca triturada MRT, Zipaquirá desgrasante tiesto ZDT, Zipaquirá rojo sobre crema ZRC), como también





del valle del río Magdalena (registrada en los sitios de la Chamba, Guamo y Montalvo del departamento del Tolima) (Tabla 3).

Estratigráficamente la distribución de la cerámica en el corte No. 3 nos brinda una idea sobre secuencias de ocupación, sus tendencias y principales características. En este sentido los niveles más profundos suelen registrar las ocupaciones más antiguas. Sin embargo, hay que acotar que el desnivel del terreno (cerca de 30 cm entre la parte más alta y baja) conduce a que la ocupación Herrera en la parte norte (cuadrículas A1, B1, C1, D1) se profundice hasta los 100 cm, mientras que en el sur (cuadrículas C5, D5 y E5) alcanza los 70-80 cm, entrando en contacto con el piso del período Precerámico. Por otro lado, existe continuidad entre la forma del piso de piedra del Precerámico y el Herrera en lo referente al uso de piedras seleccionadas de tamaño homogéneo (3-5 cm), trabajadas intencionalmente hasta adquirir la forma y tamaño deseados. Infortunadamente no se pudo recuperar carbón del piso Precerámico.

Según las fechas de radiocarbono obtenidas del corte No. 3 del laboratorio Beta Analytic Inc. (Tabla 2), el sitio fue ocupado durante toda la secuencia del período Herrera, desde su fase más temprana (siglo VIII a. C.) hasta la más tardía (siglo IX d. C.), evidenciando que un grupo humano se estableció en esta zona de la Sabana de Bogotá, casi sin interrupción, desde el Precerámico, continuando la ocupación durante todo el período Herrera, sin que se observen evidencias significativas de su presencia durante el período Muisca (siglos X-XVI d. C.). En virtud de la ausencia de evidencias que relacionen este sitio con fines domésticos, tales como fogones, desechos de alimentos (se registraron pocos huesos calcinados de animales dispersos por todo el sitio) o basureros, se puede afirmar tentativamente que el sitio posiblemente tuvo una finalidad ritual, siguiendo la tradición del período Precerámico (más de 3000 años de antigüedad). La cerámica se distribuye por todo el corte No. 3 de manera dispersa, mientras que los líticos que constituyen el piso cerámico están alineados en ángulo de 45° en sentido norte-sur, no están concentrados en un solo sitio, como si se quisiera delimitar alguna zona especial, posiblemente el borde de alguna estructura (Figura 19).

Tabla 2. Distribución de las fechas de radiocarbono del Corte No. 3 según niveles y cuadrículas.

Beta	Cuadrículas	Nivel cm	Fecha convencional	Fecha calibrada (2 sigmas)
395498	B3 C3 C4	80-90	530±30 a. C.	770 a 480, 440 a 435 a. C.
395495	B3 A4 B4 C4 D4 E4 E5	50-60	470±30 a. C.	745 a 685, 665 a 645 y 550 a 400 a. C.
395499	B1 C4	90-100	270±30 a. C.	380 a 200 a. C.
395497	B1 A2 B2 D2	70-80	30±30 d. C.	25 a 130 d. C.
395496	C1 D1 D4 B3	60-70	720±30 d. C.	685 a 885 d. C.

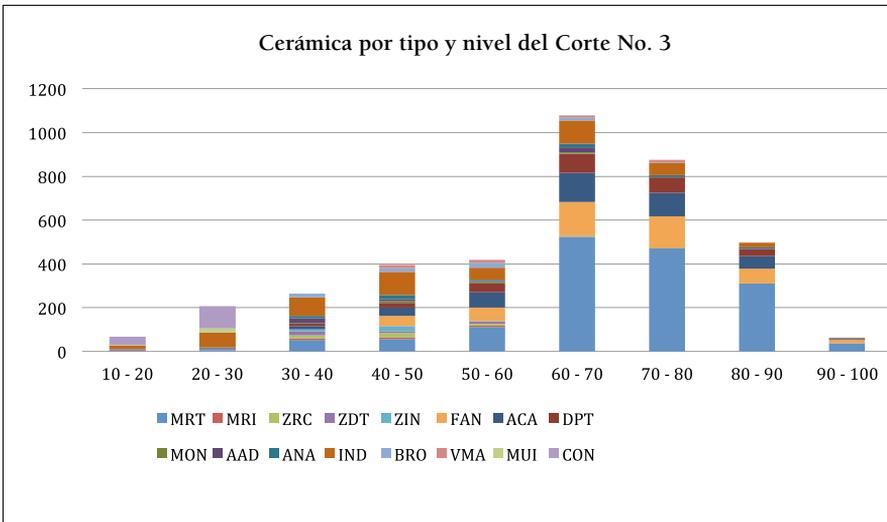


Figura 29. Distribución de la cerámica en el corte No. 3.



Tabla 3. Distribución de la cerámica en el Corte No. 3 según tipo y nivel.

Nivel/ Tipo	MRT	MRI	ZRC	ZDT	ZIN	FAN	ACA	DPT	MON	AAD	ANA	IND	BRO	VMA	MUI	CON	Total	%
10-20	2	0	0	4	0	0	0	0	0	2	3	17	0	0	1	39	68	1,7
20-30	6	0	0	3	1	0	0	0	0	5	4	68	0	0	18	101	206	5,3
30-40	53	5	15	20	7	0	16	10	3	23	11	85	16	0	0	0	264	6,8
40-50	57	6	21	9	22	48	37	21	10	8	18	107	17	14	0	0	395	10,2
50-60	111	6	10	10	2	62	69	40	6	5	6	56	23	13	0	0	419	10,8
60-70	522	2	4	2	0	152	135	86	6	24	16	107	13	10	0	0	1079	27,9
70-80	471	1	2	0	0	144	106	70	1	3	7	58	2	11	0	0	876	22,6
80-90	310	0	0	0	0	69	56	33	0	2	5	22	0	2	0	0	499	12,9
90-100	38	0	0	0	0	14	5	2	0	1	0	3	0	0	0	0	63	1,6
Total	1570	20	52	48	32	489	424	262	26	73	70	523	71	50	19	140	3869	100
%	40,6	0,5	1,3	1,2	0,8	12,6	20,0	6,8	0,7	1,9	1,8	13,5	1,8	1,3	0,5	3,6	100	

Dado que se recuperó muy poco carbón de todo el corte, algunas muestras de distintas cuadrículas pero del mismo nivel se integraron en una sola como la Beta-395498 que evidenció dos intervalos de tiempo (770-480 y 440-435 a. C.) y la Beta-395495 con tres intervalos (745-685, 665-645, 550-400 a. C.). No obstante, todas las muestras están asociadas a cerámica típica del período Herrera, donde predomina el MRT, ACA y el FAN en los niveles fechados de 60-80 cm, que vinculan la mayor densidad de ocupación (Figuras 2, 22, 24).

Respecto a las formas, de 134 bordes recuperados se pudo establecer que predominan las ollas (39,6%), los cuencos (39,6%), las cazuelas (15,7%), y solamente se hallaron tres copas (dos del tipo Montalvo y una del Guamo ondulado), dos platos, un fragmento de asa. Es decir, existe una proporción similar entre las vasijas para cocinar (ollas) y para servir (cuencos), pero en su conjunto predominan las de servir (cuencos, cazuelas, platos y copas que conforman casi el 60% del total de formas identificadas). Al respecto se ha sugerido que las proporciones altas de vasijas para servir se pueden relacionar con la organización de fiestas comunitarias que se emplearon como fuente de control político (González, 2007:102).

Para documentar la relación de la variación cerámica con los niveles estratigráficos, se aplicaron varios procedimientos estadísticos, como pruebas no paramétricas, correlación bivariada, conglomerados jerárquicos y análisis de componentes principales (ACP). La prueba no paramétrica

de Jonckheere-Terpstra de alternativas ordenadas para muestras independientes, rechaza la hipótesis nula (que la distribución es la misma entre las categorías de nivel) para los tipos cerámicos MRT (Mosquera roca triturada), ACA (Acanalada), FAN (Faca negro), y DPT (Decoración presión triangular) (valor de 0,31 con nivel de significancia de 0,05). En los demás tipos no la rechaza.

El análisis de correlaciones bivariadas Pearson evidencia una estrecha relación entre todos los tipos cerámicos del complejo Herrera con los del Valle del Magdalena (valores superiores a 0,8**, correlación significativa en el nivel 0,01), especialmente entre los tipos Acanalada y Decoración presión triangular (1,0**); entre Faca negro y MRT (0,993**); FAN y Acanalada (0,997**); MRI (Mosquera rojo inciso) y Montalvo (0,973**); Baño rojo (BRO) y el MRI (0,993**); ZRC (Zipaquirá rojo sobre crema) y Valle del Magdalena (0,992**). Estos tipos no se relacionan ni con el Muisca ni el Contemporáneo, pero sí se relacionan entre sí con un valor de 0,968**.

Como se puede apreciar en la tabla y figuras correspondientes (Tabla 3, Figura 29), el tipo cerámico que predomina de manera significativa es el Mosquera roca triturada (MRT) (Figuras 2, 28) que acumula el 40,6%, seguido del Acanalado (ACA) con el 20%, el Faca negro (FAN) que registra el 12,6% y Decoración de presión triangular (6,8%), para un total de todos ellos del 80%. Los demás tipos observan el resto 20%.

Desde la perspectiva estratigráfica el nivel 60-80 cm acumula el 50,5% y el 40-90 cm el 84,4%, que cronológicamente se ubicaría en toda la secuencia del período Herrera registrada para la Sabana de Bogotá, entre los siglos VIII a. C. al IX d. C. Esta a su vez, se dividiría, según el análisis de conglomerados jerárquicos y ACP en los conglomerados 10-30 (Muisca y Contemporáneo), 30-60 (Herrera, Faca y Valle del Magdalena), 60-80 (mayor densidad de los tipos Herrera, Faca y Valle del Magdalena asociados al piso de piedra) y 80-100 (inicios de la ocupación alfarera).

En el análisis de componentes principales (ACP) se producen dos componentes principales que explican el 90,1% del total de la variación; el CP1 explica el 81,5% teniendo mayor peso los tipos MRT, FAN, ACA y DPT (niveles 40-100 cm), con valores negativos la Muisca y Contemporánea; el CP2 explica el 8,7% de la variación e incluye los tipos Muisca y Contemporáneo con los mayores valores (niveles 10-40 cm).

En consecuencia, se puede deducir que los tipos MRT, FAN, ACA y DPT son los que tienen mayor peso estadístico en la explicación de la variación cerámica del Corte No. 3, con grandes momentos de la secuencia





estratigráfica: el primero entre 40-100 cm, que correspondería a la ocupación del período Herrera (siglos VIII a. C. a IX d. C.), y el segundo en el nivel 10-30 cm, que se ajusta a las fases tardías de la secuencia, con los tipos Muisca y Contemporáneo como predominantes (siglos X-XIX d. C.).

A juzgar por la distribución estratigráfica de los tipos cerámicos, la presencia de nuevas variantes características de Facatativá (Faca negra, Acanalada, Decoración presión triangular), el registro de cerámica típica del valle del río Magdalena y las dataciones radiocarbónicas, se puede colegir que el Parque Arqueológico de Facatativá tuvo una ocupación casi sin interrupción entre los períodos Precerámico y Herrera, incorporando cerámica típica del suroccidente de la Sabana de Bogotá, como también estilos propios de Facatativá, entre los siglos VIII a. C. y el IX d. C., continuando la tradición de la elaboración de pisos de piedra para adecuar las condiciones del suelo y asegurar una mayor ocupación humana.

Igualmente, se puede sugerir que sus habitantes continuaron la tradición de los cazadores recolectores del Precerámico de emplear los paneles de las rocas para imprimir sus historias y enseñanzas. Esta tradición se habría perdido durante el período Muisca, debido a que como parte de la consolidación del poder de caciques y sacerdotes se construían templos especiales dedicados al culto a los ancestros, adonde acudía la población del común a realizar ofrendas, perdiéndose la memoria de las prácticas culturales anteriores a los muisca que hallaron los españoles en el siglo XVI. Los cercados para las viviendas especiales, el uso de objetos suntuosos como mantas, los enterramientos especiales en sarcófagos y la momificación, el consumo de venado durante las vedas de caza, el derecho a tener varias mujeres y el trabajo comunal para los cultivos de los caciques, constituirían la base de la ostentación política centralizada de los caciques y sacerdotes (Langebaek, 1995: 30; Simón, [1626] 1981, III: 185, 254, 397).

La ocupación del período Muisca

Se concentra especialmente frente a las piedras No. 19-20 (Presidentes), las piedras No. 38 a 55 (incluida las Trillizas) y a las No. 3 a 5 (Figura 12). En el Corte No. 3 se registraron solamente 19 fragmentos cerámicos que corresponden al 0,5% del total de la muestra, en el nivel 10-30 cm de profundidad.

Como se puede apreciar, su presencia es mínima cuando, a juzgar por los reconocimientos regionales, es en este período (siglos X-XVI d. C.) cuando la población prehispánica crece de manera significativa (Boada, 2006; Langebaek, 1995), lo que está señalando que durante el período Muisca la sociedad abandonó el área correspondiente al Parque Arqueológico de Facatativá pues su importancia ritual fue desplazada por otros sitios. No obstante, hay que acotar que frente a la piedra No. 20 se evidencia una pequeña presencia de la cerámica Muisca lo que descarta el abandono total del parque.

6.3. La ocupación contemporánea

Durante la Colonia (siglos XVI-XVIII) y República el Parque Arqueológico de Facatativá recupera su importancia, no como sitio ritual sino como centro de los “paseos de olla” de la sociedad sabanera, y también para el enterramiento de gente de escasos recursos que seguramente no disponían de medios económicos para pagar un entierro en el cementerio católico (Figura 12). La presencia de este período se registra cerca de las piedras No. 2-3 (a la entrada del parque), con enterramientos coloniales cerca de la piedra No. 1 y por la presencia de materiales modernos (Figuras 14, 15, 30, 31, 32).



Figura 30. Cerámica vidriada, nivel 20-40 cm del corte No. 2.





Figura 31. Loza, nivel 20-40 cm del corte No. 2.



Figura 32. Piezas metálicas, nivel 20-40 cm excavadas en el corte No. 2.

CAPÍTULO 6

Los habitantes más antiguos de Facatativá: autores de pictografías



El modo de vida de los cazadores recolectores

| 71 |

La reconstrucción del modo de vida de los cazadores recolectores más antiguos de la Sabana de Bogotá, se apoya tanto en la interpretación de las evidencias materiales excavadas en contextos precerámicos (ver Correal y van der Hammen, 1977; Groot, 1992; Pinto, 2003), como de las descripciones etnográficas de grupos humanos de cazadores recolectores de selva húmeda tropical, dado que no existen remanentes de estas sociedades en el altiplano que puedan dar cuenta de su patrón de subsistencia. La mayoría de grupos humanos contemporáneos de selva húmeda tropical de Suramérica (nukak, tukano y otros) practican, además de la caza y atrapamiento de animales, la recolección de plantas, moluscos e insectos, la horticultura itinerante de raíces (especialmente yuca), frutales (predominantemente palmas), eventualmente maíz y el plátano que adoptaron de los colonizadores (Cabrera *et al.*, 1999; Dufour, 1990; C. Hugh-Jones, 2013; S. Hugh-Jones, 2013).

En lo referente a las evidencias arqueológicas, mientras algunas regiones de Colombia registran un temprano manejo del bosque desde finales del Pleistoceno (14.000-10.000 años a. P.) y tendencia hacia la domesticación de raíces hacia finales del Holoceno Temprano (8000 años a. P.) (Dickau *et al.*, 2015; Gnecco, 2003; Santos *et al.*, 2015; Salgado, 1989), para la Sabana de Bogotá este proceso fue más tardío, ubicado entre el 5000-4000 antes del presente (Correal, 1990).

Según las fuentes etnográficas, los cazadores recolectores de selva húmeda tropical emplean un amplio espectro de fuentes alimenticias, que incluyen distintos eventos (caza, captura o recolección) para su consecución, como la recolección de vegetales (especialmente palmas, frutas y raíces)



que puede cubrir más del 40% del total de actividades productivas; la caza y atrapamiento de animales (especialmente mamíferos, aves y reptiles), con aproximadamente el 20%; la pesca con cerca de 20%; finalmente, la recolección de insectos, crustáceos, miel y materia prima para construcción de sus viviendas, con casi 20%. Para el caso de los indígenas tukano del Vaupés, casi un 80% de las fuentes de energía están representadas por los productos vegetales, y el resto 20% por productos cárnicos (pescado y carne de animales de monte), miel y frutas. Por su parte, aproximadamente el 45% de las fuentes de energía recaen en el pescado, 21% en la yuca, 12% en la carne, y el resto proviene de los insectos y frutas (Dufour, 1990: 54). En general, la dieta de estos cazadores recolectores es suficiente y equilibrada, aunque varía a diario y según la estación, siendo adecuado el consumo de proteína en la dieta, al igual que el de vitaminas y minerales, aunque limitado el de grasa.

Para la obtención de sus productos alimenticios, los cazadores recolectores se desplazan por una amplia área de captación de recursos, que incluye llanuras aluviales, vegas de los ríos, sabanas, terrazas y bosques, siguiendo el ciclo de fructificación de las distintas especies vegetales, el desplazamiento de los animales y los cardúmenes de peces. Este movimiento ha desarrollado un profundo conocimiento de su entorno, de su topografía, los lugares relacionados con acontecimientos históricos, míticos y de la vida cotidiana en sus contactos con otros grupos sociales (Cabrera *et al.*, 1999: 138).

Según las estaciones (verano o invierno), los períodos de floración de las plantas y de reproducción de los animales, se desplazan por diversos entornos, aprovechando la oportunidad para entablar relaciones de amistad e intercambio de mujeres con grupos sociales más distantes de sus respectivas unidades domésticas (unidad básica de producción y consumo). Su organización social se determina según unas normas de conducta, dividiendo el grupo según las actividades productivas por género, donde la mujer se dedica a la recolección de vegetales y su preparación, a la manufactura de los objetos cotidianos, y a la preparación de pigmentos y ligas para uso ritual. Entretanto, los varones se dedican a la cacería, la pesca, la recolección de plantas psicotrópicas, la tala de árboles, la recolección a gran escala y a la manufactura de ornamentos rituales (Cabrera *et al.*, 1999; Hugh-Jones, 2013: 227).

La sociedad Nukak se divide en grupos domésticos, integrados por una pareja de casados, sus hijos(as), hermanos(as) solteros(as), viudos(as) con sus hijos(as), que habitualmente son parientes de cualquiera de los dos

cónyuges. La cabeza del grupo es el hombre mayor casado. Estos grupos domésticos se relacionan entre sí mediante la distribución de las labores domésticas (cazar, pescar, recolectar), ritual y social, con lo que se conforma un grupo local que maneja un determinado territorio de captación de recursos. En el manejo del mismo se pueden presentar tres tipos de movilidad: la residencial, la logística y la social. En la primera, los grupos familiares cambian de lugar de residencia de un sitio a otro lo que implica la construcción de nuevos campamentos. Por su lado, la movilidad logística se relaciona con el desplazamiento fuera del lugar de residencia con el fin de obtener recursos, información o practicar rituales. En la social, los grupos domésticos se desplazan entre campamentos pertenecientes a otras unidades sociales de la misma etnia. La distancia de desplazamiento varía según la estación, siendo mayor durante el verano (8,1 km de distancia en promedio) que en invierno (3,9 km), con una duración promedio de 4,8 días durante la estación lluviosa y de 2,6 en la seca. Durante el día, el área de captación de recursos (alimentos, materia prima) a partir del campamento residencial no supera un radio de 10 km, transitando por senderos conocidos (a no ser que se persiga alguna presa de cacería), coincidiendo con el promedio de sociedades de cazadores recolectores. En el año pueden construir cerca de 70 a 80 campamentos residenciales (Cárdenas y Politis, 2000: 33-36).



| 73 |

Movilidad, rituales de encuentro y chamanismo

Los cazadores recolectores se caracterizan por una alta movilidad, como el caso de los nukak, atribuible, no solamente a factores ambientales, sino también a aspectos personales y sociales, sin que se restrinja a alguno de ellos en especial. Entre los motivos tenemos la recomposición grupal (ingreso o salida de nuevos miembros), las visitas, los contactos, las actividades rituales y por afiliación, en su orden de importancia. Cuando dos grupos entran en contacto, realizan el “ritual de encuentro”, que busca limar las asperezas por los agravios cometidos entre sí. Durante este ritual, una persona mayor actúa como intermediario de los grupos; la gente se prepara mediante la pintura corporal (incluye la depilación, untarse plumas en el rostro, adornar el cuerpo con pintura roja). Al caer la noche, tanto visitantes como anfitriones cantan, bailan, se insultan mutuamente al recordar viejas rencillas entre ellos y pueden llegar inclusive a agresiones físicas, empujándose y golpeándose con las palmas de las manos o con bastones, cuyo grado de agresividad



depende de la relación existente entre los grupos locales (distante o cercana) (Cabrera *et al.*, 1999: 128-131).

Al igual que el resto de sociedades indígenas, conciben el cosmos dividido en tres partes, según un plato invertido: el de arriba (de los truenos, a donde se dirigen los espíritus cuando la persona muere), el intermedio (donde viven los nukak) y el de abajo (de los seres con hábitos nocturnos). Los seres de este mundo tienen la propiedad de ayudarlo a la gente en la consecución de alimentos, en caso de enfermedad, o inclusive a matar mediante dardos mágicos. La naturaleza se humaniza mediante una relación jerárquica con el cuerpo humano, por medio de la cual las lagunas son madres grandes, los ríos padres grandes, los caños son brazos de una persona, el suelo la piel, los troncos la columna vertebral, unos frutos son penes mientras otros son vaginas, etc. (Cabrera *et al.*, 1999: 99-101).

El intermediario entre estos tres planos del cosmos es el chamán (sabedor), cuya función cotidiana es la de soplar los alimentos mediante conjuros para eliminarles su peligrosidad, partiendo de la clasificación de ellos entre sustancias benignas como la leche materna, pero otras son peligrosas y provienen de animales y peces, por lo cual su ingesta, especialmente entre niños pequeños, debe ser rigurosamente vigilada por los chamanes. También le hace seguimiento al ciclo vital, desde el nacimiento, la menstruación, el estado adulto, la muerte; atiende también a los enfermos y a los mordidos por serpientes (S. Hugh-Jones, 2013: 65).

Habitualmente la gente nace, crece, se reproduce y muere. Sin embargo, las sociedades indígenas conciben el ciclo de vida como un proceso dinámico, donde por un lado tenemos la reproducción biológica del individuo, y por otro, la reproducción de las estructuras sociales. Cada paso de una forma a otra es ritualizado, teniendo en cuenta que la última fase, la de la muerte, es simplemente una alternancia del gran ciclo de vida, donde los vivos introducen las almas de los muertos en los recién nacidos. En la fase prenatal, los tukanos afirman que las niñas proceden de la sangre de la madre, mientras que los niños del semen del padre; de ahí el parecido a la madre o al padre. El niño debe nacer en la chagra, siendo la placenta el punto de partida de la vida. El chamán le hace seguimiento a los alimentos de los recién nacidos, empezando por la leche materna para que crezcan normalmente. El nombramiento (bautizo) de los niños acontece en tiempos variables y es el proceso que le otorga a la persona un alma pura. Al destete se inicia la alimentación con vegetales en porciones pequeñas y luego se pasa al consumo de carne, proceso vigilado por el chamán. Tanto la

iniciación femenina marcada por la primera menstruación (si bien es cierto que la sangre menstrual es considerada impura también se relaciona con la limpieza del cuerpo femenino), como la masculina, donde los muchachos son azotados para fortalecer su carácter, son acompañadas de ceremonias con cantos, danzas, baños de purificación y restricciones alimenticias (C. Hugh-Jones, 2013: 156).

La visión cultural del espacio

Tanto las sociedades indígenas de selva húmeda tropical (Arhem, 2001; Cayón, 2002; Hugh-Jones, 2013; Reichel-Dolmatoff, 1990) como las andinas (Falchetti, 2003; Osborn, 1995; Uribe, 1998) y de otras partes del mundo (Chaumeil *et al.*, 2006; Descolá, 2002) interpretan el espacio no como una realidad visible, palpable, sino en su relación con las energías cósmicas y la dimensión temporal, donde sus ancestros lo modificaron conjuntamente con las fuerzas sobrenaturales que las sustentan, siendo los mitos la historia de los orígenes y posterior transformación del espacio social. Por esta razón se afirma que el espacio posee varios niveles de percepción (Reichel-Dolmatoff, 1990: 39): El primer nivel es el cosmogónico, el más antiguo, plasmado en los mitos de creación y el lugar de origen de los ancestros; el segundo corresponde a las rutas de migración de los antiguos habitantes, ya sea por río, montañas o selvas hasta fundar los asentamientos de los pobladores actuales, etapas que han sido marcadas en las representaciones rupestres en conmemoración de los eventos míticos y otros pasajes importante de su historia; el tercer nivel está representado por los lugares de antiguos asentamientos del grupo social, cuya toponimia se refiere a personajes o eventos; el cuarto nivel consiste en los lugares ocupados en la actualidad, donde se incluyen también los seres sobrenaturales que son vistos durante los trances por los chamanes.

Esta tradición propia del chamanismo americano se ha conservado durante milenios, y no es ni filosofía, ni religión, ni un sistema unificado, ni se puede analizar desde la perspectiva de las relaciones sociales de producción de bienes. El chamanismo es un conjunto de métodos extáticos que se apoya en la cosmovisión y el estilo cognitivo de pueblos que “buscan la radical aptitud y eficacia en la vida y en lo concreto, por encima del conocimiento universal y abstracto” (Fericgla, 2006: 51). Es un sistema culturalmente adaptativo que observa las variaciones del medio biofísico y





social para proponer soluciones, inclusive adelantarse a posibles cambios, y su cosmovisión se basa en la concepción del mundo donde todo elemento material e inmaterial está interrelacionado y es interdependiente, sean astros, espíritus, personas, animales, vegetales, piedras, montañas, lagunas o ríos, cada uno con un poder particular que se puede aprovechar en beneficio de la sociedad.

Según esta tradición chamánica, en las piedras sacralizadas mediante pictografías y petroglifos que transmiten mensajes particulares, habitan los dueños de animales y plantas, además de seres sobrenaturales que despiertan temor e inseguridad, por lo cual el chamán debe adelantar permanentemente rituales con el fin de comunicarse con ellos, apaciguarlos y conseguir aliados en la lucha contra espíritus malignos. En los mensajes habitualmente están inscritos los códigos de conducta social que permitirán que todo esté en su orden, tales como la práctica de la exogamia, las restricciones sexuales y alimenticias, la obtención de permisos a los dueños de los animales para una buena cacería, o del dueño de las plantas para una buena cosecha de frutos. También están inscritos mensajes de advertencia contra los infractores. Estas imágenes se pueden repetir en los sueños y alucinaciones con sustancias psicotrópicas, donde por estar acompañados de temor a la enfermedad y muerte constituyen un mecanismo eficaz para la preservación de las normas de comportamiento.

En los mismos rituales se legitima el poderío de los chamanes y su importancia como jefe espiritual y político del grupo social. Igualmente, mediante la custodia de los lugares rituales el chamán reafirma su relación con antepasados poderosos enterrados en estos lugares y su estatus social dentro de la comunidad. Del control territorial de los sitios sagrados dependerá la permanencia de los chamanes y la importancia regional del grupo social que le apoya.

Los chamanes del Precerámico del altiplano Cundiboyacense desempeñaban varios oficios, entre ellos curar las enfermedades, organizar el ritual funerario y el manejo del color rojo del ocre en los entierros y por ende, en las pictografías. Para ello señalaban el lugar indicado, disponiendo los cuerpos alrededor de un círculo con el ajuar que se estilaba en ese momento, ungiendo los cadáveres con ocre y pintura blanca, de acuerdo con el concepto de la muerte como pasaje y parte de un ciclo, representado en las volutas nacaradas; la capacidad del chamán de comunicarse con los espíritus de los muertos, representada en la ofrenda con huesos de ancestros; el temor que infundía, de ahí su enterramiento desmembrado y bocabajo

para que no saliera a perturbar el mundo de los vivos (Correal, 1990). Se puede afirmar que a partir del Precerámico Tardío (Aguazuque, 3500-1000 a. C.) se instituyen los cementerios como lugares sacralizados, organizados y custodiados por chamanes (sepultureros), como parte del proceso de sedentarización que condujo a la domesticación de plantas (raíces) y animales (curí), y a la conformación de territorios étnicos manejados igualmente por estos personajes.

Estos chamanes persistieron hasta el siglo XVI en la sociedad Muisca, pues como describía fray Pedro Simón ([1626] 1981, VI: 118), además de sacerdotes que oficiaban en templos, existían mohanes en las comunidades alejadas de los grandes centros religiosos como Paraico en la región de Tota, Sogamoso, Boyacá. Este mohán cargaba en unas mochilas hojas de coca, un espejo español encajado en un palito, una escobilla, un hueso de venado muy pintado a manera de cuchara con el que aspiraba el polvo de yopo; el espejo lo usaba para mirar el efecto del alucinógeno. Se untaba el cabello de ceniza y solía usar pieles sobre la cabeza con las que bailaba.

El Parque Arqueológico de Facatativá, por su estratégica ubicación geográfica (en la ruta entre el final de la Sabana de Bogotá y su comunicación mediante caminos con el valle del río Magdalena), por la impresión paisajística de sus rocas, por la presencia de numerosos paneles con pictografías (más de 60), por el carácter simbólico de las mismas (la mayoría son simbólicas con muy pocas análogas) cuya interpretación solamente estaría al alcance de los chamanes custodios de las piedras, como también por las evidencias arqueológicas excavadas hasta el momento, debió constituir un sitio especial para “rituales de encuentro” de cazadores recolectores.





CAPÍTULO 7

Los artefactos líticos de Facatativá

El análisis del material lítico busca documentar el patrón de obtención, modificación y uso de la materia prima de piedra empleada por los antiguos habitantes de la Sabana de Bogotá para raspar, cortar, perforar, macerar y triturar los vegetales y carnes que procesaban para su alimentación y obtención de materia prima para su uso cotidiano y ritual. Este tipo de análisis es de carácter sistémico, morfológico, funcional y asociativo con otras materias primas como la alfarería (o su ausencia) (Pinto, 2003).

El patrón de la industria lítica

La muestra estudiada del corte No. 3 asociada a un piso de piedra (Figura 43) se puede dividir en tres grandes grupos: un grupo de ecofactos que se halla en todas las cuadrículas del corte, un grupo de elementos líticos no asociados a fragmentos cerámicos que se registraron en los niveles más profundos de la excavación, y un conjunto de elementos líticos que se hallaron en los niveles menos profundos y que se asociaban a elementos cerámicos.

La mayoría de los elementos recuperados en la excavación No. 3 corresponden a ecofactos y artefactos líticos, la mayor parte de éstos últimos son producto de una talla simple, mal controlada y expedita. También se registraron en una mínima proporción, elementos elaborados mediante la fricción pasiva y activa, fruto de actividades de transformación de alimentos, donde muy posiblemente se trituraban semillas y/o tubérculos hasta convertirlos en harinas.

Los elementos líticos más profundos sin asociación a cerámica se hallaron asociados al piso de piedra, constituido por fragmentos modificados intencionalmente con tamaño promedio de 3-5 cm, especialmente en la cuadrícula D1 entre los 110-120 cm de profundidad. Hay que señalar que en la cuadrícula C5 el piso de piedra apareció en el nivel 80-90 cm siendo





esta la única que se excavó para observar la máxima profundidad del piso. El material lítico se evidenció hasta los 120 cm, presentándose en baja cantidad, luego se torna más constante en las cuadrículas A1, A2, A3, A4, B1, B2, B3, B4, C1, C2, C3, C4, C5, D1, D2, D3, entre 100 y 110 cm de profundidad. Se logró observar que este horizonte de materiales era menos profundo hacia el sector sur-oeste del corte, por ejemplo en las cuadrículas D4 y D5 solamente se hallaron hasta el nivel 90-100 cm y en las cuadrículas E4 y E5 solo aparecieron hasta el nivel 80-90 cm. Justamente en la cuadrícula más suroeste del corte fue donde se registró el horizonte precerámico a menor profundidad, esto es en la cuadrícula E5 entre 70 y 80 cm.

En el corte No. 3 se recuperaron en total 2451 artefactos líticos, entre los que predominan los desechos de talla (83,0%), las cuchillas (6,0%) y los núcleos (4,9%) (Tabla 4, Figura 36), evidenciando que la gente estaba lascando en el sitio, utilizaba las lascas para el corte de materiales y las desechaba en el mismo lugar. La mayoría de las lascas no tienen retoque en el borde, significando que fueron utilizadas tal como fueron obtenidas del núcleo. Por otro lado, como la mayoría de lascas son de segundo orden (59,2%), seguidas por las de tercer orden por carecer de corteza (35,2%), siendo minoritarias las de primer orden (5,5%), indica que el patrón de reducción de los núcleos fue realizado en el lugar de la fuente de obtención de la materia prima y transportadas al sitio habitacional (Tabla 5, Figura 33). Las lascas removidas durante las etapas iniciales del proceso no fueron empleadas inmediatamente sino que la gente trató de obtener algún tipo de instrumento.

Entre los elementos modificados por acción humana se reconocieron elementos con evidencias de haber tenido una utilidad en labores de corte como cuchillas (6,0%) y buriles (0,3%). Sobresalen algunas microlascas con tamaños menores a 2 cm, que posiblemente se trata de cuchillas muy pequeñas que pudieron ser utilizadas con un cabo de madera; como es normal los ángulos de los bordes activos corresponden al grupo de los “muy agudos” o menores de 25°, lo que indicaría actividades de corte. No se descarta la posibilidad de que este microlitismo corresponda a piezas de ralladores, para lo cual debieron estar insertas en una base plana. Algunas cuchillas (6,0%) fueron utilizadas al mismo tiempo en una segunda función (de raspado, perforado o grabado) (Figuras 34 a 45).

Los raspadores son artefactos de tamaño pequeño a medio (entre 2-5 cm), para uso digital, no se observaron raspadores de uso palmar. Fueron elaborados sobre lascas se elaboraron mediante el lascado de primero, segundo o tercer orden, sobre areniscas, cuarcitas, lidita (chert) amarillo y

negro. Durante el proceso de talla se generó un borde activo abrupto, el cual se utilizó para raspar otros objetos; todos estos elementos debieron tener un uso digital, de tal manera que mediante su utilidad se generó microdescantillados. Se observó además, que las lascas de 3er orden que se usaron para el raspado tienden a ser raspadores laterales.

Tabla 4. Distribución de artefactos líticos por niveles y tipos del Corte No. 3.

Distribución del material lítico por tipo y nivel del Corte No.3																
Nivel cm	Núcleo		Cuchilla		Raspador		Rallador		Buril		Molienda		Desechos de talla		Total	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
0-10	0	0.0	0	0.0	0	0.0	0	0.0	0	0	0	0.0	1	0.0	1	0.0
10-20	1	0.8	0	0.0	0	0.0	0	0.0	0	0	0	0.0	8	0.4	9	0.4
20-30	1	0.8	0	0.0	0	0.0	0	0.0	0	0	0	0.0	79	3.9	80	3.3
30-40	2	1.7	3	2.0	1	2.2	1	1.2	0	0	0	0.0	162	8.0	169	6.9
40-50	8	6.7	5	3.4	0	0.0	0	0.0	0	0	0	0.0	204	10.0	217	8.9
50-60	12	10.0	13	8.8	4	8.9	5	6.0	0	0	1	8.3	217	10.7	252	10.3
60-70	17	14.2	44	29.9	3	6.7	25	29.8	0	0	0	0.0	592	29.1	681	27.8
70-80	24	20.0	38	25.9	12	26.7	28	33.3	3	37.5	2	16.7	474	23.3	581	23.7
80-90	7	5.8	21	14.3	9	20.0	12	14.3	2	25	2	16.7	159	7.8	212	8.6
90-100	29	24.2	13	8.8	8	17.8	6	7.1	2	25	5	41.7	75	3.7	138	5.6
100-110	16	13.3	6	4.1	8	17.8	6	7.1	1	12.5	1	8.3	38	1.9	76	3.1
110-120	3	2.5	4	2.7	0	0.0	1	1.2	0	0	1	8.3	26	1.3	35	1.4
Total	120	100	147	100	45	100	84	100	8	100	12	100	2035	100	2451	100
%	4.9		6.0		1.8		3.4		0.3		0.5		83.0		100	

Estratigráficamente se pueden observar dos grandes momentos de ocupación: el cerámico entre 0-90 cm de profundidad (89,9%) y el Precerámico entre 90-120 cm (10,1%). Según la prueba no paramétrica de Mann Whitney no existen diferencias significativas por el tipo de artefactos entre esas dos ocupaciones, señalando que durante milenios (posiblemente finales del II milenio a. C. al I milenio d. C.) no hubo cambios en la actividad destinada a la elaboración de los artefactos líticos. Es decir, la tradición de la industria lítica desarrollada por la población del Precerámico tardío (II milenio a. C.) no varió significativamente una vez surgió la alfarería, por lo menos en lo concerniente al procesamiento de productos animales (carne,





piel, hueso, cuernos). El cambio se evidencia con la aparición de artefactos de molienda para fines domésticos (procesamiento de granos, semillas y raíces) como metates, manos de moler, maceradores y machacadores, pero en este sitio no se registraron, debido a que el uso del mismo se relaciona más con fines rituales y no domésticos, siguiendo la tradición de la sociedad precerámica anterior (Figura 45).

A su vez, la secuencia lítica del período cerámico se puede subdividir en tres fases: una inicial entre 60-90 cm, correspondiente al inicio del período Herrera, con una gran intensidad de ocupación cuando se elaboró la mayoría del material recuperado en este sitio (60,1%), registrando más de la mitad de los ralladores (77,4%), cuchillas (70,1%), buriles (62,5%), desechos de talla (60,2%) y raspadores (53,4%) del sitio, evidenciando una intensa actividad para el procesamiento de productos animales, quizá pieles pues no se hallaron huesos. Posteriormente, en el nivel 30-60 cm, durante el clásico del período Herrera (a juzgar por los tipos cerámicos), se registra un significativo descenso en la elaboración de artefactos líticos en este sitio (26,1%). Finalmente, entre 0-30 cm se reduce de manera notable la cantidad de artefactos (3,7%), momento de ocupación de la sociedad Muisca y contemporánea.

Llama la atención que el 80% de los núcleos se localiza entre 60-120 cm de profundidad, los cuales, al parecer, fueron empleados para compactar los dos pisos de piedra, elaborados en materia prima local (arenisca de las rocas sedimentarias del parque) (Figura 39).

En cuanto a la relación entre los periodos y los artefactos líticos, la prueba R de Pearson (nivel 0,01 de significación) evidencia que no existe una correlación significativa entre los artefactos y el período. Existe una alta correlación entre los núcleos, raspadores y artefactos de molienda; entre cuchillas, ralladores, desechos de talla y los momentos de la cadena operativa de segundo y tercer orden; entre raspadores, buriles y núcleos; entre ralladores, cuchillas, desechos de talla y lascas de 2º y 3er orden; entre buriles, raspadores y elementos de molienda; entre estos últimos, los núcleos y buriles; entre los desechos, las cuchillas, ralladores y lascas de 2º y 3er orden. No existe una relación estadísticamente significativa entre las lascas de 1er orden y el resto de variables. Es decir, que la cadena operativa se realizó fuera del sitio de ocupación, que de los núcleos la gente quiso obtener elementos muy similares (raspadores, cuchillas, ralladores) que seleccionaban según el grado de efectividad del borde cortante, el cual empleaban en el sitio de habitación (Figura 33).

Tabla 5. Distribución de los artefactos líticos por momento de la cadena operativa del Corte No. 3.

Nivel cm	1º orden		2º orden		3º orden		Total	
	N	%	N	%	N	%	N	%
0-10	0	0.0	1	0.1	0	0.0	1	0.0
10-20	0	0.0	7	0.6	0	0.0	7	0.3
20-30	9	7.8	55	4.5	8	1.1	72	3.5
30-40	15	13.0	112	9.1	30	4.1	157	7.6
40-50	21	18.3	127	10.3	54	7.4	202	9.7
50-60	21	18.3	127	10.3	67	9.2	215	10.4
60-70	0	0.0	368	30.0	180	24.6	548	26.4
70-80	20	17.4	271	22.1	226	30.9	517	24.9
80-90	10	8.7	99	8.1	79	10.8	188	9.1
90-100	5	4.3	33	2.7	51	7.0	89	4.3
100-110	10	8.7	17	1.4	27	3.7	54	2.6
110-120	4	3.5	11	0.9	9	1.2	24	1.2
Total	115	100	1228	100	731	100	2074	100
%	5.5		59.2		35.2		100	

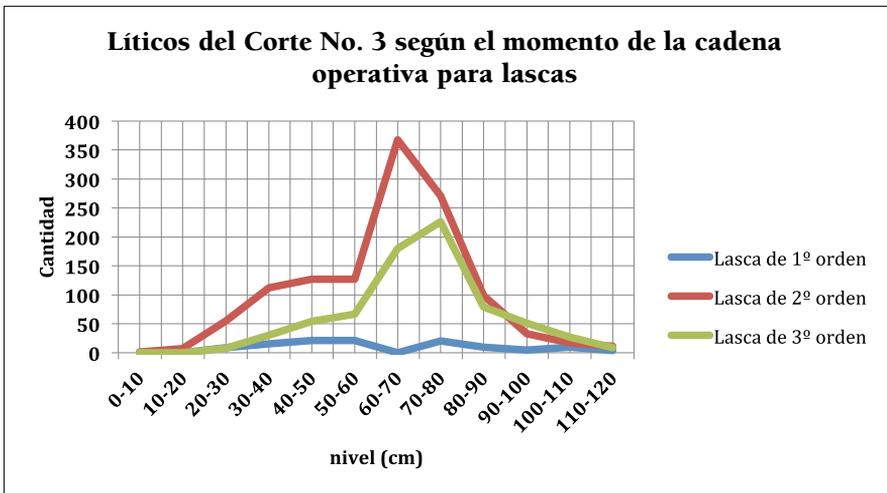


Figura 33. Distribución de los artefactos líticos según el momento de la cadena operativa.



El análisis discriminante por fases estratigráficas (0-30, 30-60, 60-90, 90-120 cm) clasifica correctamente el 83,3% de los casos mediante dos fórmulas, donde el mayor peso lo tienen los ralladores (producidos esencialmente entre 60-90 cm) y el 3er momento de procesamiento de la cadena operativa (también frecuente en esta misma fase de la secuencia estratigráfica). Cronológicamente se puede ubicar en la primera mitad del I milenio a. C., es decir, en los inicios del período Herrera.

Sobre los pisos de piedra

En varios yacimientos arqueológicos precerámicos se han encontrado “pisos de piedra” o rellenos con cantos rodados que pretendían acondicionar la superficie de habitación para nivelarla y evitar el encharcamiento, asegurando así una mayor permanencia en el mismo sitio. Evidencias de tales adecuaciones se hallan en el nivel inferior de La Mana, Chía (Ardila, 1984: 21); en la zona de ocupación IV de los abrigos rocosos de Tequendama (Correal y Van der Hammen, 1977: 162); en un abrigo rocoso de Nemocón (Correal, 1979: 44); en el sitio a cielo abierto de Checua, Nemocón (Groot, 1992: 66); en el nivel inferior de otro sitio a cielo abierto ubicado en Galindo, Bojacá (Pinto, 2003: 192); en el abrigo rocoso del páramo de Neusa (Rivera, 1991: 45); en la quinta zona de ocupación de Aguazuque (Correal, 1990: 243); en Vistahermosa, Mosquera (Correal, 1987: 12), y en Mosquera-10 de la laguna de la Herrera (Broadbent, 1970: 176) datadas entre 3000-1000 años a. C.

En la segunda zona de ocupación del yacimiento de Checua correspondiente a los milenios VI y V a. C. se registra una adecuación del lugar para mejorar las condiciones del asentamiento humano y poder permanecer en el mismo lugar durante más tiempo. El terreno se preparaba mediante apisonamientos y relleno con areniscas, se construían viviendas de forma circular de hasta 7,5 m de diámetro, y se realizaban enterramientos con una compleja disposición funeraria. Aunque la ocupación de este sitio siguió siendo estacionaria, a juzgar por la baja frecuencia de restos culturales (líticos, fauna, artefactos en hueso), la permanencia fue más prolongada que en el período anterior (Groot, 1992, 2000).

En la cordillera Central también se han reportado pisos conformados por piedras picadas, instrumentos de piedra y desechos de fabricación de

herramientas en Palestina, Caldas, datados en el VII milenio a. C. (Herrera *et al.*, 2011: 29).

Para el caso de Facatativá la situación es diferente, pues el piso se construyó no con cantos rodados sino con núcleos picados de arenisca (Figuras 16, 17, 18), a una mayor profundidad (80-120 cm) y mayor compactación del suelo sobre un estrato de ceniza volcánica, a cielo abierto, frente a abrigos rocosos, señalando la presencia de una mayor ocupación humana que adecuó el terreno para realizar diversas actividades durante un tiempo prolongado, posiblemente “rituales de encuentro”. Esto evidenciaría que los autores de las pictografías pudieron haber sido cazadores recolectores tempranos, varios milenios antes del desarrollo de la sociedad Muisca, cuyos custodios, en este caso chamanes (sabedores) ejercieron control sobre el manejo de un espacio ritual.

Desde esta perspectiva, la conformación de pisos de piedra tendría también una función ritual con el fin de contener mayor cantidad de gente durante las reuniones sociales, lo que refuerza la idea de menor movilidad de los cazadores recolectores y control territorial.





Figura 34. Núcleo y sus respectivas lascas desprendidas mediante percusión directa, una de las lascas fue usada como raspador (nivel 70-80 cm).

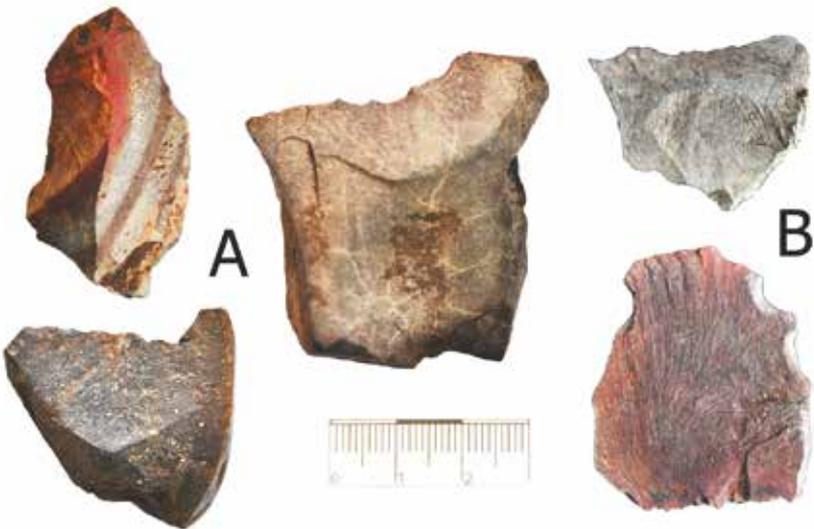


Figura 35. Cuchillas del Corte No. 3 registradas entre 40-50 cm (A) y 50-60 cm (B).

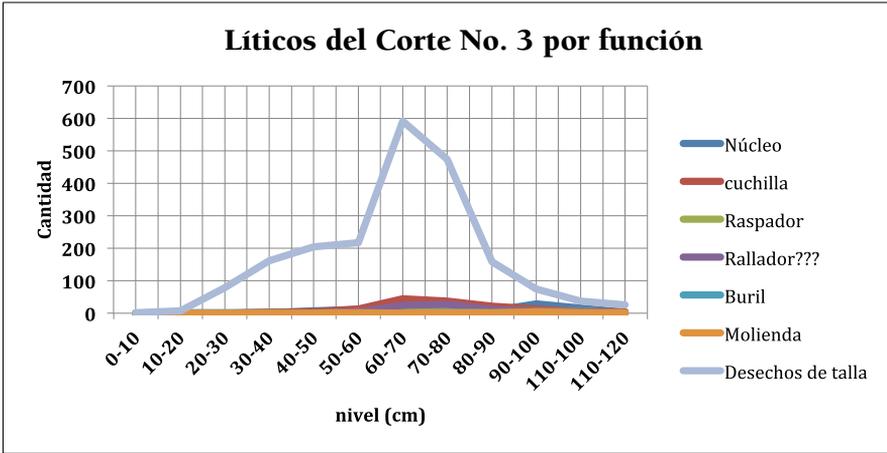


Figura 36. Gráfica de distribución de los artefactos líticos del Corte No. 3.



Figura 37. Desechos de cuarzo, del nivel 30-100 cm del corte No. 3.

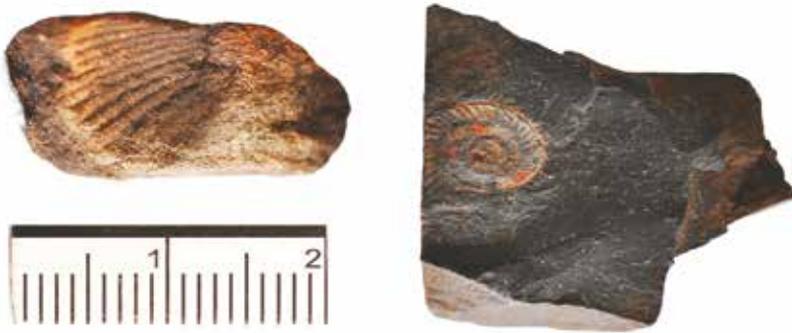


Figura 38. Líticos con impresión de fósiles del corte No. 3 (40-50 cm).

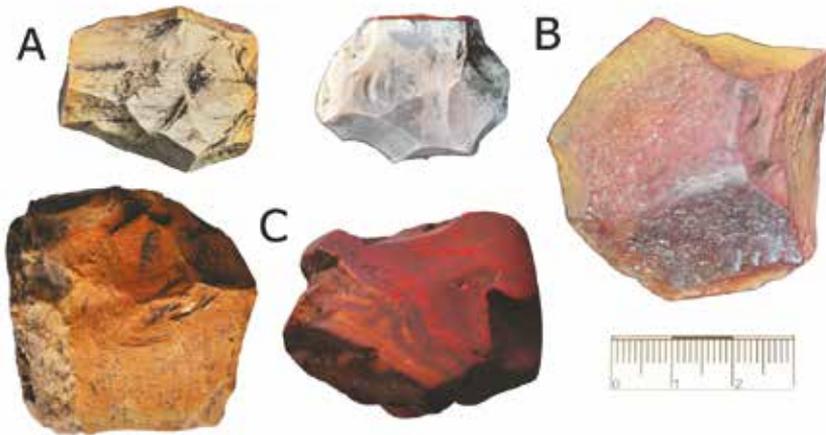


Figura 39. Núcleos del corte No. 3 de los niveles 60-70 cm (A), 50-60 (B) y 40-50 cm (C).



Figura 40. Perforadores del corte No. 3, nivel 60-70 cm.

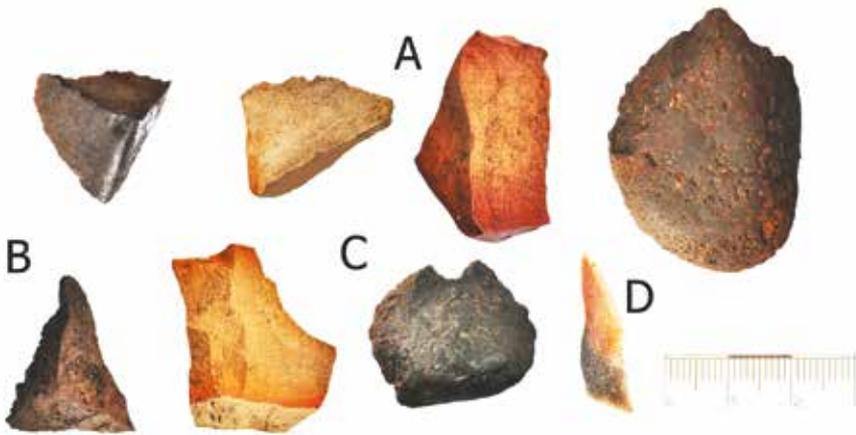


Figura 41. Cuchillas, 90-100 cm (A), 100-110 cm (B y C) y 110-120 cm (D).



Figura 42. Artefactos de lidita foránea, niveles 40-50 (A), 50-60 (B), 60-70 (C) y 80-90 cm (D).



Figura 43. Piso de piedra Precerámico del Corte No. 3.

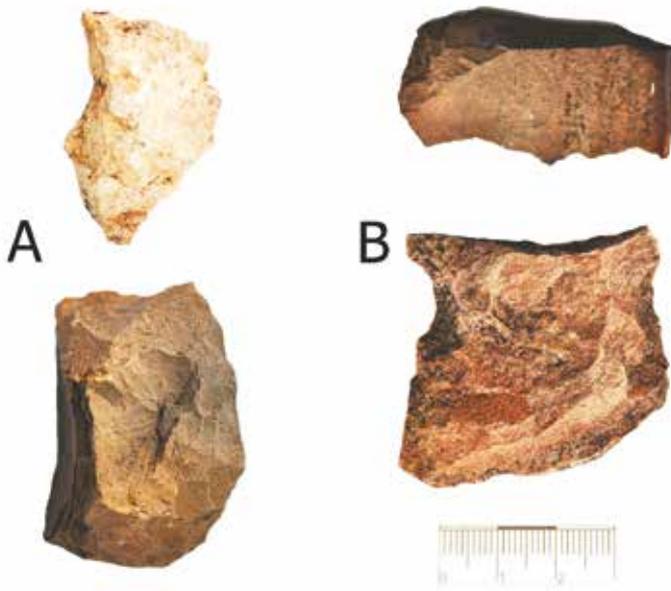


Figura 44. Raspadores hallados en el Corte 3, niveles 90-100 (A) y 100-110 cm (B).

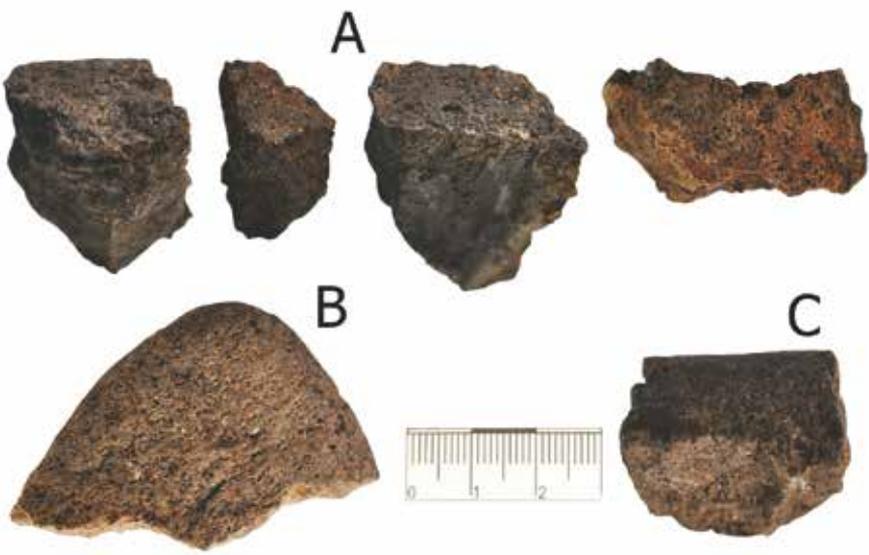


Figura 45. Fragmentos de artefactos de molienda 90-100 (A), 100-110 (B) y 110-120 cm (C).





CAPÍTULO 8

La conservación arqueológica en el Parque Arqueológico de Facatativá



Antecedentes

El Parque Arqueológico de Facatativá posee un gran valor por contener uno de los más amplios conjuntos pictográficos del país, a pesar de ser el Parque Arqueológico Nacional más antiguo del país, es un espacio que por muchos años tuvo una vocación particularmente recreativa. Durante décadas sus valores arqueológicos, reconocidos solo por algunos investigadores, no fueron protegidos adecuadamente y sufrieron ocultos bajo el hollín de fogatas y la enorme cantidad de grafitis e inscripciones realizadas en las superficies rocosas por los visitantes. Preocupado por esta situación, hace más de 10 años el ICANH, responsable de la salvaguarda del patrimonio arqueológico nacional, apoyó entre 2003 y 2005 trabajos de conservación en cinco de los 61 conjuntos pictográficos (Álvarez, 2003; Álvarez y Martínez, 2004, 2005), desarrollando varias actividades de educación y sensibilización frente al patrimonio arqueológico (Martínez y Botiva, 2002, 2011; y Grupo de Vigías del Patrimonio) y la elaboración del Plan de Manejo Arqueológico del parque (Álvarez *et al.*, 2005). La comunidad, por su lado, con diversas iniciativas, unas más académicas y formales que otras, empezaría a poner en valor el patrimonio arqueológico, y exigiría, a través de un proceso judicial iniciado en 2007 que la CAR realizara trabajos de conservación y protección de las evidencias rupestres.

Así pues se dio inicio a la gestión de dichos procesos, primero con la construcción de cerramientos en los conjuntos pictográficos y, finalmente en 2012, con la suscripción del Contrato 847 entre la CAR y la Universidad Nacional, que tuvo como objeto adelantar la contextualización arqueológica, la divulgación y la conservación de 41 de los conjuntos pictográficos del Parque Arqueológico de Facatativá, vinculando personal especializado en la conservación de piedra.

Definición

La conservación arqueológica es una especialidad de la conservación de bienes muebles que se dedica exclusivamente a intervenir los restos materiales dejados por las culturas pasadas. Estos restos materiales plantean particularidades físicas y teóricas. La cantidad de tiempo que pudieron estar enterradas, o, como es el caso de las pictografías del Parque Arqueológico de Facatativá, su exposición continua a las condiciones del medio ambiente, al biodeterioro y a la presencia del humano, plantean formas específicas de abordarlos e intervenirlos.

La conservación arqueológica, como ha sido definida a nivel internacional, trabaja fundamentada en los “principios de mínima intervención”. En ese sentido emplea los procesos y materiales mínimos requeridos para atenuar el avance del deterioro y estabilizar los materiales de los bienes arqueológicos, haciendo uso de productos de conservación y procedimientos reversibles, estables y compatibles con la naturaleza de éstos.

Criterios

Los trabajos de conservación buscaron en todos los casos, atenuar el avance del deterioro eliminando la suciedad, depósitos, recubrimientos, manchas, inscripciones y grafitis que interferían con su apreciación y afectaban su estabilidad. Además, disminuir los velos salinos y concreciones que se desarrollan sobre las pictografías y las superficies pétreas e impiden su lectura. Los procesos adelantados, en tanto que son intervenciones de conservación y no de restauración, nunca buscaron completar las formas en las pictografías o añadir trazos, sino más bien permitir una mejor lectura de los trazos rupestres aún existentes.

En ese sentido, la intervención no sólo se limitó a las zonas donde específicamente se observan las pictografías, sino que buscó un nivel que permitiera apreciar el conjunto pictográfico en medio de la superficie rocosa sobre el cual se encuentra.

Para cada conjunto el área a intervenir se delimitó teniendo en cuenta la morfología del abrigo rocoso y la ubicación de los motivos rupestres ubicados en torno a la numeración anterior a los años 1950. En todos los casos el área contempló desde el nivel del suelo hasta una altura superior a la de los motivos rupestres permitiendo la lectura de la unidad del conjunto



por parte del espectador. También fueron tratados grafitis de gran tamaño y visibilidad presentes en otras caras del abrigo rocoso diferentes a la cara sobre la cual se observan las pictografías.

Los procesos de conservación llevados a cabo durante este proyecto buscaron también consolidar las zonas donde la capa pictórica de las pictografías había perdido cohesión con el fin de protegerla en casos muy puntuales, especialmente los trazos rupestres susceptibles a ser recubiertos por velos salinos. En los paneles 20D y 20E donde simultáneamente se observan pictografías y pinturas murales de 1915, los procesos de documentación y conservación se llevaron a cabo en las dos manifestaciones, conservando la superposición de una con otra. En las pinturas de 1915 el nivel de intervención también fue el de conservación, por tanto se estabilizaron las pinturas en su materialidad y se hizo una presentación de los faltantes pero sin restaurar los valores estéticos.

A lo largo del proyecto las labores de conservación y documentación fueron debidamente socializadas y divulgadas a la comunidad a través de actividades desarrolladas en el parque con los visitantes y grupos locales, como también en espacios académicos de Facatativá, Bogotá y otras partes del mundo.

Metodología

La metodología propuesta para esta intervención se planteó con base en tres grandes ejes: documentación, conservación y socialización. Los dos primeros ejes se explican a continuación:

Documentación

La documentación, desde la perspectiva de la conservación arqueológica, supone el registro completo, gráfico fotográfico y descriptivo de todos los procesos ocurridos con relación al objeto. La documentación en conservación se ha convertido en los últimos años en un tema central, especialmente cuando se trata de bienes arqueológicos, debido a que usualmente están al aire libre, expuestos de manera directa a varios factores de deterioro. De hecho, no sólo los factores medioambientales y biológicos los afectan, sino también los factores humanos como la falta de mantenimiento o el vandalismo que los torna más vulnerables. La conciencia sobre su pérdida a largo plazo explica el énfasis que se le otorga a esta etapa, así como la importancia en su detalle y rigurosidad.





El reconocimiento de esta situación hace de la documentación una etapa fundamental en el estudio, protección y conservación de las pictografías. Garantiza la existencia de un registro lo más completo posible que da cuenta de las características de los bienes y permite entenderlos en el futuro, además de hacer el seguimiento, monitoreo y control de los factores que inciden sobre su conservación.

El saber de la disciplina de la Conservación–Restauración permitió construir para este proyecto un sistema de documentación unificado que consigna la información de los conjuntos intervenidos en cuanto a su ubicación, descripción, técnica de elaboración, registros actuales y anteriores, estado de conservación, propuesta de intervención que incluye pruebas de limpieza, procesos de conservación realizados y evaluación de la intervención.

En este proyecto la documentación abarcó tres momentos: a) Documentación inicial, referida al registro de las pictografías (figura 46) y su estado de conservación, previo a la intervención; b) Documentación de proceso, donde se registran los cambios (o su ausencia) sucedidos durante la intervención; c) Documentación final, donde se muestran los resultados de la intervención.

Aspectos físicos y tecnológicos

Los abrigos rocosos sobre las cuales fueron elaboradas las pictografías del PAF corresponden a formaciones geológicas de piedra arenisca de más de 65 millones de años que evidencian formas que van desde grandes bloques de roca con paredes lisas y sin escarpe, hasta formaciones de gran escarpe donde las partes bajas se encuentran totalmente protegidas del impacto directo de las condiciones medioambientales.

Las superficies sobre las cuales se pintaron las pictografías tienen una apariencia muy heterogénea y evidencian en algunas zonas procesos de disolución de la roca misma en otras, sedimentación de capas minerales de naturaleza y aspectos muy diversos. Así pues, el color de la superficie rocosa varía en tonos que van de beige a gris, pasando por diversas tonalidades de marrón y amarillo.

La mayoría de las pictografías estudiadas en este proyecto se encuentran entre los 50 cm del nivel del piso y 3 metros de altura, en áreas de la roca donde las superficies naturalmente son bastante lisas, aptas para recibir la pintura.

Solo muy pocos de los conjuntos pictográficos estudiados fueron pintados sobre superficies que evidencian haber sido pulidas previa a la aplicación del color. Un ejemplo de esto es el conjunto pictográfico No.

21 donde además de los bordes de las áreas alisadas, se observan marcas de muescas en forma angular que permiten pensar que este tratamiento se logró por medio de percusión directa posiblemente con rocas afiladas o perfiladas buscando homogenizar la textura y preparar el soporte pétreo antes del trabajo pictográfico. (Figuras 47, 48)

Para todos los casos se observó que la pintura tiene una apariencia mate y consistente. En cuanto al color de la pictografías, se encontró que en la mayoría de los conjuntos aparecen por lo menos dos tonalidades del rojo, que pueden variar en una amplia gama de tonos que van de los más oscuros, a los más claros cercanos al naranja. El conjunto No. 1 evidenció la presencia de pictografías amarillas, nunca antes documentadas, y el conjunto No. 16, con pinturas rupestres blancas documentadas por Álvarez y Martínez (2004).

Si bien no se han llevado a cabo análisis de los materiales utilizados para preparar la pintura de las pictografías del Parque Arqueológico de Facativá, revisando otros estudios que han abordado el tema, es posible plantear que, al igual que otras pictografías del altiplano Cundiboyacense como las de la cuenca del río Farfacá, las de Soacha o las del conjunto No. 16 del PAF (Álvarez, 2003), las pinturas de tonalidades rojas fueron obtenidas a partir de una mezcla de óxidos de hierro (posiblemente hematita y goethita) y arcillas diluidas en agua como medio para aplicar el color (Álvarez, 2003).

En las pictografías es posible identificar principalmente dos técnicas de aplicación del color. La primera se refiere a trazos logrados con la yema de los dedos, caracterizados por un reborde regular y mayor acumulación de color rojo en el inicio y contorno del segmento, así como extremos redondeados (Figuras 49, 51) Con esta aplicación digital de color parecen haberse realizado la mayoría de formas. La segunda técnica de aplicación corresponde al uso de una herramienta similar al pincel, tal y como se observa en los conjuntos No. 48, 21, 20, y 60 donde los trazos casos corresponden a líneas delgadas y finas que sugieren el empleo de esta herramienta (Figuras 50, 51)

Las formas representadas corresponden a líneas, equis, cruces, trazos en zigzag, formas escalonadas, formas geométricas como cuadrículas, círculos concéntricos, diseño de manos, soles, formas zoomorfas, especialmente raniformes, y algunas representaciones antropomorfas, todas comunes a la estética precolombina.

Además de estas representaciones prehispánicas en la parte alta de los conjuntos 20D y 20E, cubriendo algunas zonas de los motivos rupestres, se encuentran unas pinturas murales de estilo republicano, realizadas en 1915 y firmadas por Luque R. Están conformadas por tres subconjuntos





que presentan el retrato de cinco presidentes. En la zona central se observa la representación de tres presidentes liberales de Colombia (Ricardo Gaitán Obeso, Rafael Uribe Uribe y Zenón Figueredo), siete metros al oriente se encuentra el retrato de Manuel Murillo Toro, al occidente de estos cuatro presidentes está el retrato de Francisco de Paula Santander.

Los análisis realizados permitieron determinar que las pinturas fueron hechas con una base de preparación a base de yeso con un aglutinante de origen protéico (seguramente cola) aplicada especialmente al centro de los retratos. La composición de la capa pictórica no fue determinada pero de acuerdo a referencias más antiguas, parece corresponder a óleo (Martínez y Botiva, 2011: 166). Los colores más frecuentes utilizados son los grises, los azules, verdes y ocre, y el tricolor básico de las banderas y los escudos de Colombia. En general las luces se lograron por aplicación de color blanco que fue difuminado sobre los otros colores: Para las sombras, tanto en las banderas como en los rostros, se utilizan tonos ocre, igualmente difuminados y marrones para el caso de las coronas de las hojas y flores que rodean los retratos.

Principales deterioros

Por encontrarse al aire libre, expuestas de manera directa a la humedad, los cambios climáticos, el biodeterioro, las intervenciones inadecuadas y el vandalismo, condujeron a que las pictografías del Parque Arqueológico de Facatativá y su soporte pétreo presenten varios deterioros. Estos usualmente aparecen superpuestos y asociados a causas semejantes.

Este apartado describe los deterioros identificados en los conjuntos pictográficos relacionándolos con los resultados de los análisis científicos realizados por el equipo de profesionales del laboratorio de Ciencias de la Conservación de la Facultad de Estudios del Patrimonio de la Universidad Externado de Colombia, el geólogo Jorge Barón y el microbiólogo Alejandro Acosta.

Si bien, tanto la denominación como la definición genérica de la mayoría de los deterioros corresponden con la terminología de deterioro que se maneja en conservación de piedra o pintura mural, dadas las particularidades de estas superficies pétreas y pictografías, fue necesario desarrollar un catálogo de manifestaciones del deterioro específico. Los deterioros fueron divididos entre tratables y no tratables (Figuras 52, 53)

Es importante mencionar que en los conjuntos pictográficos, los deterioros usualmente aparecen superpuestos y asociados a causas semejantes.

Como fue mencionado antes, los principales factores de alteración son medioambientales, biológicos y debidos al hombre.

Así pues deterioros como los velos y concreciones salinas, la superposición de estratos de concreciones, los faltantes y desprendimientos de soporte pétreo, las costras y manchas negras, las manchas cafés, los ennegrecimientos, las escorrentías, la suciedad y los depósitos de tierra están relacionadas con factores como la humedad, los vientos, la contaminación y las características físicas y mineralógicas de estas rocas areniscas.

Deterioros como las deyecciones de aves, las manchas de resina, los microorganismos, musgos, líquenes, hepáticas y vegetación (plantas) están relacionadas con factores biológicos.

Las manchas de pintura, los recubrimientos de pintura y cemento, el mortero aplicado en el abrigo rocoso de Los Presidentes, la capa de apariencia arcillosa, las manchas de hollín, los grafitis, inscripciones, incisiones y perforaciones son deterioros de origen antropogénico bien sea causados por intervenciones anteriores o vandalismo.

Finalmente, los deterioros de la capa pictórica de las pictografías y las pinturas de 1915 tales como abrasión, faltante, descohesión y migración del color o desprendimientos y faltantes de base de preparación en las pinturas de 1915, son deterioros en donde los factores medioambientales y los antropogénicos han incidido.

De manera general se puede decir que los conjuntos pictográficos estudiados presentan un estado de conservación regular o malo, pues si bien se conservan aún varias de las pictografías halladas en la documentación gráfica encontrada desde el siglo XIX, la mayoría de las manifestaciones rupestres se encuentran afectadas por muchos de los deterioros antes mencionados y descritos. Estos deterioros han alterado los valores estéticos de los conjuntos pictográficos, que observan pérdida de legibilidad y ponen en riesgo su estabilidad en el tiempo.

Procedimientos realizados

Siguiendo los resultados de las pruebas de limpieza, previamente avaladas por el ICANH, se aplicaron tratamientos de limpieza, consolidación, readhesión y reintegración cromática en las superficies pétreas de los 41 conjuntos que consideraron procesos mecánicos y químicos. Así pues, se retiró la vegetación invasiva, se recolectó la basura depositada entre el cerramiento





y los conjuntos y en las oquedades de la roca, se limpió en húmedo con agua y alcohol, con máquina de vapor, mecánicamente con borradores y esponjas, bisturí y lápiz de fibra de vidrio; los grafitis fueron eliminados con productos quita grafitis y solventes orgánicos. Finalmente los grafitis que no pudieron ser retirados con éstos métodos y algunas concreciones fueron tratadas con motortool y con micro abrasimetro (el equipo utilizado es de marca Reiter Sanduret 1, y posee una alta precisión), en zonas muy cercanas a las pictografías logrando recuperar muchos motivos rupestres ocultos bajo éstos deterioros. Los grafitis e incisiones que no fueron tratados con estos métodos fueron reintegrados con tizas de silicato permitiendo recuperar la unidad y lectura de las superficies (Figuras 54, 55, 56).

Las pocas zonas de las pinturas que presentaban falta de cohesión fueron consolidadas, así mismo en las pinturas de 1915 los estratos de pintura y base de preparación fueron readheridos.

Socialización de los trabajos de conservación

Las labores de socialización de la conservación implicaron actividades de revisión conjunta con el documentalista del guion para el video del proyecto y el rodaje de tomas sobre el tema de conservación. Se participó en diversas jornadas de socialización del proyecto con todo tipo de público en el Parque; igualmente en el diseño, organización y realización de dos jornadas para conmemorar el mes del patrimonio, la segunda de las cuales contó con aproximadamente 70 personas de asistencia (Figura 57). La participación en diversos encuentros académicos donde se dio a conocer los resultados del proyecto llamó la atención de docentes y alumnos de colegios de Facatativá. Finalmente, se participó en el Curso Internacional de Arte Rupestre organizado por GIPRI, V Encuentro Nacional de Patrimonio organizado por el Ministerio de Cultura y el XIV Encuentro de la AIC en San Francisco, Estados Unidos.

Resultados

Los trabajos de conservación y documentación desarrollados a lo largo de este Proyecto fueron realizados en los conjuntos pictográficos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 8, 30, 9, 11, 12, 16, 17, 18, 19, 20, 20A, 20B, 20C, 20D, 20E, 20F, 20G,

21, 32, 35, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 55, 59 y 60. El conjunto pictográfico 10 estaba contemplado inicialmente pero por no tener adecuado acceso tuvo que ser sustituido por el conjunto 1.

Las labores desarrolladas contemplaron áreas específicas definidas para cada uno de los 41 conjuntos pictográficos, que suman más de 1000 m² de superficies pétreas intervenidas y documentadas.

En todas estas áreas se llevó a cabo el levantamiento fotográfico antes, durante y después de la intervención. Además el levantamiento de las pictografías existentes mediante fotografía y edición fotográfica.

La comparación del registro de pictografías actual con registros previos (registros tomados entre el siglo XIX y XX por diferentes investigadores) fue realizada como parte de la investigación desarrollada en cada conjunto. Permitió no sólo verificar la existencia de trazos que hoy no son apreciables sino también detallar, en muchos casos las características de los trazos aún existentes. De hecho para muchos conjuntos la documentación gráfica de las pictografías realizada para este proyecto presenta las sutilezas de la intensidad, el color y la definición de los trazos hoy apreciables.

El levantamiento del estado de conservación de los 41 conjuntos pictográficos fue realizado diferenciando los deterioros tratables mediante procesos de conservación y los no tratables con estos procedimientos.

Los deterioros identificados y registrados en los conjuntos pictográficos que impedían la lectura de las pictografías o ponían en riesgo su estabilidad fueron: suciedad superficial, velos salinos, manchas de excrementos de aves y murciélagos, manchas de resina, microorganismos y vegetación, manchas cafés, ennegrecimiento, costras negras, manchas negras de óxidos de hierro, manchas de hollín, recubrimiento de arcilla, pintura y cemento, incisiones y abrasión de la superficie pétreas y las pictografías, inscripciones y grafitis realizados con grafito, tiza, lápices, esferos, marcadores y pinturas a base de agua y aceite.

Para comprender mejor estos deterioros se tomaron muestras en 35 conjuntos pictográficos con el fin de determinar, a partir de análisis de laboratorio, la naturaleza de velos y concreciones salinas, algunas manchas, la naturaleza e incidencia del biodeterioro, entre otras. Estos resultados aparecen anexos a este informe.

El registro del estado de conservación, la determinación de la naturaleza de los deterioros y la observación detallada permitió establecer relaciones entre los deterioros observados y sus posibles causas. Así, se puede decir que los conjuntos pictográficos estudiados presentaban un estado de





conservación regular o malo, pues si bien se conservaban aún varias de las pictografías halladas en la documentación gráfica encontrada desde el siglo XIX, la mayoría de las manifestaciones rupestres se encontraron afectadas por deterioros originados por factores medioambientales, la composición y morfología de estas piedras areniscas, factores biológicos y de orden antropogénicos como vandalismo, intervenciones inadecuadas y falta de mantenimiento. Estos deterioros se encuentran alterando los valores estéticos de los conjuntos pictográficos, que presentan pérdida de legibilidad y ponen en riesgo su estabilidad en el tiempo.

En cuanto a la pintura mural “Los Presidentes”, también presentaba un estado de conservación malo, ocasionado por factores intrínsecos relacionados con la técnica de elaboración y extrínsecos relacionados con las variaciones de las condiciones medioambientales. La naturaleza higroscópica de la base de preparación, sensible a las condiciones medioambientales del lugar.

La aprobación de la intervención de los 41 conjuntos requirió la elaboración de pruebas de limpieza y de una propuesta de intervención, debidamente soportada que fue presentada y aprobada por el ICANH.

La mayoría de los deterioros presentes en los conjuntos y tratables mediante procesos de conservación fueron eliminados gracias a procesos que implicaron la limpieza cuidadosa de las superficies pétreas con solventes, borradores, esponjas, cepillos de cerdas plásticas, bisturís y equipos utilizados internacionalmente en la conservación de piedra como máquina de vapor y microabrasímetro.

Los grafitis y las inscripciones ocupaban más de 50% de las superficies intervenidas lo que evidencia que el mayor factor de deterioro para estas pictografías es el hombre (Figuras 54, 56). Aunque la mayoría pudo eliminarse por lo menos un 20% de ellos dejó marcas irreversibles en la roca. Estas marcas tuvieron que ser tratadas con microabrasímetro o el proceso de reintegración cromática (Figura 55).

Una vez finalizados los procesos de conservación, se pudo determinar que en la mayoría de los conjuntos intervenidos se registraron o definieron con más claridad los trazos rupestres. Además, las pictografías ganaron en visibilidad.

En la mayoría de los conjuntos aparecieron nuevos trazos, particularmente, en los conjuntos 3, 5, 6, 9, 18, 20F, 40, 39, 50 y 60 se encontraron pictografías nunca antes documentadas bajo las capas de arcilla, inscripciones y grafitis que habían sido aplicadas en años anteriores por el humano y habían aparecido como resultado de la interacción entre la piedra y de las condiciones medioambientales.

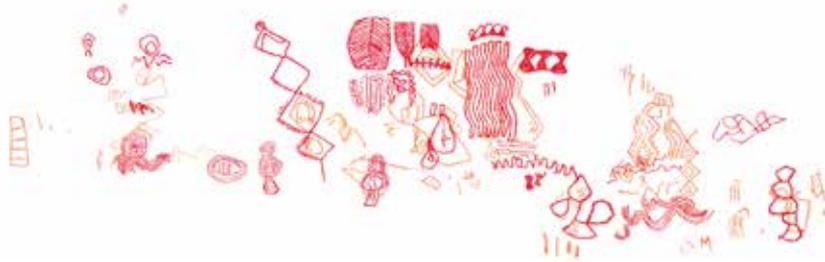


Figura 46. Motivos rupestres documentados en el conjunto pictográfico 4. Edición fotográfica por Lina Castillo 2014.



Área sin pulido
o alisado

Área pulida y
alisada

Área sin pulido
o alisado



Figura 47. Área pulida en el conjunto No. 21.



Figura 48. En amarillo zonas que fueron pulidas.



Figura 49. Detalle de la terminación redondeada de los trazos presentes en el conjunto No. 55..



Figura 50. Pictografía del conjunto No. 21 que evidencia tonalidad oscura y trazos muy delgados (0,5 cm) elaborados seguramente con pincel.



Figura 51. Detalle de una pictografía ubicada en la cara norte del abrigo rocoso No. 21 que combina las dos técnicas pictóricas identificadas.



	Delimitación área a intervenir		Velo de sales		Manchas resinosas
	Suciedad generalizada		Capa de apariencia arcillosa		Manchas de pintura
	Depósitos de tierra		Recubrimiento		Mortero
	Escorrentía		Inscripciones y Grafiti		Deyecciones
	Microorganismos, musgo, líquen, hepática		Vegetación		Numeración previa años 50s

Figura 52. Deterioros tratables en el conjunto 20E de la Piedra de Los Presidentes.



	Delimitación área a intervenir		Migración de color		Manchas de hollín
	Abrasión de capa pictórica		Faltante o desprendimiento de soporte		Perforación
	Faltante de capa pictórica		Concreciones		Incisiones
	Decoherión de capa pictórica		Superposición de estratos		Ennegrecimiento
	Costras negras		Manchas negras		Manchas cafés

Figura 53. Deterioros no tratables del conjunto 20E de la Piedra de Los Presidentes.





Figura 54. Piedra No. 21 antes (izq.) y después de la limpieza (der.).



Figura 55. Limpieza de grafitis con micro abrasímetro en la piedra No. 3.



Figura 56. Piedra No. 3 antes (izquierda) y después de la limpieza mediante microabrasímetro (derecha).

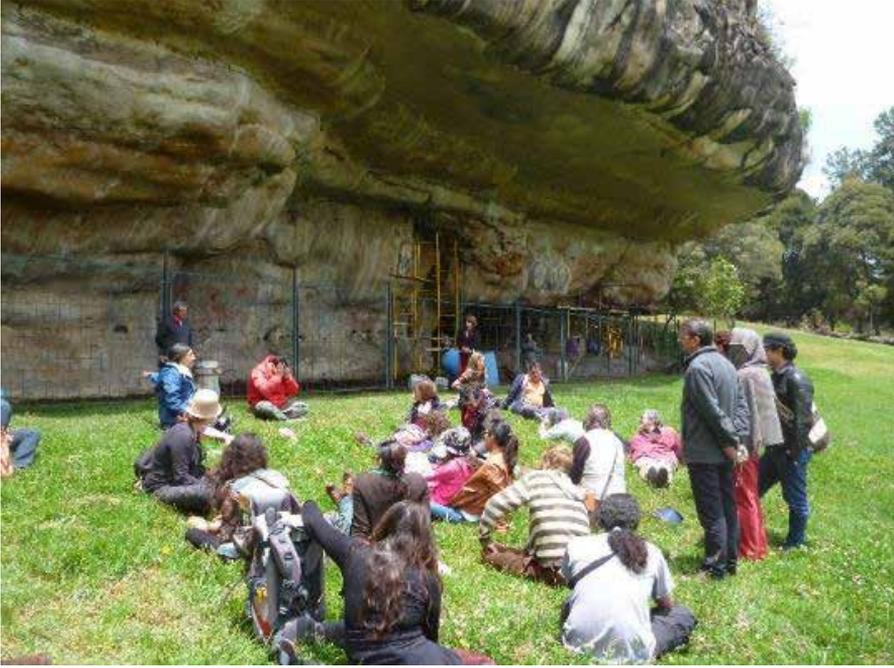


Figura 57. Labores de divulgación durante el mes de patrimonio.





CAPÍTULO 9

Las piedras de Facatativá: territorio de poder y memoria

La labor de conservación aplicada a las pictografías del Parque Arqueológico de Facatativá dio como resultado más de 1000 m² de área intervenida en 41 paneles con pictografías (piedras No. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 8, 9, 11, 12, 16, 17, 18, 19, 20, 20A, 20B, 20C, 20D, 20E, 20F, 20G, 21, 30, 32, 35, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 55 59 y 60), lo que constituye el trabajo más grande adelantado en sitios arqueológicos de Colombia. Esto ha permitido exponer a la luz numerosos motivos que estaban escondidos a los ojos del público en general, y que ahora pueden ser vistos para su deleite y estudio. Por su parte, la exhaustiva labor de socialización adelantada por las arqueólogas y restauradoras con vigías del patrimonio (Figuras 59, 60, 61), visitantes asiduos del parque, colegios, ONG y expertos sobre arte rupestre, ha contribuido a la construcción de una conciencia de protección y salvaguarda del milenar patrimonio cultural inscrito en esas pictografías, que pertenece a la Nación, y también a la humanidad.

La prospección arqueológica sistemática desarrollada en el Parque Arqueológico de Facatativá en el presente proyecto, ha permitido documentar el patrón de ocupación de este espacio por parte de sociedades antiguas y contemporáneas, igualmente establecer que el área de protección del mismo se debe concentrar en el sector delimitado por las pictografías, pues constituye el espacio de mayor intensidad de las ocupaciones humanas prehispanicas, con predominancia temporal de los períodos Precerámico (XI-II milenios a. C.) y Herrera (siglo VIII a. C. a siglo IX d. C.), con poca presencia Muisca (siglos X-XVI d. C.).

En el corte arqueológico No. 3 se registraron dos ocupaciones antiguas: la primera, precerámica, señalizada por un piso de piedra entre 80-120 cm, con un substrato de suelo muy apisonado, integrado por núcleos modificados intencionalmente de arenisca local de tamaño promedio (3-5 cm), y artefactos líticos pequeños reutilizados en su mayoría de arenisca y cuarcita. La segunda ocupación se caracteriza por un piso de piedra





menos compacto, integrado también por núcleos en arenisca local de tamaño promedio, muy similar al anterior aunque bastante suelto, asociado a cerámica del Herrera Clásico (Mosquera Roca Triturada, Mosquera Rojo Inciso, Zipaquirá Desgrasante Tiestos, Zipaquirá Rojo sobre Crema), además de cerámica del complejo Faca (acanalada, incisa y punteada) y del valle del río Magdalena (Montalvo, Atípica alta dureza, Atípica naranja, Baño rojo).

El piso de piedra precerámico es muy compacto y grueso, instalado sobre un horizonte de ceniza volcánica, y a diferencia de otros pisos reportados en la Sabana de Bogotá, es extenso (por lo menos 170 m²), y fue elaborado mediante piedras de arenisca tabulares talladas a propósito (no son cantos rodados). Posee una elevación (montículo) hacia el suroeste, frente a una ventana natural en la parte superior del abrigo que se localiza hacia el sur del corte 3 (Figura 58), que tiene pictografías (a juzgar por el alisamiento de la piedra), con buena vista hacia Facatativá. Consideramos que la presencia del piso no es al azar sino que se relaciona con funciones rituales que se realizaban desde la ventana natural, donde el chamán ataviado con la parafernalia típica de estos personajes podía realizar de manera imponente sus actos según las circunstancias especiales. El piso fue utilizado durante un largo tiempo y para bastante gente a juzgar por el grado de compactación y su extensión espacial, estratigráficamente durante la fase tardía del Precerámico (II milenios a. C.).

La similitud entre el piso de piedra Precerámico y el Cerámico (Herrera), como la ausencia de diferencias significativas en la industria lítica de ambos períodos, nos está indicando que en la zona habitó un grupo humano que continuó tradiciones culturales durante varios siglos, a pesar de haber innovado con la introducción de la cerámica.

Igualmente, se puede plantear que el manejo chamánico del sitio investía tanto al chamán como a su grupo social de poder, de tal manera que las romerías que realizaban grupos vecinos, incluyendo del valle del río Magdalena, para participar en los rituales servían para consolidar el manejo territorial de las rocas con pictografías por un grupo muy especial, cuyo poder se fortalecía mediante la inscripción, custodia e interpretación simbólica de las mismas pictografías. Esta tradición persistió hasta el período Herrera, pero se perdió con el advenimiento de la sociedad Muisca, cuya forma de fortalecer el poder religioso era en templos custodiados por sacerdotes que eran investidos según las mismas tradiciones de los caciques.

De esta manera, en Facatativá tenemos evidencias de la presencia de grupos de cazadores recolectores estacionales, con manejo territorial, cuyo control lo ejercían no por el acceso a recursos alimenticios, sino mediante

la custodia de un importante centro regional ritual, situación que se va a extender hasta el período Herrera cuando el control de centros importantes como El Infiernito (Villa de Leiva) y el templo del Sol (Sogamoso) otorgaron igualmente poder político a sus respectivos sacerdotes.

Tanto las evidencias arqueológicas como las fuentes documentales permiten establecer que las pictografías del Parque Arqueológico de Facatativá fueron obra inicialmente de grupos de cazadores recolectores, y que en tiempos de los muisca esta tradición había sido olvidada o parcialmente abandonada, pues no existen documentos sobre grupos indígenas reclamando por este sitio ritual.

Las evidencias materiales excavadas en el corte No. 3 demuestran que desde el Precerámico Tardío (II milenio a. C.) la gente habitaba en espacios abiertos cerca de los abrigos rocosos, elaboraban pisos de piedra mediante núcleos irregulares y tabulares empleados para tallar a partir de arenisca local, con el fin de mejorar las condiciones del suelo. También, empleaban materia prima proveniente del valle del río Magdalena (lidita o chert) para elaborar instrumentos con mejor borde cortante. Esta tradición continuó durante el período Herrera Temprano (I milenio a. C.), cuando la población adoptó la cerámica bajo fuerte influencia de los estilos alfareros del valle del río Magdalena. Durante varios milenios la población habitó cerca de los abrigos rocosos, los cuales fueron pintados por sus antiguos habitantes con el fin de reflejar su cosmovisión, las ceremonias rituales y las preocupaciones por sus necesidades básicas que les permitieran la supervivencia en un ambiente cambiante y muy relacionado con sus vecinos del valle del río Magdalena.

En todo el Parque la mayor actividad se concentra alrededor de las pictografías, desde la piedra No. 1 hasta la No. 60, con especial énfasis entre las No. 16 a 20. La ocupación de grupos precerámicos tardíos se refleja cerca de la piedra No. 16, y posiblemente en el abrigo No. 60 excavado por Haury y Cubillos en la década de los 1940 (en el dibujo de perfil se observa un piso que los autores los relacionan con exfoliación pero parece muy uniforme y nivelado como el del Corte No. 3).

La presencia de la sociedad Muisca es muy escasa, pero la actividad humana se incrementa en tiempos coloniales y republicanos, especialmente para enterramientos cerca de la piedra No. 1 y los “paseos de olla” de la primera mitad del siglo XX, particularmente cerca de las piedras No. 2 y 3 por su proximidad a las fuentes de agua.

Igualmente, se puede inferir que la cosmovisión solar y los rituales de paso de los muisca fueron heredados de sus antecesores premuisca y cazadores





recolectores, tales como el destete, la primera menstruación, el compromiso y matrimonio, el embarazo y parto, la muerte y sepelio y los grandes festejos y juntas, aunque ajustadas a las nuevas tradiciones y elementos culturales (cerámica, cercados, templos, observatorios astronómicos). Testimonio de los primeros festejos se refleja en los pisos de piedra de grupos precerámicos y alfareros tempranos en el Parque Arqueológico de Facatativá.

En síntesis, los primeros habitantes del Parque Arqueológico fueron cazadores recolectores que arribaron a este territorio a finales del Pleistoceno, quienes conocieron las propiedades de los tubérculos de altura locales (arracacha, papa, cubio, hibia) hacia el final del Precerámico Temprano, habiendo desarrollado la horticultura. Hacia el I milenio a. C. el proceso de sedentarización se incrementa con la adopción de la cerámica y la agricultura bajo influencia de los pobladores del valle del río Magdalena. Los muisca surgieron como consecuencia de la intensificación de la agricultura del maíz en un momento de cambios climáticos apropiados para esta actividad, formando aldeas nucleadas bajo el dominio de caciques que impusieron su poder político y económico, apoyados por sacerdotes que les investían según las tradiciones de linajes heredados a partir del ancestro solar, dador y benefactor de la sociedad, en templos y cercados construidos a propósito. Las visitas a abrigos rocosos, montañas, lagos y otros sitios sagrados cumplían la misión de fortalecer el poder de los caciques, investidos por el poder del astro solar, pero las ceremonias más importantes eran realizadas en los cercados de los caciques y sacerdotes, máximas autoridades de la sociedad Muisca.

De esta manera, los primeros autores de las pictografías fueron cazadores recolectores que manejaron la técnica de preparación del ocre, cuyos mensajes se relacionaban con el manejo tanto del espacio terrenal como cósmico, habiendo manejado el espacio del Parque Arqueológico de Facatativá con fines rituales, cuyo significado es difícil de interpretar a la luz del pensamiento contemporáneo, pero que muy seguramente se relacionaba con el manejo chamánico del territorio. Esta tradición la continuaron los primeros agro-alfareros del período Herrera, misma que se perdería en tiempos de los muisca.

Por esta razón, la preservación, conservación y estudio minucioso de las pictografías constituye una labor muy importante, pues representa la memoria de la presencia humana de hace varios miles de años, irrecuperable si se continúa con el vandalismo de gente inescrupulosa, especialmente jóvenes, que con sus pinturas afectan un patrimonio milenario de la Nación.

Actualmente, el Parque Arqueológico de Facatativá hace parte de la identidad regional del suroccidente de la Sabana de Bogotá y del patrimonio arqueológico de Colombia, siendo una fuente de desarrollo sostenible, en tanto que por un lado permite ingresos a la comunidad facatativeña (restaurantes, transporte, alojamiento, servicios), y por otro, permite la preservación de un valor natural y cultural albergado en sus predios. Sin embargo, requiere de una significativa inversión por parte del Estado para una mayor cobertura de vigilancia, mejor señalización, construcción de senderos, una óptima adecuación de espacios públicos (sanitarios, restaurantes, cafeterías) alejados de las pictografías, y mayor mantenimiento para la conservación de las pictografías.

Siendo el Parque Arqueológico de Facatativá el sitio más visitado del país, con más de 70.000 visitantes al año (el doble de San Agustín) debido a su proximidad con Bogotá, se pueden impulsar proyectos productivos que aporten esos valores naturales y culturales al desarrollo integral y sostenible de Facatativá. Entre ellos un proyecto de divulgación de las pictografías (vídeos, visita virtual, camisetas, gorras, botones, artesanías). Otro de capacitación de vigías del patrimonio en la temática de la arqueología regional. Un tercero que impulse la recuperación de la flora y fauna nativas, debidamente señalizadas, pero para ello se debe impedir que las aguas sucias lleguen a la quebrada Chapinero con el fin de evitar los malos olores, y se prohíba el ingreso de mascotas para no ahuyentar la fauna local. Un cuarto podría incluir la exhibición y venta de artesanías locales, comidas y bebidas típicas elaboradas con productos americanos (maíz, quinoa, achira, arracacha, papa, piña, guayaba y otras frutas nativas). Finalmente, en el parque hace falta un museo arqueológico regional del suroccidente de la Sabana de Bogotá, que socialice el desarrollo cultural de más de 10.000 años de antigüedad, organice exposiciones, conferencias, vídeos y eventos que contribuyan a la consolidación de una identidad cultural regional.





Figura 58. Ubicación del corte No. 3 frente a la ventana natural.



Figura 59. Labor de socialización con agentes culturales.



Figura 60. Labor de socialización con niños visitantes del corte No. 3.



Figura 61. Exposición ante funcionarios de la Alcaldía Municipal de Facatativá.





Bibliografía

- Aceituno, F. J. 2003. “De la arqueología temprana de los bosques premontanos de la Cordillera Central colombiana”. En: *Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia*, S. Botero ed. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 157-183.
- Acosta, J. [1896] 2003. *Historia Natural y Moral de las Indias*. Edición de José Alcina Franch y Dastin, S.L. Madrid.
- Acosta, J. 1894. “The Calendar System of the Chibchas”. Chicago, *American Antiquarian and Oriental Journal*, XVII: 167-170.
- Acuña, L. A. 1935. “Introducción al estudio de nuestro arte precolombino”. *Senderos* III: 453-508.
- Aguado P. [1581]1956. *Recopilación historial*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República. 4 vol.
- Álvarez, M. P. 2003. *Procesos de conservación en los conjuntos pictográficos 16. Parque Arqueológico de Facatativá*. Bogotá: ICANH.
- Álvarez, M. P., D. Martínez. 2004. “Documentación, diagnóstico del estado de conservación y la intervención de los abrigos rocosos”. Bogotá: ICANH
- Álvarez, M. P. y D. Martínez. 2005. *Procesos de conservación en los conjuntos pictográficos 16, 19, 20, 20a y 20b Parque Arqueológico de Facatativá*. Bogotá: ICANH.
- Álvarez, M. P. y D. Fiore. 1995. “Recreando imágenes: diseño de experimentación acerca de las técnicas y los artefactos para realizar grabados con arte rupestre”. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 16: 215-239.
- Álvarez, M. P., I. C. Quintero, D. Martínez y M. Rodríguez. 2005. *Plan de manejo del Parque Arqueológico de Facatativá*. Bogotá: ICANH,
- Ancizar, M. [1851]1970. *Peregrinación de Alpha*. Bogotá: Banco Popular.
- Ardila, G. 1984. *Chía. Un sitio precerámico en la Sabana de Bogotá*. Bogotá: FIAN, Banco de la República.
- Argüello, P. 2000. “Diferenciación técnica como diferenciador cultural: el caso del arte rupestre del suroccidente de Cundinamarca”. En: *Rupestreweb*, <http://www.rupestreweb.info/arguello.html>
- Argüello, P. 2009. “Archaeology of rock art: a preliminary report of archaeological excavations at rock art sites in Colombia”. *Australian Rock Art Research*, 26 (2).
- Argüello, P. 2011. “Historia de la investigación del arte rupestre en Colombia”. En: *Rupestreweb*, <http://rupestreweb.info/colombia.html>
- Árhem, K. 2001. Ecocosmología y chamanismo en el Amazonas: variaciones sobre un tema. *Revista Colombiana de Antropología* 37:268-288.
- Aschero, C. A. 1988. “Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales: un encuadre arqueológico”. Buenos Aires, *Arqueología Contemporánea Argentina, Actualidad y Perspectivas* pp. 109-145.





- Aschero, C. A. 1997. "De cómo interactúan emplazamientos, conjuntos y temas". *Revista del museo de historia natural de San Rafael* 16: 17-28
- Bautista, E. A. 1988. "Arte y medioambiente en la Selva oriental Colombiana". *Politeia*, Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Colombia 1(4): 74-81.
- Bautista, E. A. 2008. "Imágenes del paisaje: los paisajes prehispánicos a través de pinturas y grabados rupestres". En: *V Congreso de Arqueología en Colombia*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.
- Bautista, E. A. 2010. *Imágenes del espacio: historia del espacio prehispánico a través de pictografías y petroglifos*. Bogotá: Tesis de Maestría en Historia, Pontificia Universidad Javeriana.
- Berrío, J. C. 2006. "Análisis de polen de los camellones de Guaymaral y La Filomena, Suba". En: *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva en Cota y Suba, Sabana de Bogotá (Colombia)*, Ana M. Boada. Bogotá: FIAN, Banco de la República, pp. 109-131.
- Binford, L. R. 1980. « Willow smoke and dog's tails : hunter-gatherer settlement system and archaeological site formation ». *American Antiquity* 45 : 1-17.
- Boada, Ana M. 2006. *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva en Cota y Suba, Sabana de Bogotá (Colombia)*. Bogotá: FIAN, Banco de la República.
- Botiva, A. 2000. *Arte Rupestre en Cundinamarca. Patrimonio Cultural de la Nación*. Bogotá: Editorial La Silueta.
- Botero, S. y M. Ostra. 1977. "Trabajo sobre Arte rupestre en Colombia". *Lecturas en Teoría y Práctica de la Arqueología Colombiana*, Universidad de los Andes, 1: 2-37.
- Broadbent S. 1970. « Reconocimiento arqueológico de la laguna de La Herrera ». *Revista Colombiana de Antropología* 15 : 171-213.
- Broadbent S. 1986. « Tipología cerámica en territorio Muisca, Colombia ». *Revista de Antropología*, Universidad de los Andes 2(1-2) : 35-71.
- Bukasov S. M. 1981. *Las plantas cultivadas en México, Guatemala y Colombia*. Turrialba: Costa Rica, Centro Agronómico Tropical Inv. Enseñanza.
- Burford, J. M. 1980. *Pueblo, encomienda y resguardos en Facatativá: 1538 a 1852*. Bogotá: Tesis de Doctorado en Filosofía y Letras, Especialización en Historia, Pontificia Universidad Javeriana.
- Cabrera, W. 1969. "Monumentos rupestres de Colombia" (Cuaderno primero: Generalidades, algunos conjuntos pictóricos de Cundinamarca). *Revista Colombiana de Antropología* 14: 81-167.
- Cabrera G., C. Franky, D. Mahecha. 1999. *Los nukak: nómadas de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Cano M. C. 2004. "Los primeros habitantes de las cuencas medias de los ríos Otún y Consota". En: *Cambios ambientales en perspectiva histórica. Ecorregión del Eje Cafetero*. Vol. 1. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, pp. 68-91.
- Cardale, M. 1981. *Las salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena*. Bogotá: FIAN Banco de la República.
- Cardale, M. 1987. "En busca de los primeros agricultores del altiplano Cundiboyacense". *Maguaré*, 5: 99-125.

- Cardale M., W. Bray, L. Herrera. 1989. "Reconstruyendo el pasado en Calima. Resultados recientes". *Boletín del Museo del Oro* 24:3-33.
- Cardale, M. y de Paepe. 1990. "Resultados de un estudio petrológico de cerámicas del período Herrera, provenientes de la abana de Bogotá y sus implicaciones arqueológicas". *Boletín del Museo del Oro* 27: 99-119.
- Cárdenas F. 2002. *Datos sobre la alimentación prehispánica en la sabana de Bogotá, Colombia*. Bogotá: Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia No. 3.
- Cárdenas D. y G. Politis. 2000. *Territorio, movilidad, etnobotánica y manejo del bosque de los nukak orientales. Amazonia colombiana*. Bogotá: SINCHI, Estudios Antropológicos No. 3, Universidad de los Andes.
- Castellanos, G. 2012. Régimen jurídico del Patrimonio Arqueológico en Colombia. Bogota: ICANH.
- Castellanos, J. de. [1589]1997. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá: Eduardo Rivas M. ed.
- Castaño, C. y Th. Van der Hammen. 2005. *Arqueología de visiones y alucinaciones del cosmos felino y chamanístico de Chiribiquete*. Bogotá: Ministerio del Medio Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial, Tropenbos Internacional.
- Castillo N. 1998. *Los antiguos pobladores del Valle Medio del río Porce*. Medellín: Empresas Públicas de Medellín, Universidad de Antioquia.
- Castillo N., y J. Aceituno. 2006. "El bosque domesticado, el bosque cultivado. Un proceso milenario en el valle medio del río Porce en el noroccidente colombiano". *Latin American Antiquity* 17(4): 561-578.
- Cayón, L. 2002. *En las aguas de Yuruparí. Cosmología y chamanismo Makuna*. Bogotá: Universidad de los Andes, Estudios Antropológicos No. 5.
- Chaumeil, J. P., R. Pineda y J. F. Bouchard eds. 2006. *Chamanismo y sacrificio. Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del Sur*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Instituto Francés de Altos Estudios.
- Cifuentes, A. 1986. *Prospecciones y Excavaciones Arqueológicas en la vereda Montalvo, Espinal Tolima*. Tesis de grado. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. MS.
- Cifuentes, A. 1993. "Arrancaplumas y Guataquí. Dos períodos Arqueológicos en el valle Medio del Magdalena". *Boletín de Arqueología* 8(2): 3-88.
- Cifuentes, A. 1997. "Arqueología del municipio de Suárez (Tolima). Dos tradiciones alfareras". *Boletín de Arqueología* 12(3): 3-74.
- Cifuentes A., L. Moreno. 1987. *Proyecto de rescate arqueológico de la avenida Villavicencio (Barrio Candelaria La Nueva)*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Informe MS.
- Clottes, J. y D. Lewis-Williams. 2010. *Los chamanes de la prehistoria*. Barcelona: Editorial Ariel S. A.
- Correa F. 2004. *El sol del poder. Simbología y política entre los muisca del norte de los Andes*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Correal, G. 1979. *Investigaciones arqueológicas en abrigos rocosos de Nemocón y Sueva*. Bogotá, FIAN, Bco. República.





- Correal, G. 1981. *Evidencias culturales y megafauna pleistocénica en Colombia*. Bogotá: FIAN, Bco. República.
- Correal, G. 1987. "Excavaciones arqueológicas en Mosquera". *Arqueología, Revista estudiantes Antropología* Universidad Nacional 3:13-17.
- Correal, G. 1990. *Aguazuque. Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la cordillera Oriental*. Bogotá: FIAN, Banco de la República.
- Correal, G. y M. Pinto. 1983. *Investigaciones arqueológicas en el Municipio de Zipacón, Cundinamarca*. Bogotá: FIAN, Bco. República.
- Correal, G. y T. van der Hammen. 1977. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama. 12000 años de historia del hombre y su medio ambiente en la Altiplanicie de Bogotá*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Criado, F. 1993. "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico". *Trabajos de prehistoria* 50: 45.
- Criado, F. 1997. "Del terreno al espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje". Santiago de Compostela, *Capa* 6: 24.
- Cuervo, C. 1890. "Prehistoria y Viajes, Bogotá. La piedra grabada del Chirilo". *Revista Gris*, N° 4.
- David, B., M. Lecole, H. Lourandos, A.J. Baglioni Jnr. and J. Flood. 1999. "Investigating relationships between motif forms, techniques and rock surfaces in north Australian rock art". *Australian Archaeology* 48:16-22.
- Deleuze, G. 2007. *Pintura: el concepto de diagrama*. Buenos Aires: Cactus ed.
- Deleuze, G. y F. Guattari. 2002. "Mil mesetas". En *Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Pre-textos, pp. 459-422.
- Delgado, R. 1976. *Los petroglifos venezolanos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Descola, P. 2002. "La antropología y la cuestión de la naturaleza". En: *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. G. Palacio, A. Ulloa (eds). Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Colciencias, Icanh, pp. 155-171.
- Dickau, R., F. J. Aceituno, N. Loaiza, C. López, M. Cano, L. Herrera, C. Restrepo, R. Cooke. 2015. "Radiocarbon chronology of terminal Pleistocene to middle Holocene human occupation in the Middle Cauca Valley, Colombia". *Quaternary International* 363: 43-54.
- Falchetti, A. M. 2003. *La búsqueda del equilibrio. Los Uwa y la defensa de su territorio sagrado en tiempos coloniales*. Academia Colombiana de Historia, vol. CLX.
- Duquesne, J. D. [1795] 1884. "Disertación sobre el calendario de los Muyscas, Indios del Nuevo Reino de Granada.". En *Compendio Histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo XVI*; por Joaquín Acosta, doc. N° 3), pp. 279-280, 358, 405-417.
- Eliade, M. ([1951]2001). *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- Fericgla, J. 2006. *Los chamanismos a revisión. De la vía del éxtasis a Internet*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Fernández de Oviedo, G. [1556]1959. *Historia General y Natural de la Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles. Vol. 3.

- Fernández de Piedrahita, L. [1666] 1973. *Noticia historial de la conquista del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Fiore, D. 2007. "The economic side of rock art: concepts on the production of visual images". *Rock Art Research* 24 (2):149-160.
- Forero, M. J. 1935. "Sobre las piedras de Facatativá". *Boletín de Historia y Antigüedades* 23: 112-115.
- Gelemur, A. y G. Rendón. 1998. *Samoga. Enigma y desciframiento*. Manizales: Centro Editorial Universidad de Caldas.
- Friede, J. 1974. *Los chibchas bajo la dominación española*. Bogotá: La Carreta.
- Gamboa J. A. 2010. *El cacicazgo muisca en los años posteriores a la Conquista: del sihipkua al cacique colonial, 1537-1575*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colección Espiral.
- García, L. de y S. de Gutiérrez. 1983. *Vacío prehistórico en la sabana de Bogotá*. Bogotá: Tesis de Antropología, Universidad de los Andes.
- Ghisletti, L. V. 1948. "El enigma de las representaciones rupestres". *Revista Universidad Nacional de Colombia* 12: 117-139.
- Ghisletti, L. V. 1954. *Los mwiskas. Una gran civilización precolombina*. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos.
- Gnecco C. 2000. *Ocupaciones tempranas de bosques tropicales de montaña*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Gnecco, C. 2003. "Contra el reduccionismo ecológico en la arqueología de cazadores-recolectores tropicales". *Maguaré* 17: 65-82.
- González, V. 2007. *Cambio prehispánico en la comunidad de Mesitas: documentando el desarrollo de la comunidad central en un cacicazgo de San Agustín, Huila, Colombia*. Pittsburgh, University of Pittsburgh, Universidad de los Andes, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Goñi, R. A., J. B. Belardi, A. Re, A. Nuevo Delaunay, R. L. Molinari y L. Ferraro. 2007. "Los grabados de la meseta del lago Strobel (Patagonia Argentina) desde una perspectiva regional". En: R. Hostnig, M. Strecker y J. Guffroy (Eds) *Actas del Primer Simposio Nacional de Arte Rupestre* (Cusco, noviembre 2004), pp. 427-438.
- Groot, A. M. 1992. *Checua. Una secuencia cultural entre 8 500 y 3000 años antes del presente*. Bogotá: FIAN, Banco de la República.
- Groot, A. M. 2000. *Vida, subsistencia y muerte. Pobladores tempranos del valle medio y alto del río Checua, municipio de Nemocón*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Informe de Investigación.
- Groot, A. M. 2008. *Sal y poder en el altiplano de Bogotá, 1537-1640*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Guillaume, G. 1973. *Principes de Linguistique Théorique. Recueil de textes inédits préparé en collaboration sous la direction de Roch Valin*. Québec, Les Presses de l'Université Laval.
- Gutiérrez, S. 2007. *Estudio comparativo del láser escáner aplicado a patrimonio*. San Sebastián: Universidad del País Vasco, Escuela de Ingeniería de Vitoria-Gasteiz.





- Gutiérrez de, S. 1978. *Excavación arqueológica complejo Moravia, Facatativá*. Bogotá, Informe de campo, Universidad de los Andes.
- Haury E., J. C. Cubillos. 1953. *Investigaciones arqueológicas en la sabana de Bogotá, Colombia (cultura Chibcha)*. Tucson, University of Arizona Social Science Bulletin 24(2): 2-95.
- Harris, M. y E. B. Ross. 1991. *Muerte, sexo y fecundidad. La regulación demográfica en las sociedades preindustriales y en desarrollo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Henderson, H. H. 2008. "Alimentando la casa, bailando el asentamiento. Explorando la construcción del liderazgo político en las sociedades muiscas". En *Los muiscas en los siglos XVI y XVII: Miradas desde la arqueología, la antropología y la historia*, J. Gamboa ed. Bogotá: Universidad de los Andes, pp. 40-63.
- Herrera, L., C. Moreno y O. Peña. 2011. *La historia muy antigua del municipio de Palestina (Caldas)*. Manizales: Infi-Caldas.
- Hoyos M. C. 1985. *Investigación arqueológica en el antiguo cacicazgo de Facatativá (vereda Pueblo Viejo)*. Bogotá, Tesis Carrera de Antropología Universidad de los Andes.
- Hugh-Jones C. 2013. *Desde el río de leche. Procesos espaciales y temporales en la Amazonia noroccidental*. Bogotá: Universidad Central.
- Hugh-Jones, S. 2012. "Nuestra historia está escrita en las piedras". En *El Aliento de la Memoria. Antropología e Historia en la Amazonia Andina*, F. Correa, J-P. Chaumeil y R. Pineda eds. Bogotá: CNRS, IFEA, Universidad Nacional de Colombia, pp. 29-68.
- Hugh-Jones, S. 2013. *La palma y las Pléyades. Iniciación y cosmología en la Amazonia noroccidental*. Bogotá: Universidad Central.
- ICAN. 1990. *Parques Arqueológicos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- IGAC. 2000. *Estudio general de suelos y zonificación de tierras del Departamento de Cundinamarca*. Bogotá: Instituto Agustín Codazzi.
- Jiménez de Quesada, Gonzalo. [1544]1994. "Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada". En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar. Bogotá: Colcultura, pp. 121-143.
- Jochim, M. 1991. "Archaeology as Long term Ethnography". *American Anthropology*, 93: 308-321
- Langebaek, C. H. 1987. *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas del siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República.
- Langebaek, C. H. 1995. *Arqueología Regional en el territorio Muisca. Estudio de los Valles de Fúquene y Susa*. University of Pittsburg, Department of Anthropology, *Memoirs in Latin American Archaeology* No. 9.
- Launay, M. 1986. "Effect de sens, produit de quoi? Paris, *Languages* 21(82): 13-39.
- Llamazares A. M., C. Martínez eds. 2004. *El lenguaje de los dioses. Arte, chamanismo y cosmovisión indígena en Sudamérica*. Buenos Aires: Editora Biblos.
- López, C. E. 2004. "Entorno natural y generación de paisajes culturales en el piedemonte de la cordillera Central andina en escala de larga duración". En: *Cambios ambientales en perspectiva histórica. Ecorregión del Eje Cafetero*. Vol. 1. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, pp. 54-67.

- López, F. 2008. "Los observadores de Scorpius: maíz, astronomía y sistemas hidráulicos en el humedal de Jaboque-Engativá. Siglos X-XVIII d. C." En *Ecología histórica. Interacciones sociedad-ambiente a distintas escalas socio-temporales*, C. E. López y G. A. Ospina eds. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, pp. 233-246.
- López, M., A. Uriante, J. Angas, M. Martínez-Bea. 1989. "Documentación sistémica del arte rupestre mediante el análisis espectral del escaneado 3D de las estaciones pintadas en Aragón. El caso concreto del abrigo de La Vacada (Castellote, Teruel) y El Covacho del Plano del Pulido (Caspe, Zaragoza), España". *VAR* Vol. 1 No. 1.
- Martínez, D. 2010. "Territorio, memoria y comunidad. Aproximación al reconocimiento patrimonial del arte rupestre precolombino de la sabana de Bogotá". En *Rupestreweb*, <http://www.rupestreweb.info/tmyc.html>.
- Martínez, D. y A. Botiva. 2002. *Manual de arte rupestre de Cundinamarca*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia Secretaría de Cultura de Cundinamarca.
- Martínez, D. y A. Botiva. 2011. "Compendio documental del Parque Arqueológico de Facatativá. Insumo para su interpretación integral". *Rupestreweb*, <http://www.rupestreweb.info/compendiofacatativa.html>.
- Mendoza, S. y N. Quiazúa. 1992. *Exploraciones arqueológicas en el municipio de Tocaima*. Trabajo de Grado, Carrera de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Inédito.
- Muñoz, G. 2003a. "Arte rupestre en Colombia", estudios de GIPRI 1970-1999 sitios y zonas. *Revista Rupestre* 5: 109-21.
- Muñoz, G. 2003b. Nuevos temas y hallazgos en el arte rupestre colombiano: a propósito de la discusión sobre historia y cultura nacional. *Revista de Investigaciones*, Universidad Nacional Abierta y a Distancia 2: 135-60.
- Muñoz, G. y R. Muñoz. 2006. *Grupo de investigaciones de la Pintura Rupestre Indígena* Bogotá: GIPRI.
- Muñoz, G., C. A. Rodríguez, H. Torres, J. Trujillo. 2013 *Catalogación Registro sistemático y diagnóstico de las pinturas del Parque Arqueológico de Facatativá. Informe Final*. Bogotá: GIPRI, Mincultura, Idecut.
- Núñez, A. 1959. *Facatativá, Santuario de la Rana. Andes Orientales de Colombia*. La Habana: Departamento de Investigaciones Antropológicas e Investigaciones Geográficas, Universidad Central de las Villas.
- Nieuwenhuis, C. J. 2002. *Traces on Tropical Tools. A functional study of chert artefacts from preceramic sites in Colombia*. Archaeological Studies Leiden University No. 9.
- Osborn, A. 1995. *Las cuatro estaciones. Mitología y estructura social entre los U'wa*. Santafé de Bogotá, Banco de la República, Colección Bibliográfica.
- Ortiz, F. y H. Pradilla. 1999. *Rocas y petroglifos del Guainía. Escritura de los grupos Arawak-Maipure*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Fundación Etnollano.
- Patiño, V. M. (ed.) .1983. "Relaciones Geográficas de la Nueva Granada (siglos XVI a XIX)". Cali, *Cespedesia* 45-46.





- Peña, G. 1991. *Exploraciones arqueológicas en la cuenca media del río Bogotá*. Bogotá: FIAN, Banco de la República.
- Pérez de Barradas, J. 1941. *El Arte Rupestre en Colombia*. Madrid: Consejo superior de Investigaciones científicas, Publicación del Instituto Bernardino de Sahagún, Serie A, N° 1.
- Pineda, R. 2003. “El poder de los hombres que vuelan. Gerardo Reichel-Dolmatoff y su contribución a la teoría del chamanismo”. *Tabula Rasa* 1: 15-46.
- Pinto, M. 2003. *Galindo, un sitio a cielo abierto de cazadores/recolectores en la Sabana de Bogotá (Colombia)*. Bogotá: FIAN, Banco de la República.
- Pradilla, H., G. Villate. 2010. *Pictografías, moyas y rocas del Farfacá*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Pradilla, H., G. Villate, F. Ortiz. 1992. “Arqueología del Cercado Grande de los Santuarios”. Bogotá, *Boletín del Museo del Oro*, 32-33:21-147.
- Ranere, A. y R. G. Cooke. 1995. “Evidencias de ocupación humana en Panamá a postrimerías del Pleistoceno y a comienzos del Holoceno”. En: *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América Tropical*, I. Cavalier y S. Mora eds. Bogotá: Fundación Erigaie, Instituto Colombiano de Antropología, pp. 5-26.
- Ranere, A. y C. E. López. 2007. Cultural diversity in late Pleistocene/early Holocene populations in Northwest South America and Lower Central America. *Int. J. South American Archaeology* 1: 25-31.
- Reichel-Dolmatoff, G. 1968. “Rock printing of the Vaupés: an essay of interpretation”. *Folklore of Americas* 27(2): 107-113.
- Reichel-Dolmatoff, G. 1990. “Algunos conceptos de los Desana”. En *La selva humanizada*, F. Correa ed. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, pp. 35-41.
- Rendón, G., A. Gelemur. 1975. *Tunebia, reserva ecológica y cultural*. Bogotá: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Ediciones Bokkota.
- Rendón, G., A. Gelemur. 1975. *Teorética del Arte*. Bogotá: Ed. Bokkota.
- Restrepo, V. 1895. *Los chibchas ante la conquista española*. Bogotá: Imprenta de la Luz.
- Rock Art Glossary. <http://www.iol.ie/~geniet/glos/glossar.htm>
- Rivera, S. 1991. *Neusa 9000 años de presencia humana en el páramo*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Rodríguez, C. 1995. “Asentamientos de los bosques subandinos durante el Holoceno Medio”. En: *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América Tropical*, I. Cavalier y S. Mora eds. Bogotá: Fundación Erigaie, Instituto Colombiano de Antropología, pp. 115-123.
- Rodríguez, J. V. 2011. *Los chibchas: hijos del sol, la luna y los Andes. Orígenes de su diversidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, IDU.
- Rodríguez, J. V., A. Cifuentes. 2005. “Un yacimiento formativo ritual en el entorno de la antigua laguna de La Herrera, Madrid, Cundinamarca”. *Maguaré* 19: 103-131.
- Rodríguez, J.V., A. Cifuentes, M. Hernández, F. Aldana. 2010. *Estudio de impacto ambiental proyecto poliducto Mansilla–Tocancipá. Componente arqueológico. Informe final*. Bogotá: Itansuca, Universidad Nacional de Colombia.

- Rojas, A. 1878. "Estudios Indígenas". En: *Contribuciones a la Historia Antigua de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, pp. 5-33.
- Royo y Gómez, J. 1950. *Las Piedras de Tunja de Facatativá y el Cuaternario de la sabana de Bogotá*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Etnológico Nacional.
- Salgado H. 1989. *Medio ambiente y asentamientos humanos prehispánicos en el Calima Medio*. Cali: Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas INCIVA.
- San Martín, J de y A. de Lebrija. [1536]1994. "Relación del Nuevo Reyno: Carta y Relación para su majestad que escriben los oficiales de vuestra majestad de la Provincia de Santa Marta". En *Relaciones y Visitas a los Andes*, ed. Hermes Tovar. Bogotá: Colcultura, pp. 93-117.
- Santisteban, R. 2010. *Aplicación de las geotecnologías láser escáner para la digitalización tridimensional de pinturas rupestres de abrigos*. Aila: Universidad de Ávila.
- Santos, G., C. A. Monsalve, L. V. Correa. 2015. "Alteration of tropical forest vegetation from the Pleistocene-Holocene transition and plant cultivation from the early Holocene through middle Holocene in Northwest Colombia". *Quaternary International* 363: 28-42.
- Santos, R. y F. Mejía. 2010. *Mensajes de la Madre Tierra en territorio Muisca*. Bogotá: Impresol Ediciones.
- Silberbauer, G. 1983. *Cazadores del desierto. Cazadores y hábitat en el desierto de Kalahari*. Barcelona: Editorial Mitre.
- Silva, C. E. 1981. "Investigaciones arqueológicas en Villa de Leiva". *Boletín Museo del Oro* 4: 1-18.
- Silva, C. E. 1986. "Las ruinas de los observatorios astronómicos precolombinos muiscas". En: *Villa de Leiva: Huella de los siglos*. Bogotá: Croydon, pp. 49-57.
- Silva, C. E. 1987. Culto a la fecundidad. Los falos muiscas de Villa de Leiva. *Maguaré* 5: 167-182.
- Silva, C. E. 2005. *Estudios sobre la cultura Chibcha*. Tunja: Academia Boyacense de Historia, Javier Ocampo ed.
- Simón, P. [1621]1981. *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular.
- Triana, M. [1922]1972. *La Civilización Chibcha*. Cali: Carvajal & Compañía.
- Urbina, F. 1994. "El hombre sentado: mitos, ritos y petroglifos en el río Caquetá". *Boletín del Museo del Oro* 36: 66-111.
- Urdaneta, A. 1885. "Nuestros Grabados". *Papel Periódico Ilustrado* 3(38): 231; 4(88): 255;
- Uribe, C. A. 1998. De la vitalidad de nuestros hermanos mayores de la Nevada. *Revista de Antropología y Arqueología* Universidad de los Andes 10(2): 9-92.
- Uribe, J. M. y A. I. Borda. 1938. "Jeroglíficos precolombinos". *Cromos* 16(1138): 19-20.
- Uricoechea, E. [1854]1971. *Memoria sobre las antigüedades Neogranadinas*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Vitebsky, P. ([1995]2006). *Los chamanes. El viaje del alma. Fuerzas y poderes mágicos. Éxtasis y curación*. Köln: Taschen GMBH.





Wainwright, I. 1995. "Conservación y registro de pinturas rupestres y petroglifos en Canadá". En M. Strecker y F. Taboada (Eds.). *Contribuciones al estudio del arte rupestre Sudamericano No. 4. Administración y conservación de sitios de arte rupestre*. SIARB: La Paz.

Whitley, D. 1994. "By the hunter, for the gatherer: art, social relations and subsistence change in the prehistoric Great Basin". *World Archaeology* 25: 356-373.

Wyrwoll, T. 2012. "Rock art research, a science without a name". *Tracce*, <http://www.rupestre.net/tracce/raname.html>

Zamora, A. de. [1778]1980. *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Editorial Kelly.

Zerda, L. [1948]1984. *El Dorado. Estudio histórico etnográfico y arqueológico de los Chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca y algunas otras tribus*. Bogotá. Imprenta Silvestre y Co.